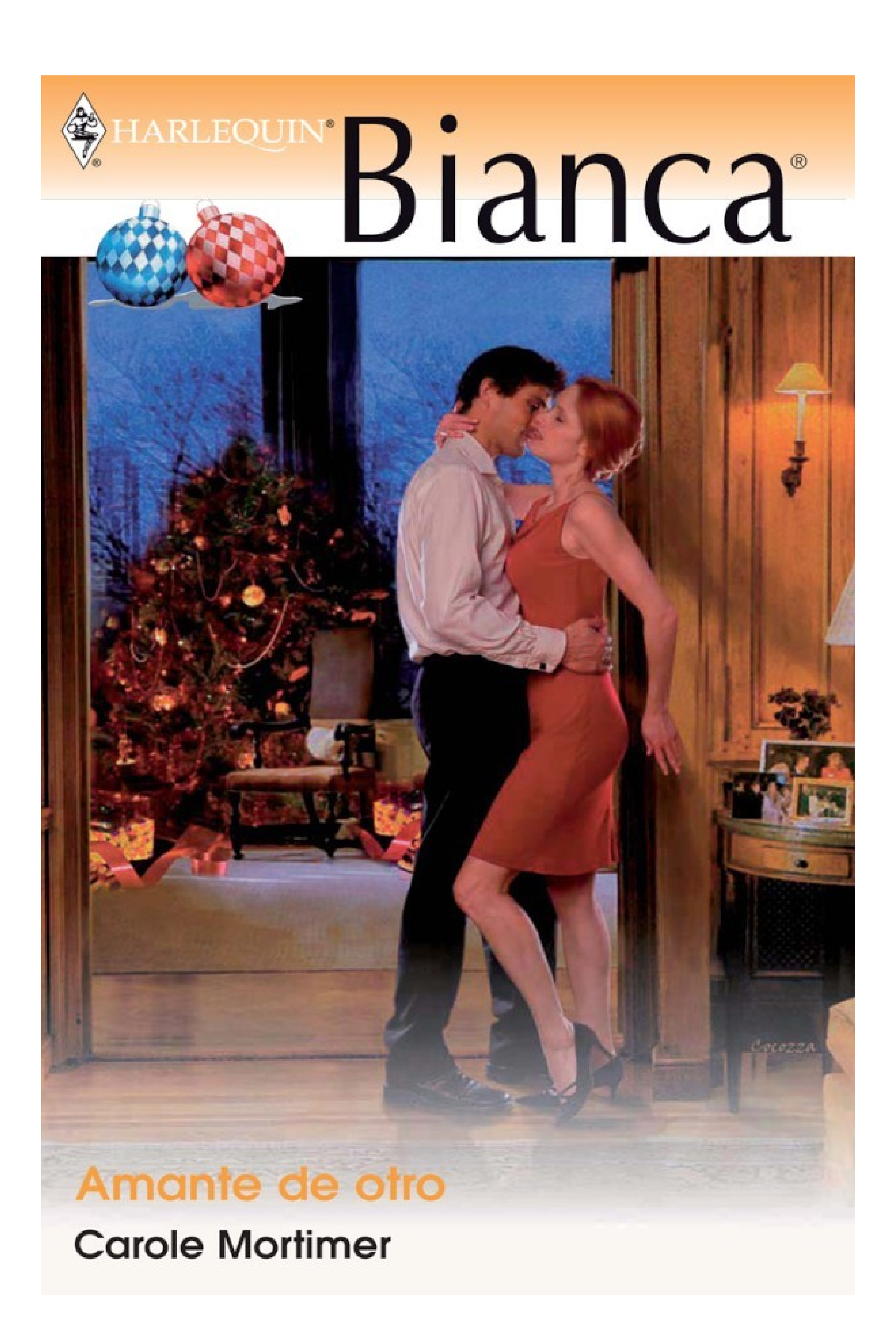

HARLEQUIN®
Bianca®
Amante de otro
Carole Mortimer

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

AMANTE DE OTRO, Nº 1638 - junio 2012
Título original: Claiming His Christmas Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0141-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversion ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Ya sé que es un bautizo, pero ¿no es un poco temprano para mojarle la cabeza al bebé?

Molly se quedó helada mientras se llevaba la copa de champán a los labios. El vino espumoso, sin embargo, no se heló y se deslizó por el costado de la copa hasta empaparle la manga de la chaqueta.

–También para ti... –añadió la voz con tono burlón.

Molly levantó la vista con indignación y la dirigió hacia el hombre que la miraba desde la puerta con unos ojos de color azul oscuro como el mar.

¡Gideon Webber!

Ella cerró los ojos un segundo. ¡Sólo podía ser él! Él había sido el motivo principal para escabullirse y tomarse esa copa de champán a escondidas, sabiendo que iba a necesitar de todas sus fuerzas para encontrarse con él cara a cara.

Sin embargo, había esperado verlo más tarde. Él tenía el mismo gesto desdeñoso y arrogante que la última vez que lo vio. La última y la primera.

Seguía siendo tan demoledoramente atractivo como hacía tres años. Su pelo era de un rubio dorado, sus ojos azul cobalto, su nariz larga y altanera sobre una boca delicadamente cincelada y la barbilla cuadrada y firme. La última vez que lo vio llevaba vaqueros y una camiseta, pero ese día resultaba más atractivo con un traje oscuro y una camisa blanca que resaltaban un bronceado que sin duda había conseguido en alguna selecta estación de esquí.

–¿Qué insinúas con eso? –replicó ella mientras dejaba la copa en una mesa.

Molly buscó un pañuelo de papel en el bolso. Los había metido porque no quería ponerse a estornudar en el bautizo de su sobrino.

Gideon Webber se encogió de hombros, sin dejar de sonreír con cierto desdén.

–Al parecer, se podría decir que te encanta... tomar una copa de

vez en cuando…

–¡No, no se podría decir esa tontería!

Molly se guardó el innecesario pañuelo. Tenía la manga chorreando y sólo esperaba que no dejara mancha en su carísimo traje.

–Sólo nos hemos visto dos veces y las dos tenías una copa en la mano –insistió él.

–La otra vez era un vaso de Alka Seltzer –se defendió ella con una mirada agresiva.

–Efectivamente –concedió él con un tono más burlón todavía–, me acuerdo de que comentamos que seguramente habrías hecho mejor en beber otra copa de lo que te había llevado a aquel estado.

Molly tomó aire al comprobar que él no tenía intención de disimular el tono insultante.

Llevaba aterrada desde que Crystal le había dicho quiénes iban a ser los padrinos de Peter. Sin embargo, también había acabado por convencerse de que Gideon Webber tendría la delicadeza de no mencionar su último e inolvidable encuentro. Evidentemente, se había equivocado sobre aquel… En otras circunstancias, lo habría considerado muy atractivo. Era impresionante, de eso no cabía duda, pero también era de las pocas personas que la habían visto tan perjudicada por el alcohol.

–Fue una situación excepcional –aseguró ella dispuesta a controlar la conversación.

–¿Hoy también lo es? –preguntó él con las cejas arqueadas.

–¡Por favor! Como mucho, he dado dos sorbos de champán –Molly levantó la copa para dar otro sorbo–. Tres con éste.

–Si tú lo dices…

Molly notó que se sonrojaba ante el evidente escepticismo de él. Él hacía que pareciera una alcohólica que se escondía para beber… Aunque, ¿acaso no era eso lo que estaba haciendo?

–Lo digo –afirmó ella con un suspiro–. Sólo estaba… –Molly decidió no dar más explicaciones–. ¿No tendríamos que ir a la iglesia?

–Crystal me ha pedido que te buscara por ese motivo –confirmó él irónicamente.

¿Crystal? Naturalmente, ella no sabía cuánto la aterraba volver a verlo. Molly volvió a dejar la copa en la mesa.

–Estoy preparada.

Él asintió burlonamente con la cabeza y abrió la puerta.

–Las señoras primero.

Molly levantó la cabeza consciente de que él no le quitaría la vista de encima y consciente de lo que él vería: una pelirroja bajita con ojos marrones, que normalmente eran vivarachos, y que ese día llevaba un traje de chaqueta y unos zapatos de tacón, algo incómodos, que realzaban sus piernas.

–Otra cosa... –susurró Gideon mientras ella pasaba junto a él.

–¿Sí...? –lo miró con ojos cautelosos.

Él esbozó una sonrisa sin rastro de humor que mostró una dentadura blanca y casi feroz.

–¿No te ha dicho nadie que las pelirrojas no deberían ponerse ciertos tonos de rosa?

Fue un comentario tan inesperado e insultante, que ella se quedó boquiabierta e incapaz de articular palabra.

A ella le gustó el traje en cuanto lo vio, aunque no estuvo muy segura de que el color rosa pálido fuera el más adecuado para ella. Hasta que la dependienta, que habría querido asegurarse la comisión, la convenció de que estaba guapísima.

Molly se volvió y lo miró echando chispas por los ojos.

–La mayoría de los hombres tendrían la delicadeza de no decirlo.

–La mayoría de los hombres no podría decirte lo que llevabas puesto el día anterior –replicó él con un brillo en los ojos–, por no decir nada de si te sentaba bien o no...

Molly tuvo que reconocer que tenía razón y se acordó cariñosamente de su padrastro. Estaba segura de que él, Matthew, no sabía lo que llevaba su madre si no era algo indecente.

–Yo...

–¡Molly! –gritó Crystal con alivio–. Y Gideon –añadió mientras iba hasta el vestíbulo para agarrar del brazo a Molly–. Creíamos que habíais decidido no ser los padrinos de Peter y os habíais fugado juntos.

Molly dejó escapar un gruñido antes una posibilidad tan improbable, pero no se atrevió a mirar a Gideon para comprobar su reacción. Podía imaginarse la mueca burlona en sus labios. Notó que se le esfumaba la poca confianza que le había dado el champán.

Sin embargo, todavía tenía un bautizo y todo un día por delante. Luego, podría gritar y patalear en la intimidad del cuarto de invitados.

Crystal y ella habían sido amigas desde el colegio, pero tomaron caminos distintos por motivos profesionales. Crys se había convertido en una cocinera muy reputada con un restaurante propio y un programa de cocina en la televisión. Molly, por su parte, se había dirigido hacia la actuación.

Crys se había casado hacía tres años y medio, pero el matrimonio se truncó trágicamente cuando su marido, James, murió de cáncer a los tres meses. Sin embargo, para satisfacción de Molly, Crys se había casado con Sam, su hermanastro, hacía casi dos años y la pareja tenía un hijo de tres meses que se llamaba Peter James. De ahí ese bautizo sólo tres días antes de Navidad.

La única pega era que Sam y Crys habían pedido a Gideon, el hermano mayor de James y ex cuñado de ella, que fuera el padrino de Peter. Lo cual había puesto a Molly en un verdadero aprieto. Ella no tenía buenos recuerdos de su único encuentro con Gideon y estaba segura de que los sentimientos de él hacia ella eran poco cordiales. Sin embargo, cuando Sam y Crys le pidieron que fuera la madrina, tuvo que aceptar, no podía decir que se negaba porque Gideon fuera el padrino... De modo que hizo acopio de todas las armas femeninas que se le ocurrieron para reunir la confianza que necesitaba para enfrentarse a él: peinado nuevo, maquillaje profesional, ropa y zapatos nuevos... incluso una copa de champán furtiva. Sin embargo, no había tenido en cuenta que Gideon, como su hermano menor, era decorador y captaría al instante que llevaba un tono de rosa que no combinaba con su pelo.

Por lo menos, Crys había aparecido para evitar que él siguiera insultándola.

Súbitamente, Molly se encontró metida en un coche con su padrastro camino de la iglesia. Su madre y el segundo padrino habían preferido ir con Gideon en el Jaguar verde de éste y Sam y Crys iban por su cuenta con Peter James.

Merlín, el perrazo de Sam y guardián de Peter James desde que llegó a la casa desde el hospital donde nació, observó la marcha de la comitiva.

–Matthew, ¿qué se ha puesto hoy mamá? –preguntó Molly.

–¿Qué se ha puesto? –repitió Matthew, que estaba muy concentrado en seguir a Sam.

–Sí, ¿qué se ha puesto? ¿De que color?, por ejemplo

El padrastro de Molly frunció el ceño mientras pensaba la pregunta.

–Bueno –respondió dubitativamente–, es algo azul. A lo mejor es verde. Un vestido, creo, pero puede ser un traje de chaqueta. En cualquier caso, estoy casi seguro de que es verde o azul –concluyó con un gesto firme de la cabeza.

Molly ya había visto a su madre hacía una hora y sabía que llevaba un vestido con una chaqueta larga de un precioso tono turquesa. Algo que para la mayoría de los hombres podría ser azul o verde. Lo cual le demostraba que Gideon Webber no era como los demás hombres. Molly ya lo sabía y suspiró mientras miraba el paisaje de Yorkshire.

Deseaba con toda su alma que el día hubiera terminado. Entonces, podría seguir disfrutando de la Navidad con Crys, Sam y el pequeño Peter James. Sus padres se iban el día siguiente de crucero a algún sitio más cálido que Inglaterra y por ese motivo celebraban el bautizo entonces.

Al fin y al cabo, se dijo Molly, sólo era un día. En realidad, unas horas. Sin embargo, esas horas en compañía del desagradable Gideon podrían ser eternas si seguía empeñado en insultarla.

–¿Una copa de champán?

Molly se volvió con el ceño fruncido, pero se tranquilizó al ver a David Strong, un actor que protagonizaba una serie de televisión que había escrito Sam. David era el otro padrino de Peter. Era alto, moreno, con un atractivo rudo y de cuarenta y pocos años. David había aportado un atractivo especial a la serie, pero había enviudado hacía unos meses, su mujer murió en un accidente de coche, y su dolor se notaba en su mirada y en las arrugas que tenía junto a la boca.

–Gracias –Molly aceptó la copa.

Ya conocía a David de otras fiestas y se encontraba muy cómoda en su compañía, pero no pudo evitar echar una ojeada furtiva por toda la habitación para comprobar si Gideon había presenciado

cómo aceptaba la copa. Efectivamente, él, al otro lado del salón abarrotado de gente, levantó un vaso con lo que parecía ser agua con gas. Molly apartó la mirada de aquellos ojos cargados de sarcasmo. ¿Quién se había creído que era? ¿Un encargado de velar por el consumo de alcohol o sólo por el que consumía a ella?

Volvió a desear que hubiera sido cualquier otro el que se la encontró en aquel estado esa mañana de hacía tres años.

Si bien beber era algo muy normal entre los actores, Molly bebía muy poco y seguramente por eso aquella botella de vino de hacía tres años estuvo a punto de tumbarla. Sin embargo, había tenido un buen motivo. Darse cuenta de que estaba enamorada de un hombre casado que no pensaba dejar de estarlo haría que cualquier mujer se diera a la bebida. Además, sólo había sido una miserable botella de vino blanco y no la caja entera, como parecía insinuar Gideon Webber.

Molly decidió que tenía que dominarse y se centró en David Strong. Al fin y al cabo, era casi tan guapo cono Gideon y mucho más simpático.

–Me alegro de volver a verte, David.

–Lo mismo digo –David sonrió–. Aunque tengo entendido que vamos a vernos mucho más en el futuro cercano –él arqueó las cejas.

Evidentemente, alguien se lo había contado. Seguramente, Sam, como cortesía al protagonista de su triunfadora serie. Aunque quizá se hubiera filtrado de alguna manera...

–¿Te importa? –le preguntó ella con una sonrisa vacilante.

–En absoluto –contestó él con la sonrisa que le había hecho famoso entre las mujeres–. Creo que ya va siendo hora de que Bailey tenga un amor más permanente en su vida.

Eso no era lo que ella había querido preguntarle. Una cosa era que el guionista de la serie se presentara en el estudio de vez en cuando, como hacía Sam, y otra muy distinta era tener a la hermanastra del guionista metida en la serie. Además, que fuera a ser la novia fija aunque chiflada del personaje principal.

Durante los últimos años, Molly había trabajado sobre todo en obras de teatro en Estados Unidos y estaba decidida a seguir así. Sin embargo, hacía un par de meses, Sam le había mandado el primer guión que había escrito para la nueva serie de *Bailey*, que iba a

empezar a rodarse en Año Nuevo, con un mensaje muy misterioso: «Como me he basado en ti para escribir el personaje de Daisy, sólo tú puedes representarlo. Vuelve. Te necesito». Era suficiente para despertar la curiosidad de cualquiera. Aunque Molly no estaba muy segura después de leer el guión de ese capítulo.

El personaje de Daisy era una detective muy simpática y tremendamente meticulosa, pero conmovedoramente ingenua sobre la naturaleza humana y, sobre todo, propensa a los accidentes, hasta el punto de que los objetos, normalmente cuerpos, parecían lanzarse literalmente en medio de su camino para que ella se cayera. Molly se preguntó en qué se había basado de ella. Era simpática, sí, y quizá un poco excéntrica, pero no creía que las demás características del personaje coincidieran con ella, aunque Sam pensara lo contrario.

Sin embargo, el director del programa se había quedado contento con la audición que Molly hizo hacía un par de semanas y no dudó en ofrecerle un contrato para la próxima serie de *Bailey*. Ella había creído que esa parte de la información no se habría filtrado, pero, evidentemente, era uno de esos secretos bien guardados que sabía todo el mundo.

–Lo que quería decir era que si te importa que actúe contigo en la serie –corrigió Molly.

–El director me ha dicho que hiciste una audición muy buena –David arqueó las cejas–. ¿Por qué iba a importarme?

–Bueno... Sam es mi hermano y no querría que pensaras o que alguien pensara que eso ha tenido algo que ver para que me dieran el papel –Molly se encogió de hombros.

–Eso se llama nepotismo –explicó una voz impertinente.

Era la voz de Gideon Webber, que no desperdiciaba ninguna ocasión para insultarla.

Molly se preguntó si la madrina podría golpear al padrino el día del bautizo.

–¡Gideon! –le saludó David calurosamente–. Cómo me alegro de volver a verte.

¿Volver a verlo?, se preguntó Molly. ¿Desde cuándo los actores de televisión y los decoradores se trataban?

–Olvídate del nepotismo –siguió David con una sonrisa–. Dicen que es una actriz de los pies a la cabeza.

–Creo que vamos a poder comprobarlo con nuestros propios ojos –replicó Gideon con ironía.

David soltó una carcajada y Molly se sintió indignada. Sabía que no era una broma. Lo miró con los ojos entrecerrados y ligeramente ruborizada.

–¿Cómo sabes que tiene que quitarse la ropa en el cuarto capítulo? –preguntó David.

–Ha sido una casualidad –Gideon no dejó de mirarla.

Molly no podía asimilar lo que había dicho David. ¿Tenía que desnudarse? Acababa de volver de Estados Unidos y no había podido leer los guiones de todos los capítulos porque había estado muy ocupada instalándose en el apartamento. Le gustaba su cuerpo y creía que tenía las curvas bien puestas, pero no estaba segura de que quisiera enseñarlo a todo el mundo. Ni siquiera con alguien tan atractivo como David. Además, si hacia caso de la mirada de Gideon, él no creía que su cuerpo pudiera exhibirse en público.

Capítulo 2

Era un imbécil! Su cuerpo no tenía nada de malo. No estaba gorda, sus pechos estaban altos, tenía una cintura estrecha, unas caderas esbeltas y unas piernas bien formadas. ¿Por qué creía que no podía hacer un desnudo?

Molly levantó la barbilla y se volvió hacia David.

–Podría ser divertido –comentó ella fingiendo despreocupación.

Hasta ese momento, nadie le había dicho que tuviera que aparecer desnuda en ningún capítulo y ya había firmado el contrato.

–A mí también me lo parece –David sonrió–. Tengo que decir que el feliz matrimonio de Sam con Crys ha dado vida a la serie.

Eso parecía… Tenía que hablar con Sam aunque sólo fuera para saber si había más sorpresas que no le había contado.

–Están muy contentos, ¿verdad? –susurró Gideon con tristeza mientras miraba a la pareja.

–Claro que sí –contestó Molly con irritación.

Parecía como si Crys no pudiera ser feliz con Sam sólo porque una vez había estado casada con el hermano menor de Gideon. Molly sabía que Crys había querido mucho a James, pero sólo tenía veintinueve años, como ella. No esperaría Gideon que permaneciera fiel a la memoria de su hermano durante el resto de su vida… Si era así, nunca debería haber aceptado ser el padrino de Peter.

–Esperemos que sigan así –espetó Gideon mirándola fijamente.

–¿Por qué no iban a hacerlo? –Molly frunció el ceño.

–Creo que los dos ya han tenido bastante mala suerte en lo que se refiere al amor –intervino pausadamente David.

Molly sabía a qué se refería. La pérdida que había sufrido Crys era suficiente y Sam no había mirado a una mujer, hasta que conoció a Crys, desde que su ex novia lo demandara públicamente hacía doce años.

Sin embargo, David también había sufrido una pérdida

recientemente y era muy insensible que Molly y Gideon mantuvieran esa conversación delante de él. Aunque la animadversión entre ellos fuera evidente.

–Tienes razón, David –Molly lo agarró del brazo–. ¿Verdad, Gideon?

–Sí... claro –concedió Gideon desenfadadamente.

Sin embargo, Molly captó un fugaz destello en lo más profundo de aquella mirada que tenía clavada en ella. ¿Qué habría querido decir con el comentario? ¿Y con la mirada? Aquel hombre era demasiado profundo para ella, demasiado enigmático. Notaba que empezaba a dolerle la cabeza.

Molly tomó aire y apartó la mirada de él.

–Si me disculpáis... Quiero ver a mis padres antes de que se vayan.

–No te entretengas por mí –replicó Gideon bruscamente.

Si no quería estar con ella, ¿por qué había ido con ellos y se había metido en la conversación? Se preguntó Molly de mal humor.

–Hasta luego –David se había recuperado y sonrió.

–Hasta luego.

Molly ni siquiera volvió a mirar a Gideon antes de alejarse hacia donde estaban sus padres. Aquel bautizo podría haber sido una maravillosa celebración familiar, pero la presencia de Gideon Webber lo había convertido en una especie de pesadilla. Sin embargo, estaba dispuesta a acabar con esa pesadilla en cuanto pudiera.

–¡Tú!

Molly no podía creérselo cuando a la mañana siguiente se encontró con Gideon Webber en la cocina. Ella había alegado un dolor de cabeza, auténtico, para marcharse de la fiesta del bautizo en cuanto lo hicieron sus padres. Naturalmente, no tenía ni idea de que Gideon también iba a dormir allí.

–Yo –confirmó él con una sonrisa ante el evidente disgusto de ella–. ¿Quieres un café?

Ella habría preferido un brandy para recuperarse de la impresión, pero eso sólo habría confirmado la mala opinión que él tenía de ella.

–Gracias… –consiguió balbucir Molly.

¿Qué hacía él allí?, se preguntó con desesperación. Hacía un sol impropio de diciembre y ella había bajado las escaleras feliz por el día que la esperaba. Hasta ese momento.

–Toma un poco –Gideon le acercó una taza humeante–. ¿Todavía te duele la cabeza? –le preguntó él con tono burlón.

Él era el que le producía dolor de cabeza. Además, efectivamente empezaba a notar una presión detrás de los ojos que no tenía hacía unos minutos.

–No sabía si tomabas azúcar –comentó él mientras ella se sentaba.

Molly dio un sorbo del café y estuvo a punto de devolverlo. No sólo no tenía azúcar, sino que estaba tan fuerte que podía cortarse con un cuchillo.

–Está bien –consiguió decir ella como pudo.

Podía llegar a aceptar que él se hubiera quedado a dormir, pero ¿qué estaba haciendo allí?

–Crys y Sam se han ido con el niño y el perro a dar un paseo por el campo –le explicó él antes de sentarse en la silla que había enfrente de ella.

Molly había bajado bastante tarde y no le sorprendió lo más mínimo que su hermanastro y Crys hubieran salido a dar su paseo matutino con el perro. Lo que le molestaba era tener que estar a solas con un hombre que la despreciaba abiertamente.

–No interrumpas nada por mí –le ofreció ella mientras él bebía tranquilamente su café.

–¿En que estás pensado? –le preguntó él con las cejas arqueadas.

–En desayunar, hacer el equipaje… –Molly se encogió de hombros.

También podía marcharse. Cuanto antes lo hiciera, antes podría relajarse ella.

–No me apetece desayunar –replicó él–, pero tú puedes hacerlo.

–A mí tampoco me apetece.

Sin embargo, ¿por qué no hacía el equipaje? Llevaba unos vaqueros negros y una camisa azul. Eso significaba que tenía que guardar el traje del día anterior.

–Fue una pena que te fueras tan pronto anoche –dijo Gideon arrastrando las palabras.

No creía que la hubiera echado de menos. Seguramente, lo que había echado de menos era alguien con quien dar rienda suelta a su lengua viperina.

–David nos contó historias muy subidas de tono sobre los rodajes –le aclaró Gideon.

No le extrañaba. Ella sabía perfectamente que siempre pasaban más cosas detrás que delante de la cámara. Sin embargo, afortunadamente, no había trabajado nunca con David y ninguna de aquellas historias podía referirse a ella.

–Todos tenemos alguna historia de esas que contar –Molly sonrió con una mueca.

–¿Tú también?

A Molly le pareció que hacía un énfasis especial, pero podría ser que estuviera muy sensible a todo lo que él decía.

–Gideon, creo que tendríamos que hablar...

–Buenos días a los dos –les saludó David mientras entraba en la cocina.

Molly lo miró sin dar crédito a sus ojos. ¿También había dormido allí? Al parecer, se había perdido algo más que unas historias obscenas por irse pronto a la cama.

–No sé si es el aire de Yorkshire o el champán que bebí anoche – comentó David mientras probaba el café con entusiasmo evidente–, pero he dormido como hacía meses que no lo hacía. ¿Dónde está nuestro ahijado?

Su ahijado... Molly se dio cuenta de que los tres estaban unidos para siempre por Peter James.

–Ha salido a dar un paseo con sus padres y el perro –le informó Gideon–. Tendrás que perdonar a Molly, David. Me parece que no está de buen humor por las mañanas –comentó irónicamente antes de mirarla con ojos burlones.

Efectivamente, esa mañana no estaba de buen humor con tantas sorpresas, pero normalmente se levantaba de buen humor y dispuesta a afrontar el día. Sin embargo, notaba que Gideon insinuaba que no se refería sólo a esa mañana.

–No estoy acostumbrada a tener compañía por la mañana –le soltó ella cortantemente.

–¿De verdad? –le preguntó él con escepticismo.

Aquel hombre la había juzgado y sentenciado por una mañana

de hacía tres años, una mañana que tenía ojeras y estaba despeinada porque había dormido mal, que, evidentemente, padecía los efectos del exceso de vino, que sólo llevaba puesta una camisa de hombre...

Había una explicación para todo lo que había visto Gideon, o lo que creía que había visto. Sin embargo, dudaba que aquel hombre quisiera oírla o fuera a creerla.

–Me voy a dar un paseo para esperar a que Crys y Sam vuelvan –anunció Molly mientras se levantaba bruscamente.

También esperaba que Gideon se hubiera largado cuando ella estuviera de vuelta. Aunque no creía que fuera a irse sin despedirse de Crys y Sam.

–Si me esperas un segundo a que me ponga unos zapatos, te acompaño –se ofreció David–. ¿Tú, Gideon?

–Id los dos –él sacudió la cabeza–. Tengo que hacer un par de llamadas.

–Entonces, hasta luego.

Aquello confirmaba que David esperaba volver a verlo. Lo cual no consolaba a Molly.

–¿Qué os pasa? –le preguntó David unos minutos después–. Me refiero a Gideon y a ti.

–¿A mí y a...? Nada –bromeó Molly sin convencimiento–. Absolutamente nada –insistió ante la mirada escéptica de David.

–No me lo ha parecido ni ayer ni esta mañana. Vamos, Molly, vamos a trabajar juntos durante meses. Estoy seguro de que voy a enterarme si estás con alguien –David sonrió.

–¡Desde luego no será con Gideon Webber! Ese hombre no para de insultarme.

Sin embargo, ella no podía hacer nada. Si defendía su inocencia con demasiada vehemencia, él lo consideraría como una forma de reconocer su culpa, pero no defenderse era igual de inaceptable. Le parecía imposible salir airosa con ese hombre.

Ella había tenido conflictos amorosos en el pasado, pero Gideon había sido testigo de la única vez que se había comportado como una idiota.

–Si fuéramos unos jovencitos, eso sería una señal clara de que Gideon te gusta –David soltó una carcajada.

–Pues no lo somos –ella creía que Gideon no lo había sido

jamás–. Además, puedes estar seguro de que yo no le gusto.

–Es una pena, ¿no? –bromeó David.

–No, gracias –Molly hizo una mueca–. Nunca me han gustado los fuertes y silenciosos.

Aunque tenía la sensación de que en lo que se refería a ella, Gideon no iba a permanecer en silencio mucho tiempo. Hasta el momento, su antipatía hacia ella se había mantenido soterrada, pero ya había dado algunas señales de que no iba a seguir así, que iba a decir cuatro cosas sobre su primer encuentro.

–Si tú lo dices...

David no se creía que a ella no le interesara Gideon y Gideon tampoco se creía ni una palabra de lo que decía ella.

–Es un sitio precioso, ¿verdad? –cambió de tema David–. Creía que Sam se había vuelto loco cuando decidió vivir en un sitio tan aislado, pero ahora lo entiendo mejor. Sobre todo al estar casado con Crys. Las dos sois amigas desde hace tiempo, ¿verdad?

–Desde el colegio –confirmó Molly.

–Entonces, también conocerías a James Webber...

Molly frunció el ceño y lo miró de soslayo para ver si lo decía con segundas intenciones, pero comprobó que sólo estaba dándole conversación mientras caminaban.

–Sí, conocí a James en la universidad. En realidad, yo se lo presenté a Crys.

A Molly no se le había borrado completamente el remordimiento por haber sido la causante de la tristeza de Crys cuando James murió a los pocos meses de casarse. Aunque en ese momento fuera muy feliz con Sam

–Y también conocerías a Gideon. Los dos hermanos trabajaban juntos...

Afortunadamente, Gideon era diez años mayor que su hermano y nunca había estado en su grupo de amigos. Molly sólo lo había visto una vez, pero había sido suficiente.

–Pierdes el tiempo –Molly lo miró con reproche–. Gideon y yo no nos gustamos nada.

–¿Lo sabe Crys?

–Claro que no –Molly frunció el ceño–. ¿Por qué iba a saberlo?

–No sé, sólo es... Mira ahí llegan –David señaló con la cabeza hacia un todoterreno destartalado–. ¿Me perdonas? –David se

volvió hacia la casa–. Creo que Merlín todavía no tiene muy claro si soy amigo o no.

Molly se rió ante la espantada de David, pero Merlín podía intimidar mucho si no te conocía. Ella lo conocía desde que era un cachorro y esperó a que llegara el coche. Crys y Sam se bajaron y él abrió la puerta trasera para agarrar al niño, Merlín saltó justo detrás.

–Me había parecido que David estaba contigo –Crys miró alrededor.

–Lo estaba –Molly asintió con la cabeza–, pero cree que tiene que dar tiempo a que Merlín se acostumbre a él.

Sam sacudió la cabeza y acarició al perrazo por detrás de las orejas.

–Ya le he dicho que Merlín no lo morderá si él no lo muerde antes.

–Estoy segura de que eso lo ha convencido de que es inofensivo –Crys soltó una risotada–. Me parece que es la hora de desayunar –Crys dejó al bebé dormido en brazos de Molly–. ¡Tortitas para todos!

Molly siguió a Crys y Sam. Normalmente, habría dado cualquier cosa por comer las tortitas de Crys, pero el Jaguar verde que estaba aparcado delante de la casa decía muy claramente que Gideon Webber seguía dentro.

–A lo mejor se ahoga con una de las tortitas de mamá –le comentó Molly al niño que llevaba en brazos–. Ya sé que es tu padrino, pero tienes otro...

–¿Hablas sola? –le preguntó burlonamente una voz inconfundible.

Molly levantó la mirada y se encontró a Gideon, que se acercaba a la puerta de la cocina. Iba acompañado por Merlín y los dos parecían muy contentos de estar juntos.

–Tenía que recoger una cosa del coche –le explicó él ante la sorpresa de ella.

Molly no quiso hacerse ilusiones de que de paso hubiera dejado la bolsa de viaje.

–Hablaba con Peter, no sola –le aclaró ella terminantemente.

–Claro –Gideon sonrió irónicamente–, hablar con un bebé de tres meses tiene sus ventajas, por lo menos no puede contestarte.

–Algo muy raro en un hombre –Molly lo miró incisivamente.

–Según mi experiencia, todavía es más raro en una mujer.

Gideon abrió la puerta de la cocina para que Molly pasara y, además, cortar cualquier réplica que ella hubiera podido hacer a aquel comentario sexista.

Sin embargo, a ella se le quitaron las ganas de contestar en cuanto entró en la cocina y comprobó el ambiente tan agradable que había. Crys preparaba las tortitas mientras David y Sam ponían la mesa entre bromas y risas.

Era una casa grande de tres pisos, pero a Crys y a Sam les gustaba hacerlo todo ellos mismos. Una mujer iba del pueblo tres tardes a la semana para ayudar con las tareas más pesadas, pero Crys se ocupaba de la cocina. A Molly le encantaba ese ambiente familiar y casi siempre disfrutaba mucho de sus estancias allí, casi siempre...

Sin embargo, todos los demás parecían muy cómodos con la presencia de Gideon. Él ayudaba a Crys a hacer las tortitas con una familiaridad que denotaba una amistad muy íntima.

¿Sería sólo amistad?, se preguntó Molly mientras se sentaba un poco alejada de los demás con Peter en brazos. Estaba segura de que por parte de Crys no había nada más, pero a Gideon se le veía más distendido con Crys que con los demás. Los dos hablaban relajadamente y Gideon sonreía mientras la miraba con calidez... ¿Qué estaba pensando? Que Gideon pudiera estar enamorado secretamente de Crys... Era absurdo. La conocía desde hacía mucho tiempo y había sido su cuñado.

–¿Todo va bien? –le preguntó Sam, que se había acercado sin que ella se diera cuenta.

Molly sonrió a su hermanastro y se olvidó de todo lo demás. Sam, además de ser un guionista muy afamado, era el ejemplo perfecto de hombre alto, guapo y moreno, y ella lo había adorado desde que se enteró, hacía diecisiete años, de que su madre y el padre de él iban a casarse.

–Claro –contestó ella–. ¿Cómo iba a estar si tengo a mi sobrino favorito en brazos?

Sam se agachó para acariciar las mejillas de su hijo.

–Tu único sobrino, a menos que sepas algo que yo no sé –Sam miró con embeleso a Crys.

–No sé absolutamente nada –Molly se rió.

–¿Hace que te sientas maternal? –le preguntó él perspicazmente.

Era difícil contestarlo. Ni siquiera salía con alguien. Antes de volver de Nueva York había roto una relación pasajera con otro actor, pero tenía veintinueve años, como Crys, y si era sincera consigo misma, envidiaba a su amiga por su marido y su hijo.

–Sam, seguro que te has percatado de que no salgo con nadie ahora mismo...

–¿Qué te parecen David y Gideon? –le preguntó él mientras se encogía de hombros.

–¿Qué me parecen en qué sentido? –replicó ella con perplejidad.

–Bueno –Sam hizo una mueca–, creo que Crys piensa en uno de los dos como tu futuro marido y padre de tus hijos.

–¿Qué...? –Molly su puso muy tiesa en la silla.

–No le digas que te lo he dicho. Creo que esta vida familiar le ha dado ganas de emparejarte. Quiere que todo el mundo sea tan feliz como ella.

–Sí, pero... –Molly parpadeó.

–Crys me asegura que David y Gideon son unos hombres muy adecuados...

–Es posible –Molly elevó la voz un poco–, pero David acaba de enviudar y Gideon...

–No digas nada de esto a Crys –le pidió Sam–. Se enfadará conmigo si se entera.

–Pero...

–Dejaré a Peter en la cuna y luego podremos desayunar.

Sam se inclinó para agarrar a su hijo y lo llevó a la cuna que estaba en el otro extremo de la cocina. Molly lo miró completamente atónita por la conversación que habían tenido. ¿Qué quería decir con que Crys quería emparejarla con David o Gideon? Estaba segura de que no iba a gustarle la respuesta.

Capítulo 3

Todo el mundo ha comido bastante? –preguntó Crys media hora más tarde.

Media hora que no había rebajado la perplejidad de Molly. Sabía que Crys estaba más feliz que nunca, pero nunca se le habría ocurrido pensar que su mejor amiga fuera a decidir que era el momento de que ella, Molly, encontrara esa felicidad y hubiera seleccionado dos hombres adecuados para esa misión: David Strong y Gideon Webber.

David era uno de los hombres más encantadores que había conocido en su vida, pero seguía sufriendo mucho por la inesperada muerte de su mujer. Molly estaba deseando trabajar con él, pero sabía perfectamente que él no quería que otra mujer entrara en su vida.

En cuanto a Gideon Webber... Lo único que la consolaba era saber que el propio Gideon se pondría furioso si supiera que querían emparejarlo con ella.

–Mi mujer tiene un buen motivo para querer que hayáis comido bien –comentó irónicamente Sam.

–Con el trajín del bautizo, no hemos tenido tiempo de poner los adornos de Navidad –explicó Crys con una sonrisa–. Sam tiene que hacer unas llamadas desde su despacho y he pensado que nosotros cuatro podríamos divertirnos un rato poniendo los adornos.

–Encantado –se ofreció David al instante.

–Será un placer ayudarte –añadió Gideon desenfadadamente.

Molly se quedó tan alterada por ese retraso en la partida de los dos, que no dijo nada.

–Todavía no sabéis dónde están los adornos –les avisó Sam.

–Tu mujer puede hechizar a cualquiera –David se rió con grandes aspavientos.

–¿Como para bajar los adornos de la buhardilla? –preguntó Sam.

–Incluso para eso –intervino Gideon irónicamente.

Molly se sintió fuera de lugar. Esas vacaciones de Navidad no estaban saliendo como ella había pensado.

–¿Y tú, Molly? –le preguntó Sam que había captado su desconcierto–. Iba a quedarme con Peter, pero si prefieres cuidarlo a poner los adornos...

Ella haría cualquier cosa con tal de no pasar la mañana con Gideon. Sin embargo, cuando abrió la boca para aceptar la escapatoria que le había ofrecido Sam, se encontró con la mirada hipnotizadora de Gideon. Ella se sonrojó levemente y supo que él se había dado cuenta y que estaba disfrutando con la situación. Molly apretó los labios y lo miró con los ojos como ascuas antes de sonreír a Sam.

–Gracias por tu ofrecimiento, pero ya sabes que siempre me ha encantado poner los adornos de Navidad.

Llevaba varios años sin poner los adornos en su apartamento sólo para ella misma. Estaba deseando meterse de lleno en una Navidad familiar y no estaba dispuesta a que Gideon le quitara esa ilusión.

–Claro que lo sé –Sam le acarició el pelo–. Cuando era más joven, ella se empeñaba en poner los adornos en noviembre y no los quitaba hasta febrero.

Molly se sonrojó más y evitó mirar a Gideon para no ver sus ojos cargados de sarcasmo.

–Siempre me ha encantado la Navidad.

–No tiene nada de malo –la tranquilizó David.

–Nada en absoluto –añadió rotundamente Gideon.

Molly lo miró segura de encontrarse con el habitual desdén en su mirada, pero se encontró con que la miraba con una expresión indescifrable.

–Siempre he pensado que si a alguien le gusta la Navidad, no puede ser malo –insistió Gideon desafiantemente.

Los ojos marrones de Molly y los azules de Gideon colisionaron brevemente. Ella apartó la mirada y comprobó que Crys seguía sonriendo y que David y Sam limpiaban los restos del desayuno. ¿Era ella, Molly, la única que podía percibir el insulto que se ocultaba en las palabras de Gideon? Seguramente, nadie se daba cuenta de la aversión de Gideon hacia ella.

–¿A ti qué te parece la Navidad? –le preguntó Molly con tono

desafiante.

Era como si estuvieran solos en la cocina

–¿Tú qué crees? –Gideon hizo un gesto serio con la boca.

–No tengo ni idea –contestó ella sinceramente.

–También me ha encantado siempre la Navidad –le aclaró él con una sonrisa.

No la desarmaron las palabras, sino la sonrisa que transformó su cara hasta hacerla encantadora y aniñada. Dos rasgos que nunca habría asociado con el arrogante Gideon.

–Perfecto –consiguió decir ella por decir algo.

–¿Qué esperabas haber oído? –la sonrisa se extendió a los ojos de un azul oscuro.

Durante las últimas veinticuatro horas, Molly había aprendido que no podía esperar lo previsible de ese hombre. Nunca podía adivinar lo que iba a hacer o decir.

–Da igual lo que yo esperara, ¿no? –replicó ella mientras se encogía de hombros.

–Así es –confirmó él lacónicamente.

Los ojos de Molly brillaron con un destello de humor y se encontraron tranquilamente con los de él.

–Bueno, me alegro de que hayamos aclarado eso, ¿tú no? –preguntó ella con sorna.

Quizá se lo imaginara, pero le pareció captar un fugaz brillo de admiración en los ojos de él. Sin embargo, el aire burlón de siempre lo disimuló inmediatamente.

Peor para él. Ella era como era y estaba segura de que no era la persona que Gideon creía que era. Él la miró en silencio durante unos segundos y entrecerró los ojos antes de darse la vuelta con una enigmática sonrisa. ¿Por qué siempre se quedaba ella con la sensación de que él sabía algo que ella no sabía?

–Podemos ir todos esta tarde a elegir un árbol de Navidad –dijo Sam–. Hay un sitio cerca donde puedes elegir y cortar el que quieras.

–Estupendo –aceptó David con entusiasmo.

–Una verdadera costumbre navideña –corroboró Gideon antes de mirar a Molly con su gesto burlón de siempre–. ¿No te alegras de que Crys y Sam nos hayan invitado a pasar la Navidad juntos?

Por fin supo la verdad y se quedó pálida. David y Gideon iban a

pasar esos días de Navidad con Sam, Crys, Peter y ella. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

–¿Sigue encantándote la Navidad? –le preguntó la voz burlona al oído.

Su fe en el espíritu navideño se había puesto a prueba durante los últimos minutos, pero sí, seguía encantándole la Navidad. Independientemente de con quién tuviera que pasarla. Se volvió hacia Gideon y lo encontró más cerca de lo que esperaba. Tenía la cabeza inclinada hacia ella y su mirada la dejó sin respiración. Era un hombre impresionante. Tenía un pelo color miel que le caía sobre la frente, unos ojos azul oscuro sobre unos pómulos muy altos, una nariz recta y unos labios firmemente esculpidos.

–¿Este año estarás en la lista de los buenos o de los malos? –le preguntó él.

Quizá fuera muy guapo, pero en cuanto abría la boca todo el encanto se desvanecía. A lo mejor era preferible... si tenía en cuenta que había sucumbido a esa atracción durante unos minutos. Tomó aliento.

–Yo...

–¡Eh, vosotros dos! –les llamó David–. Tenemos que bajar los adornos de la buhardilla.

Molly se alejó de Gideon para acompañar a David y Crys, pero también notó que él no le quitaba el ojo de encima.

Molly le daba vueltas a la cabeza mientras se ataba el cinturón del albornoz después de darse una ducha. En conjunto, no había sido un mal día. Habían puesto los adornos sin grandes complicaciones, la cena había transcurrido agradablemente y luego jugaron una partida de Monopoly bastante divertida, aunque la ganara Gideon sin problemas.

Superficialmente, había sido un buen día. Al parecer, ella era la única que captaba las indirectas en todos los comentarios que Gideon le hacía. Había empezado por decir que no se levantaba de buen humor y había seguido así todo el día. Hasta el punto de que ella se había excusado para darse una ducha antes de acostarse.

Molly seguía dándole vueltas al comentario sobre su humor por las mañanas. Le espantaría darse de bruces con Gideon cuando iba

vestida sólo con el camisón. Estaba segura de que también haría cualquier comentario gracioso sobre eso.

Abrió la puerta de su dormitorio y dio un alarido al ver la silueta de alguien recortada contra la luz de la luna.

–Me alegro de oírte –murmuró irónicamente Gideon mientras se daba la vuelta–, pero ¿hacía falta que dieras ese grito?

Él avanzó hasta quedar iluminado por la lámpara de la mesilla que ella había dejado encendida. Seguía vestido con la camisa y pantalones de algodón que llevaba esa tarde.

–Sí, claro que tengo que dar ese grito. ¿Qué demonios haces en mi dormitorio?

Lo miró fijamente con el pulso acelerado, la respiración entrecortada y la sensación de que las piernas le flaqueaban.

–Evidentemente, estaba esperándote –respondió él lentamente–. ¿No podrías cerrar la puerta? Si me quedo, no hace falta que se entere todo el mundo.

Ella creía que su tortura había acabado por ese día, pero él tenía la poca vergüenza de presentarse en su dormitorio de esa manera.

–No vas a quedarte –Molly no cerró la puerta–. Es más, no sé qué te hizo pensar que podías venir...

–Antes dijiste que teníamos que hablar –él se encogió de hombros.

Molly lo miró con desesperación. Ella lo había dicho. Tenía que aclararle algunas cosas, pero no era el momento ni el lugar para hacerlo.

–No ahora y menos aquí. ¿Sabes qué pensarán si te encuentran en mi dormitorio?

Crys, por ejemplo, empezaría a preparar la boda.

–Por eso te he propuesto que cerraras la puerta.

Molly decidió que a lo mejor no era una mala idea y la cerró silenciosamente.

–No habré interrumpido una cita furtiva, ¿verdad? –le preguntó Gideon con las cejas arqueadas.

A Molly le pareció un comentario de muy mal gusto si se tenía en cuenta que la única posibilidad era David.

–No juzgues a los demás por cómo eres tú –replicó ella despectivamente.

–¿Qué quieres decir exactamente con eso? –le preguntó Gideon

gélidamente.

–Claro, todo es distinto cuando tiene que ver contigo, ¿no? –no sabía por qué lo había dicho, pero le pareció que era lo indicado–. Tú...

Se quedó callada al oír que llamaban a la puerta.

–Molly... –dijo Sam con tono de preocupación–. Perdona que te moleste, pero Crys asegura que hace un momento te oyó gritar...

Molly miró acusadoramente a Gideon. No sabía qué hacer. Si abría la puerta, tendría que explicar la presencia de Gideon, pero si no la abría, a Sam le parecería muy raro.

–Creo que lo mejor es que abras la puerta y lo tranquilices –susurró Gideon.

–No me digas... –replicó ella llena de furia–. Nada de esto habría pasado si hubieras pensado un poco en las consecuencias de una visita a mi dormitorio.

–La única consecuencia en la que pensé fue que si pensabas que había venido para seducirte...

–¡Estás loco! –lo cortó bruscamente.

–Molly... –repitió Sam con tono preocupado.

–Estoy bien, Sam –ella entreabrió un poco la puerta–. Estoy bien. Es que vi... una araña.

–¡Con lo que te gustan las arañas! Puedo entrar y deshacerme de ella –se ofreció Sam.

–No te preocupes –ella no se movió ni un centímetro–. Verás...

–Lo que pasa, Sam –explicó Gideon mientras aparecía detrás de Molly– es que yo también oí el grito de Molly y he tirado la araña por la ventana.

Molly cerró los ojos con la esperanza de que aquello fuera una pesadilla. Volvió a abrirlos y se encontró con la mirada de Sam. No era difícil saber lo que estaba pensando después de lo que le había contado sobre las ganas que tenía Crys de emparejarla.

–Muy amable, Gideon. Sé muy bien que Molly detesta tener que enfrentarse a una araña.

–¿No lo sabías? Gideon es famoso por su amabilidad...

El sarcasmo de Molly dejó indiferente a Gideon, que ni siquiera cambió de expresión.

–Bueno, si estás bien... –concluyó Sam desenfadadamente.

–Estoy bien –le tranquilizó Molly.

–Entonces, buenas noches… –Sam sonrió.

–Antes de irme, comprobaré que no quedan más arañas –intervino irónicamente Gideon.

Molly esbozó una sonrisa forzada mientras Sam volvía a su dormitorio.

–¡Mira lo que has hecho! –exclamó ella en cuanto cerró la puerta–. Sam no se ha tragado que estuvieras en mi dormitorio buscando arañas.

–¿Tú crees? –Gideon arqueó las cejas.

–Sí.

Molly se acordó de la conversación que había tenido con Sam, pero no iba a contársela a él.

–A mí me pareció bastante convincente. Sobre todo, cuando resulta que es verdad que te dan miedo las arañas… –añadió él burlonamente.

Molly entrecerró los ojos. Era verdad que le daban miedo las arañas, fueran del tamaño que fueran. No tenía una explicación lógica, pero era así.

–Entonces, ¿qué crees que está pensando Sam que hago en tu dormitorio?

–Estoy segura de que puedes adivinarlo tú solito.

–Todo el mundo cree que nos presentaron ayer por la mañana en el bautizo –Gideon arqueó las cejas–. ¿Es normal que invites a tu dormitorio a hombres a los que conoces tan poco?

–¿Yo…? ¡Tú te has colado en mi dormitorio!

Ya tenía bastante con que Sam y Crys supieran que él estaba en su dormitorio como para además ser la responsable.

–No me he colado en ningún sitio, Molly –siguió él tranquilamente–. Sencillamente, he esperado a que volvieras de la ducha.

–No tenías ningún derecho a pensar que podías hacerlo. Es posible que yo haya dicho que teníamos que hablar, pero no tengo ganas de hablar contigo en este momento.

Se hizo un breve silencio y Gideon la miró con curiosidad.

–Entonces, ¿qué tienes ganas de hacer? –le preguntó él delicadamente.

Ella abrió los ojos como platos ante la evidente insinuación.

–Eres un arrogante…

–No lo creo –Gideon la agarró de la muñeca antes de que ella le diera un tortazo–. Es más...

Gideon bajó la cabeza y la besó en la boca. Ella se quedó tan atónita, que durante un rato se quedó inmóvil en sus brazos y sintió la dureza del cuerpo de Gideon contra el suyo mientras él la besaba meticulosamente. Con una gélida meticulosidad.

Eso hizo que ella volviera a la realidad y que no le respondiera, porque, ante su espanto, le habría encantado responderlo. ¡En algún momento de esas veinticuatro horas, un momento que no podía ni imaginarse, se había sentido atraída por Gideon Webber!

–¡No! –ella se apartó aunque él intento retenerla.

–¿No? –Gideon la miró con los ojos azules entrecerrados.

–No –repitió ella–. Sé muy bien lo que piensas de mí...

–¿Lo sabes? –él retrocedió unos pasos–. Lo dudo mucho.

–Tendría que ser completamente tonta para no saberlo –Molly aguantó la mirada despectiva–. Y, aunque pienses lo contrario, no soy tonta. Por algún motivo, has decidido que soy una especie de mujer fatal...

–¿Por algún motivo? –Gideon sacudió la cabeza–. No fue una imaginación lo que vi aquella mañana en el apartamento de James. Además, estabas completamente desnuda con sólo una camisa encima... la camisa de James. Dos buenos motivos para creer algo, ¿no te parece? –la miró con desprecio.

Molly tomó aire al notar que se sonrojaba.

–Si sólo te fías de las apariencias, sí, pero...

–¿Apariencias? –la interrumpió Gideon–. ¿Intentas decirme que fue una coincidencia que Crys estuviera de viaje promocionando su último libro de cocina?

Molly lo miró sin decir nada durante unos segundos eternos. Realmente creyó...

Se dejó caer en la cama y lo miró con incredulidad. Sabía que tenía un mal concepto de ella, pero...

–¿Nunca comentaste con James lo que pasó aquella mañana? ¿No se lo preguntaste?

–No, nunca lo hablé con James ni se lo pregunté. Le dije que era idiota si arriesgaba su matrimonio con Crys por una aventura con alguien como tú.

Molly se sentía aturdida. No podía pensar ni hablar. Sólo podía

mirarlo con incredulidad. Nunca se le habría ocurrido…

–Ya está –siguió él ante la falta de respuesta de Molly–. ¿Era esto lo que querías cuando dijiste que querías hablar? ¿Querías que todo saliera a la luz y no hiciera falta más buenos modales fríos entre nosotros?

–Tampoco creo que haya buenos modales...

Molly seguía atónita por la acusación de haber tenido una aventura con James, el hermano de Gideon.

–Los hay delante de Crys y Sam –él hizo una mueca–. Evidentemente, Crys no sabe nada de que James y tú...

–¡No hubo nada entre James y yo! –exclamó ella aunque sabía que su queja sería inútil.

–Evidentemente, nada tan importante como para que James tuviera que confesárselo a Crys en el lecho de muerte –Gideon sacudió la cabeza–. ¡Afortunadamente!

–Pero...

–Pero yo lo sé y tú lo sabes –siguió Gideon implacablemente–. Dejémoslo ahí.

–No me creo que pienses que yo sería capaz... –ella lo miraba con los ojos desorbitados.

–Quién sabe de qué eres capaz –la interrumpió Gideon–. Que yo sepa, Crys es tu mejor amiga y no tuviste reparos en aprovecharte de que no estaba en casa para acostarte con su marido.

Era increíble. Desde luego, explicaba el comportamiento de Gideon hacia ella, pero no tenía nada que ver con lo que había pasado hacía tres años.

–Sólo veo un aspecto positivo en todo esto –siguió Gideon.

–¿Hay algo positivo? –repitió ella con perplejidad.

–Sí –Gideon asintió con la cabeza.

–¿Qué?

Un brillo de satisfacción iluminó aquellos ojos azules.

–Crys está casada con tu hermanastro. Una situación que cambiaría si alguna vez sintieras la necesidad de tranquilizar tu conciencia. A Crys le costaría estar casada con el hermano de la mujer que tuvo una aventura con su primer marido.

–Espera un segundo...

–No voy a perder más tiempo por esta noche.

Era mucho peor de lo que nunca se habría imaginado. Sabía que

tenía que haber un motivo para que Gideon la despreciara tan profundamente y que seguramente tendría algo que ver con que se la encontrara en el apartamento de James una mañana de hacía tres años, pero nunca se había imaginado que...

–Te lo aviso, Molly –siguió Gideon ásperamente–, no voy a permitir que hagas nada que pueda hacer daño a Crys. ¿Lo has entendido?

–Perfectamente –Molly tragó saliva.

Molly se preguntó si él no estaba siendo un poco hipócrita. Su afán de protección a Crys, innecesario en ese caso, parecía indicar algo más que cariño de ex cuñado. Aunque eso le daba igual y lo que la alteraba era lo que pensaba sobre su comportamiento.

Crys era su mejor amiga y ella le había presentado a James. Éste también había sido uno de sus mejores amigos y nada más que un amigo. Sin embargo, Gideon se había formado una opinión de ella por un breve encuentro y lo único que ella podía hacer era darle una explicación sobre un momento de su vida que ella prefería olvidar. Además, probablemente, él no la creería.

–Muy bien. Entonces, no tengo nada más que decir. Excepto... –soltó Gideon con satisfacción.

–Por favor... –pidió Molly débilmente mientras se llevaba una mano a la sien–. Ya he oído bastantes insultos tuyos por una noche –Molly suspiró.

Gideon se paró delante de la puerta del dormitorio.

–No iba a insultarte otra vez, Molly –la tranquilizó.

–¿No? –le preguntó ella con incredulidad.

–No. Iba a decirte que había mentido al decir que me había deshecho de la araña. Está en el techo, justo encima de tu cabeza. ¡Buenas noches!

Molly no vio cómo él salía de la habitación. Tenía la mirada clavada en la araña que había en el techo. Una araña enorme.

Era un canalla, un sádico, un malnacido...

Capítulo 4

A la mañana siguiente, cuando se miró en el espejo, Molly se encontró con un aspecto horrible. Tenía el pelo revuelto, la cara pálida y unas ojeras enormes.

Además, era la mañana de Nochebuena. Sin embargo, nunca había tenido menos espíritu navideño. Se había pasado la noche mirando a la araña y pensando en todo lo que le había dicho Gideon. Creía que había tenido una aventura con James...

Para empezar, no sentía nada de eso por James, sólo lo había visto como amigo. Para seguir, Crys era su mejor amiga y nunca habría tenido una aventura con James aunque hubiera estado enamorada de él.

Sin embargo, si Gideon contaba a Crys que se la había encontrado en el apartamento que compartía con James y que sólo llevaba puesta una camisa de James, ¿creería su amiga que era inocente? ¿Creería que era inocente si se enteraba de que había pasado una noche en su apartamento mientras ella estaba fuera?

Gideon le había asegurado despectivamente que nunca se lo contaría a Crys, pero ¿lo mantendría si no le convenía a sus planes?

Después de una noche en vela, Molly había llegado a la conclusión de que no sabía la respuesta. Tendría que hablar con Gideon aunque la idea la espantara.

Sin embargo, antes tenía que arreglarse. Se lavó el pelo y se lo peinó hasta que le cayó sedoso y reluciente sobre los hombros, se maquilló para disimular la palidez y las ojeras e, incluso, eligió cuidadosamente la ropa: una blusa naranja oscuro y unos vaqueros negros y ceñidos. Aunque nada de todo aquello podía disimular su cansancio.

Si no fuera por Gideon y su mente retorcida, ella estaría disfrutando de una Navidad en familia con Crys, Sam y el bebé.

–¿Otra vez la última? –se mofó Gideon cuando ella entró en la cocina hacia las nueve.

Crys también estaba sentada a la mesa de la cocina con él.

–Sam y David se han llevado a Peter y Merlín a dar un paseo para que yo pudiera descansar unos minutos. Peter no ha parado en toda la noche –Crys hizo un gesto cariñoso.

–Sé cómo es eso.

Molly desafió a Gideon con la mirada a que hiciera otro comentario jocoso cuando los dos sabían que David había sido el último en bajar la mañana anterior.

–Sam me contó que había una araña en tu dormitorio –Crys parecía preocupada.

–La había... –Molly miró gélidamente a Gideon.

Él mantuvo la mirada sin expresar ningún sentimiento y Molly pensó que no los tenía.

–Fue una suerte que Gideon se ocupara... –Crys asintió con la cabeza.

De lo único de lo que se ocupó Gideon fue de dejarle muy claro lo que pensaba de ella.

–Es verdad –replicó ella mientras dejaba de mirar a Gideon–. ¿Me prestas tu coche para ir al pueblo? Todavía tengo que hacer algunas compras de última hora.

Durante la noche se había dado cuenta de que no había comprado ningún regalo de Navidad para David y Gideon. No tenía ningún interés especial en hacer un regalo de Navidad a Gideon, salvo una botella de arsénico, pero sería raro que fuera el único a quien no se lo hiciese. Le compraría algo impersonal.

–Yo voy a ir en coche al pueblo esta mañana –intervino Gideon–. Puedes ir conmigo.

Molly se quedó helada de espanto ante la idea de pasar más tiempo a solas con ese hombre que hacía que se sintiera tan vulnerable. Ella no intentó disimular lo que sentía cuando él la miró burlonamente.

–¡Qué idea tan buena! –Crys miró a Gideon y no vio la reacción de Molly–. De paso, podéis traerme el periódico y el pedido que hice al carnicero.

–Encantado –se ofreció Gideon delicadamente.

–Perfecto –Crys se levantó con una sonrisa–. Iré por la lista.

Molly comprendió, para su desesperación, que se daba por supuesto que ella había aceptado la invitación de Gideon. Era lo

normal, salvo porque nadie sabía la tensión que se producía entre los dos.

–Pareces cansada.

Fue una afirmación, no una pregunta. Molly miró fijamente a Gideon.

–¿Quién crees que tiene la culpa? –le preguntó desafiantemente.

–A juzgar por el tono, diría que es mía...

–Dirías bien. Tú...

–Aquí está –Crys apareció en la habitación con un papel–. Es la tienda de la plaza, no la que hay en la calle –comentó Crys sin darse cuenta de la tensión.

–Seguro que entre los dos la encontraremos –la tranquilizó Gideon mientras se levantaba–. Molly...

Ella sintió un escalofrío por todo el cuerpo al oír que la llamaba por su nombre. No le había parecido cariñoso ni familiar, sólo era la primera vez que lo hacía.

–Seguro que la encontramos –confirmó ella–. Voy por mi abrigo, nos encontraremos en el coche.

Se marchó sin esperar respuesta. Necesitaba estar un rato sola. Tenía que recapacitar.

También tuvo que reconocer que el Jaguar verde era muy cómodo. Cálido y cómodo. Sin embargo, una cosa era el coche y otra su dueño. Quizá él también fuera cálido y cómodo, decidió ella al cabo de unos minutos mientras se le cerraban los ojos y daba unas pequeñas cabezadas.

–Estás muy cansada, ¿verdad? –le preguntó lentamente Gideon.

–¿Por qué iba a decir que lo estaba si no lo estoy?

Se hizo un silencio sepulcral que duró unos minutos.

–Quizá estuve un poco inflexible contigo anoche –reconoció él entre dientes.

Molly se volvió para mirarlo con recelo. Era imposible que estuviera disculpándose por las acusaciones que le había hecho la noche anterior.

–Me refería a no deshacerme de la araña –le aclaró él.

Efectivamente, no se disculpaba por las acusaciones.

–¿Te has pasado toda la noche vigilándola? –siguió él con tono divertido.

–No le des más vueltas –Molly no estaba dispuesta a darle ese

placer.

–No lo haría si no fuera porque por pareces agotada.

–Supongo que por agotada te refieres a espantosa –replicó ella con resentimiento.

–Bueno... –Gideon se encogió de hombros.

Molly lo miró roja de ira.

–¿Alguna vez dices algo agradable?

–Muchas veces. Por ejemplo, al revés de lo que llevabas el domingo, el color de esa blusa te sienta perfectamente.

Fue un halago tan inesperado, que Molly se quedó muda y con lágrimas en los ojos, se dio cuenta con espanto. Estaba demasiado cansada.

–¿No te ha parecido algo agradable? –le preguntó Gideon.

Molly dejó escapar un suspiro y se dio cuenta de lo tensa que estaba. El asunto era que incluso la palabra «agradable» sonaba sospechosa si salía de la boca de aquel hombre.

–Gracias –aceptó ella ásperamente.

–De nada. Si quieres, cuando volvamos, iré a cazar esa araña –se ofreció él igual de ásperamente.

–No hace falta –ella sacudió la cabeza.

–¿Te has deshecho de ella? –le preguntó él con los ojos como platos.

–No –reconoció Molly con resignación–, pero, que yo sepa, no se ha movido un milímetro de donde estaba, así que no hace falta cazarla.

–No suelo ser un hombre vengativo –declaró él con el ceño fruncido.

–Sencillamente, te alegras de hacer una excepción conmigo...

–No me alegro, exactamente... –la corrigió él con el ceño más fruncido.

–Suéltalo, Gideon –Molly dejó escapar una risa pesarosa.

–¿De verdad te has pasado toda la noche mirando la araña?

–De verdad –Molly asintió vigorosamente con la cabeza–. No podía pedirle ayuda a Sam cuando tú habías dicho que te habías deshecho de ella.

–Ahora me siento muy mal –reconoció él.

–¿Cómo de mal? –le preguntó ella.

–Mal.

–¿Mal por oír mi versión de lo que pasó hace tres años?

Molly se encontró más decidida de lo que podía haber imaginado que se sentiría esa mañana.

–No –negó él categóricamente–. Me siento culpable por haberte dejado con una araña. No vas a convencerme de que no vi lo que vi con mis propios ojos esa mañana.

Molly decidió que era inflexible y que no tenía motivos para discutir con un hombre así. Aunque nada iba a detenerla.

–Sin embargo –siguió Gideon antes de que ella pudiera decir algo–, estoy dispuesto a hacer una tregua durante los días de Navidad.

–¡Qué detalle! –espetó ella.

–Es la mejor oferta que vas a conseguir –él apretó los labios–. Es más, es la única oferta que vas a sacar de mí.

Molly comprendió que tendría que aceptar si no quería amargar las navidades a los demás.

–Supongo que la tregua terminará a medianoche del día siguiente de Navidad...

–La verdad es que voy a quedarme hasta la mañana del día veintiocho. ¿Crees que podrás mantener la cortesía tanto tiempo? –preguntó él con una sonrisa forzada.

–¡Yo no soy descortés! –replicó ella con indignación.

–Estoy deseando que lo demuestres –Gideon se encogió de hombros.

Molly, por el bien de la recién iniciada tregua, contuvo la respuesta que quería darle.

–Perfecto –murmuró ella entre dientes.

Él se volvió y la miró con ojos burlones.

–¿Qué vas a regalarme por Navidad? –le preguntó provocadoramente.

Molly se quedó boquiabierta ante la perspicacia de él al adivinar a qué se refería con las compras de última hora.

–Había pensado en una botella de arsénico, pero luego he decidido que sería demasiado evidente.

Gideon se rió para sorpresa de ella. Otra vez, su cara se transformó, adoptó un aire aniñado y la mirada azul fue cálida en vez de gélida. Lo cual, si se tenía en cuenta la disposición de Molly, no era una buena cosa...

–Quizá lo fuera un poco... –concedió él sin dejar de sonreír.

–¿Qué te gustaría que te regalara? –le preguntó Molly, que no tenía ni idea de lo que le gustaba.

Estaba solo, sin pareja, dispuesto a pasar la Navidad con cualquiera y eso planteaba una pregunta: ¿qué tipo de mujer le gustaba? Evidentemente, no las pelirrojas menudas que tenían miedo de las arañas.

¿Por qué había pensado eso?, se preguntó Molly. Bastante tenía con sentirse atraída por él como para que quisiera que él sintiera alguna atracción por ella.

–Bueno, no me gusta el chocolate y ya tengo bastante loción para después del afeitado –contestó lentamente Gideon–. ¿Crees que un libro sería suficientemente impersonal?

Molly notó que se sonrojaba. ¿Acaso lo sabía todo?

–Creo que sí –contestó ella lacónicamente–. ¿En qué tipo de libro estás pensado?

–Hay un libro que llevo tiempo queriendo comprar –Gideon se encogió de hombros–. Estaba esperando que saliera en edición de bolsillo y se me ha olvidado comprarlo...

–¿Cuál? –le cortó Molly impacientemente mientras se preguntaba si tendría dinero para comprar un libro que no se había comprado él mismo.

Volver de Estados Unidos, hacer la mudanza de sus escasas pertenencias e instalarse en un piso le había salido bastante caro, pero, por otro lado, era una del diez por ciento de actores que tenía trabajo.

–Quizá tú hubieras pensado algo... –Gideon la miró con el ceño fruncido–. Aparte del arsénico, claro.

–Nada en absoluto –replicó ella mientras sacudía la cabeza–. Es más, agradecería cualquier indicación en ese sentido –reconoció ella que también se reconoció que no sabía qué regalar a David.

También se preguntaba qué le habría comprado él...

Evidentemente, él sabía que iba a quedarse y quiénes eran los otros invitados, por lo que le habría comprado algo antes de ir a Yorkshire. Si bien, dado lo que sentía por ella, la aterraba pensar el regalo que le habría comprado.

–Muy bien. Uno de mis humoristas favoritos es Billy Connolly y...

–¡No puedo creérmelo! –exclamó Molly que se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho–. Bueno… quiero decir… Billy Connolly es…

Fuera lo que fuese lo que quería decir, Molly lo dio por imposible y miró a Gideon.

¿Billy Connolly? Era su humorista favorito sin ninguna duda y, además, también había demostrado ser un magnífico actor. Nunca jamás habría pensado que podría gustarle a Gideon Webber.

–Empezó a gustarme cuando estaba en la universidad –explicó irónicamente Gideon, que confundió la sorpresa de Molly con una censura–, luego ha seguido gustándome –añadió.

Molly ya había leído el libro al que se refería él. Lo había escrito la mujer del comediante y le había parecido conmovedor y trágico. Aunque, al final, el humor del comediante escocés se había impuesto a todas las penalidades que había sufrido durante su niñez. Le costaba hacerse a la idea de que tenía que compartir ese gusto con Gideon.

–A mí también lleva años gustándome –le dijo Molly intentando disimular la sorpresa–. Es un libro muy bueno. ¿Qué crees que podría regalarle a David? –Molly cambió de tema sin salir de su asombro por tener el mismo sentido del humor que Gideon.

–Es muy fácil –contestó él con una sonrisa–. Anoche comentamos el libro y él tampoco lo ha leído.

Molly podía comprender mejor que David tuviera el mismo sentido del humor un poco excéntrico que ella. Sin embargo, ¿no sería demasiado impersonal regalar el mismo libro a los dos?

–Te aseguro que los dos estaremos encantados con el regalo –la tranquilizó Gideon.

–A mí me parece perfecto –aceptó Molly.

Al fin y al cabo, ser impersonal era la mejor manera de lidiar con aquellos dos hombres después de lo que le había contado Sam sobre las intenciones de emparejarla que tenía Crys. No podía olvidarse de eso, sobre todo si tenía en cuenta la sonrisa de satisfacción de Crys cuando los vio alejarse en el mismo coche.

Capítulo 5

Ya está! –exclamó con satisfacción Gideon mientras tiraba la araña por la ventana.

–Gracias.

A Molly le parecía más que desconcertante que él estuviera en su dormitorio por segunda vez en veinticuatro horas.

La visita al pueblo no había transcurrido como ella se había imaginado. Ella había supuesto que Gideon haría sus recados y ella los suyos, cada uno por su cuenta. Sin embargo, Gideon había estado encantado de acompañarla. Cuando ella entró en la librería a comprar los libros, él se limitó a esperarla fuera y luego siguieron paseando por la calle. Había sido, cuando menos, sorprendente. Los tenderos estaban contagiados del espíritu navideño y no había el gentío y las prisas que Molly había dejado en Londres. La gente parecía tener tiempo para charlar un rato, aunque casi todos iban cargados con paquetes, y la iluminación y los escaparates adornados daban un ambiente de tranquilidad y felicidad.

Era difícil abstraerse de todo lo que los rodeaba. Si bien Gideon había estado más relajado, no podía decirse exactamente que hubiera estado simpático. Habría sido esperar demasiado. Sin embargo, su actitud hizo que Molly confiara en que la fiesta de Navidad no fuera a ser tan desagradable como se había imaginado.

–¿Dónde crees que está todo el mundo?

Molly empezaba a estar impaciente y quería que Gideon se fuera de su dormitorio, pero también le preocupaba que no hubiera nadie en la casa.

–A lo mejor han pensado que íbamos a comer fuera y ellos han hecho lo mismo –contestó él mientras se encogía de hombros.

Molly se imaginaba comiendo sola con Gideon y se le cortaba la digestión sólo de pensarlo. Sin embargo, dadas las tendencias casamenteras de Crys, Molly tampoco desechaba que su amiga los hubiera dejado solos intencionadamente.

–Es posible –Molly hizo una mueca–. En ese caso…

–¡Hola! –David los saludó desde el pasillo–. ¿Sabéis si habéis pasado el sarampión?

–¿Cómo dices? –le preguntó Gideon con el ceño fruncido.

–¿Qué? –Molly parecía igual de desconcertada y se ruborizó de que volvieran a encontrarla en su dormitorio con Gideon.

–Al parecer –les explicó David desde la puerta–, Peter ha estado menos alegre que de costumbre por unos granos que le han salido en la cara y el pecho. La doctora está viéndolo para decidir si es sarampión o no.

–No… –se lamentó Molly.

–¿Sarampión? ¿No es un poco pequeño? –preguntó Gideon.

Molly estaba de acuerdo. Peter sólo tenía tres meses.

–Eso es lo que ha dicho la doctora.

–Iré a ver a Crys ahora mismo…

David detuvo a Molly.

–No lo harás si no has pasado el sarampión.

–Lo he pasado –aseguró ella–. Según mi madre, pasé todas las enfermedades infantiles antes de cumplir un año.

–¿Por qué será que no me sorprende? –comentó irónicamente Gideon.

Molly lo miró como si quisiera atravesarlo.

–¿Has pasado tú el sarampión?

–Pues no –reconoció Gideon con un suspiro.

–Vaya… –exclamó David con cierta lástima–. Si es sarampión, la fase más contagiosa de Peter habría sido después del bautizo…

Molly hizo todo lo posible por contener una sonrisa. Sería espantoso que un niño tan pequeño como Peter hubiera contraído la enfermedad, pero la idea de que el arrogante Gideon tuviera que aguantar ese sarpullido era motivo sobrado para sonreír.

–A lo mejor deberías irte ahora –le propuso ella desenfadadamente.

–Me temo que no es posible –intervino David–. La doctora ha dicho que si es sarampión, si hemos estado en contacto con Peter durante las últimas cuarenta y ocho horas, tendremos que permanecer aislados durante los próximos cinco días para ver cómo evoluciona la enfermedad.

¿Cinco días? Molly había esperado dejar de ver a Gideon al cabo

de dos días...

El gesto de satisfacción de Gideon fue suficiente para que ella disimulara su decepción.

–Iré a ver si hay alguna noticia –se ofreció mientras se alejaba de Gideon.

Peter parecía muy abatido cuando Molly entró en su cuarto. Tenía la cara roja e irritada de tanto llorar. Crys estaba pálida y lo sostenía con intranquilidad entre los brazos.

–¿Qué tal está? –le preguntó Molly a Sam, que estaba al lado de su mujer con gesto de preocupación.

–Es un sarpullido –contestó una joven doctora–. Es muy incómodo para Peter, pero, afortunadamente, no tiene fiebre. El pobre está desesperado, ¿verdad? –lo acarició para confortarlo–. Además, su primera Navidad...

La verdad era que, aparte el ligero sarpullido en la cara y el pecho y la cara congestionada por el llanto, Peter parecía gozar de mejor salud que sus padres, que estaban pálidos y con expresión de preocupación.

–Vaya, es una buena noticia –Molly sonrió a la guapa doctora.

–Sí, ¿verdad? –la doctora también le sonrió y pareció aliviada de que hubiera alguien optimista–. Estoy segura de que el sarpullido remitirá pronto y Peter volverá a su vida plácida y normal, pero si hay algo que les preocupe durante estos días, no duden en llamarme. Estaré de guardia todas estas fechas –añadió lastimeramente.

–Pobre... –la compadeció Molly mientras la acompañaba hasta la puerta de la calle.

Las luces del árbol de Navidad tintinearon al pasar por el salón.

–Es lo justo. Todos mis compañeros tienen familia –la doctora se encogió de hombros.

La doctora tenía treinta y tantos años, era rubia, con ojos azules y muy guapa. A Molly le pareció injusto que tuviera que pasar sola la Navidad.

–¿Qué tal todo? –preguntó David mientras salía del salón.

Evidentemente, él se había ocupado de poner las luces, ya que ni Crys ni Sam estaban de humor para hacer nada relacionado con la Navidad.

Molly se fue a la cocina y la doctora y el actor entablaron

conversación. Tal y como habían transcurrido las cosas, con la dolencia de Peter y la visita de la doctora, nadie había comido nada y no era el mejor momento para preguntarle a Crys qué había pensado para la comida. Molly miró en la nevera y vio un recipiente enorme de sopa de pollo. Además, ya se había fijado en unas barras de pan que había en la mesa.

–¡Oh! –exclamó Molly al darse cuenta de que Gideon estaba detrás de ella.

–Tranquila –él agarró el pesado recipiente–. ¿Dónde lo dejo?

Las cejas arqueadas de él la retaban a que diera la respuesta que se le había ocurrido, pero Molly se contuvo.

–En la mesa, gracias. Creo que a Crys y a Sam les vendrá bien comer algo.

–Todo se ve de forma distinta con el estómago lleno –Gideon asintió con la cabeza.

Molly, por su parte, no estaba segura de que un poco de sopa y pan fueran a servirle de mucho en lo relativo a pasar la Navidad con ese hombre.

Gideon sonrió como si hubiera adivinado sus pensamientos.

–Bueno... no siempre... –añadió él con sorna.

–¿Por qué no pones la mesa y haces algo útil en vez de quedarte ahí torturándome?

Molly había pasado la sopa a una cazuela y la había puesto al fuego para calentarla. También había cortado el pan en rebanadas.

Gideon no se movió, seguía demasiado cerca de ella.

–¿Estoy molestándote? –le preguntó con un susurro.

–Sabes que sí –respondió Molly aunque sabía que no resultaba muy convincente.

¿Por qué conseguía ese hombre que no pudiera abstraerse de él? Percibía su presencia física, su cuerpo musculoso, su aroma limpio y masculino, la arrogante curva de su boca... Lo percibía tanto, que no podía respirar, por no decir nada de intentar separarse de él. Aquella mirada azul la tenía cautiva.

–¿En qué sentido te molesto?

La calidez de su aliento rozó los mechones de la sien de Molly. Se había inclinado y tenía la boca a escasos centímetros de la boca de ella.

La molestaba en todos los sentidos. Con la palabra, le dejaba la

confianza en sí misma por los suelos. Emocionalmente, la desequilibraba. Físicamente…

–Me alegro de que Peter no tenga sarampión –comentó David al entrar en la cocina.

Molly miró a Gideon durante unos segundos interminables incapaz de romper el hechizo de aquella mirada. Notaba que palidecía porque lo que menos quería en el mundo era que él la afectara de esa forma. Sin embargo, ¿por qué lo hacía? Era rudo con ella y la ofendía en cuanto podía. Creía que ella era capaz de traicionar a su mejor amiga. Además, él no le gustaba. Sin embargo, no podía respirar cuando él la miraba y mucho menos pensar racionalmente. Una mezcla poco recomendable.

–Qué bien… comida –susurró David al ver la humeante sopa.

Molly hizo un esfuerzo para apartar la mirada de Gideon y sonrió a David.

–Uno de los dos podría ir a decir a Crys y a Sam que la comida estará preparada enseguida. Ya sé que Peter no se encuentra bien, pero tienen que comer algo –propuso mientras conseguía apartarse de Gideon.

–Yo iré –se ofreció Gideon–. Puedo quedarme con Peter mientras ellos comen algo si no quieren dejarlo solo.

–Eres muy amable –susurró lentamente Molly.

Gideon se quedó parado en la puerta.

–Puedo ser amable –aseguró él cortantemente antes de marcharse.

Molly comprendió que había vuelto a decir lo menos adecuado. Sin embargo, también sabía que difícilmente diría lo adecuado en lo que se refería a Gideon.

–¿Una discusión de enamorados?

Molly se volvió hacia David con el ceño fruncido y se encontró con la sonrisa guasona de su amigo.

–Sam comentó algo esta mañana sobre que Gideon había ido a tu dormitorio para rescatarte de una araña –David se encogió de hombros–. Luego, los dos habéis ido juntos de compras y hace unos minutos él estaba otra vez en tu dormitorio… ¿Qué puedo pensar?

–No lo que estás pensando –espetó ella.

–¿No?

–¡No! –insistió Molly con una sonrisa de desesperación–.

Anoche... esta mañana... hace un rato en mi dormitorio... Todo es una idea absurda de Crys. Deberías darte cuenta de que todo es un afán equivocado por parte de Crys para emparejarnos. Además, tú también eres candidato.

–¿Yo? –David se quedó completamente desconcertado–. Yo creía que Gideon... ¿A quién me ha buscado Crys entonces?

–A mí –le aclaró Molly lentamente–. Según Sam, a ella le da igual que sea Gideon o tú.

–¡Gracias! –exclamó David.

–De nada –Molly sonrió por su decepción después de haberse metido con ella.

–Yo que creía que Crys sólo quería ser amable al invitarme a pasar la Navidad...

–Lo es –lo tranquilizó inmediatamente Molly–. Crys es una de las personas más amables que te puedas imaginar.

–Me alegro de que todos estemos de acuerdo en eso.

Gideon había vuelto a la cocina y miraba a Molly con los ojos entrecerrados e impenetrables. Ella sostuvo la mirada unos segundos y luego la apartó al comprender exactamente lo que él estaba pensando. Sin embargo, le resultaba imposible defenderse de un prejuicio tan arraigado. Además, tampoco pensaba intentarlo con David en la misma habitación. Gideon, por lo menos, no sabía nada de las intenciones de Crys de emparejarla y quería que siguiera sin saberlo.

–¿Van a venir a comer con nosotros? –preguntó Molly inexpresivamente.

–Va a venir Sam –contestó Gideon–. Crys tomará algo más tarde. Va a echarse una siesta con Peter. Una vez más tranquila y después de no pegar ojo en toda la noche, seguramente necesite más el sueño que la comida.

Molly sabía lo que era eso. Ella tampoco había dormido mucho, aunque no había tenido la preocupación por Peter.

–Iré a relevarla dentro de un rato para que pueda comer algo –Molly asintió con la cabeza.

–Eres muy amable –susurró irónicamente Gideon después de mirarla durante unos segundos.

Provocador y socarrón. Evidentemente, ninguno de los dos tenía una opinión muy buena del otro, pero si seguían por ese camino,

iban a complicar más las cosas a todos los demás.

–Mi madre siempre me dijo que la amabilidad es una virtud –zanjó Molly mientras empezaba a servir la sopa.

–También lo es la lealtad –replicó Gideon adustamente.

Molly se quedó parada al comprender exactamente el comentario.

–Y la sinceridad –Molly lo atravesó con la mirada.

–Eh, ¿podemos participar los demás en la conversación? –intervino David.

Molly comprendió que los dos se habían dejado llevar por su enemistad mutua y esbozó una sonrisa forzada para David.

–La comida está servida –anunció Molly con firmeza y sonrió a Sam, que entraba en ese momento–. ¿Están bien?

–Bien, pero esto era lo que nos faltaba… –dijo lleno de tensión.

–¿Lo que nos faltaba? –Molly frunció el ceño con la esperanza de que las disputas entre Gideon y ella no fueran un problema para los demás.

–Olvídate de lo que he dicho –le pidió Sam mientras se sentaba.

–Pero Diana… la doctora Chisholm –corrigió David al notar que todos lo miraban– me ha dicho que no prevé complicaciones con Peter.

–Estoy seguro de que no las habrá –Sam asintió con la cabeza–. Sólo estoy preocupado por Crys. Considera nuestro matrimonio y el nacimiento de Peter como su segunda oportunidad. No quiero que nada lo estropee, aunque no hay ningún motivo…

–¿Qué podría pasar para que te lo estropeara? –Molly miró con perplejidad a su hermanastro.

–Exactamente, ¿qué podría pasar? –preguntó Gideon con segunda intención.

Molly no levantó la mirada de la sopa, pero notó la mirada de censura clavada en ella y el motivo para que la mirara así.

De modo que las compras de esa mañana y la cacería de la araña sólo habían sido una tregua provisional. Evidentemente, Gideon desconfiaba completamente de ella en cuanto a la felicidad de Crys. Esa desconfianza no sólo era completamente injustificada, sino que era muy ofensiva. Además, volvía a hacer que ella sospechara sobre los verdaderos sentimientos de Gideon hacia Crys.

Capítulo 6

Voy al pueblo a recoger algunas cosas que se olvidó Crys –comentó David al terminar la comida–. ¿Le apetece a alguien acompañarme?

Sam había vuelto con Crys y Peter y había llevado una bandeja con sopa y pan para su mujer. Aparte de servir de diana para el humor sarcástico de Gideon, Molly sólo tenía que envolver los dos regalos que había comprado, lo cual no le llevaría mucho tiempo.

–Acompáñalo, Molly –le propuso Gideon sin levantar la mirada del periódico–. Yo me quedaré por si Sam y Crys necesitan algo.

Molly se puso roja de ira. Como si necesitara su permiso para hacer algo... Como si quisiera que ella se sintiera culpable por tener que respirar aire puro lejos de él...

–¿Qué...? –exclamó Gideon antes de que Molly pudiera replicar.

–¿Qué pasa? –preguntó Molly con el ceño fruncido.

–Mmm... –murmuró David que estaba mirando el periódico por encima del hombro de Gideon–. Es una fotografía muy buena de todos nosotros, pero...

–Efectivamente, pero... –Gideon se levantó agarrando furiosamente el periódico–. Creo que esto no les va a gustar a Sam y Crys.

–¿Qué pasa? –insistió nerviosamente Molly.

Cuando vio el periódico, se quedó sin aliento.

El bautizo había sido una celebración completamente privada para amigos y familiares, pero aquella fotografía indicaba que algún periodista se había enterado. Además, se había escondido y había tomado una fotografía de todos ellos saliendo de la iglesia. Los orgullosos padres estaban entre Gideon, David y Molly y el pie de foto daba el nombre de todos ellos.

–¡No! –exclamó Molly con desesperación.

Ella sabía cuánto iba a detestarlo Sam. Hacía doce años, su vida se había convertido en un infierno por las mentiras que su ex novia había contado de él a la prensa, hasta el punto que había decidido

retirarse al apartado Yorkshire. Su matrimonio con Crys, hacía casi dos años, lo había ayudado a tranquilizarse, pero no hasta el punto de que le hiciera gracia ver esa fotografía en el periódico ni que su hijo recién nacido....

–Maldita sea –se lamentó Gideon–. ¿Por qué no lo dejan en paz?

–Porque es una noticia –David se encogió de hombros–. A mí me pasó lo mismo cuando Cathy murió hace seis meses. Si es una noticia, la publicarán, sea buena o mala.

–Ésta es muy mala –aseguró Molly pesarosamente–. Sobre todo, ahora, con lo que están pasando con Peter. A lo mejor es preferible que te deshagas de ese periódico, Gideon. Si Crys pregunta algo, podemos decirle que no encontramos ninguno.

–No te preocupes, es lo que pensaba hacer. También pienso enterarme de quién les dio el aviso –Gideon tiró el periódico sobre la mesa.

–¿Quién los avisó...? ¿Crees que alguien los avisó del bautizo?

–Claro que alguien los avisó. Sam lleva años manteniendo en secreto su paradero y, encima, el maldito periódico no ha dado su dirección, pero sí el lugar exacto donde está su casa.

Molly lo miraba pálida por la desesperación. Después de lo que había pasado con su ex novia, Sam tenía buenos motivos para apreciar su intimidad. Sobre todo, después de casarse con Crys y de tener a Peter.

–Pero, ¿quién podría hacer algo así? –Molly sacudió la cabeza sin comprenderlo.

–Efectivamente, ¿quién podría...? –se preguntó Gideon con frialdad.

Molly lo miró fijamente y se encontró atrapada por un repentino destello azul.

Él no podía creer que ella tuviera algo que ver...

–Se menciona varias veces la nueva serie de *Bailey* y a sus actores... –soltó Gideon implacablemente.

¿Acusadoramente? Ella nunca podría...

Gideon no tenía ni idea de los problemas que les había causado a sus padres y a ella misma el afán de venganza de la ex novia de Sam hacía doce años. Debido a la persecución constante de la prensa, sus padres tuvieron que cambiarse de casa y ella también cambió de colegio para intentar protegerse de la publicidad

adversa. En ese colegio nuevo, conoció a Crys y las dos se hicieron muy buenas amigas.

Sin embargo, ése era el problema de Gideon. Crys. Molly quería mucho a Crys, pero él parecía como si sólo se preocupara de ella, de protegerla...

–Creo que al final te acompañaré, David –le dijo Molly inexpresivamente.

Molly mantuvo la mirada apartada de Gideon aunque notaba que él no le quitaba los ojos de encima. Tenía que salir de allí si no quería pegarle.

–Estupendo –David sonrió de satisfacción–. Yo no me preocuparía mucho por lo del periódico, Gideon. Es Navidad y para cuando hayan pasado las fiestas, todo el mundo se habrá olvidado del asunto.

Molly no estaba muy segura de que fuera a ser así y, a juzgar por la expresión de Gideon, podía adivinar que él tampoco lo estaba. Sin embargo, el día siguiente era Navidad y no podía hacer nada. Encima, las acusaciones despiadadas e injustificadas de Gideon no mejoraban la situación. Aunque ella no reaccionara airadamente...

Por eso era preferible que se alejara de él por el momento. Preferible para Gideon, porque a ella le habría encantado dejarle bien claro unas cuantas cosas. También pensaba en Crys y Sam y se aguantaría por el momento...

–Eso espero –Gideon asintió violentamente con la cabeza.

–¿Estás preparada, Molly? –le preguntó David.

Ella estaba más que preparada para alejarse de la atroz compañía de Gideon y siguió a David sin despedirse.

Era verdad que Gideon estaba dispuesto a creer que ella era la culpable de todos los males, pero ¿quién había avisado a la prensa del bautizo? Ella, desde luego, no había sido.

–¡Anímate! –le pidió David después de pasar unos minutos en silencio en el coche–. Haz como si no hubiera pasado nada.

–Pero ha pasado –replicó ella sombríamente–. Te habrás dado cuenta de que Gideon piensa que yo avisé a la prensa.

–No lo piensa de verdad –la tranquilizó David con una sonrisa–. Se pone así contigo porque le gustas.

–¡Estás de broma! –saltó Molly.

–No he dicho que le haga gracia –aclaró David–, pero le gustas y no le vendrá mal que se ponga un poco celoso por haberme acompañado esta tarde.

Molly sacudió la cabeza con incredulidad.

–Estás siendo igual de absurdo que Crys. A mí no me gusta Gideon y yo no le gusto a él. Punto final.

–Claro... –aceptó David sin convencimiento.

–Lo digo en serio, David –lo miró amenazadoramente–. Cuanto antes termine la Navidad y pueda alejarme todo lo posible de Gideon, mejor.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

–Creo que la dama se queja en demasía...

–¿Quieres dejarlo de una vez? –Molly se agarró las manos sobre el regazo–. Es un ser despreciable –aseguró con firmeza al acordarse de la última acusación.

Aunque ella, en su fuero interno, no podía negarse que la presencia de Gideon la estremecía hasta la médula. Sin embargo, que la estremeciera físicamente no quería decir que le gustara.

Pero no paraba de hablar y quejarse del maldito Gideon Webber.

–A mí me cae muy bien –declaró David lentamente– y está claro que a él le cae muy bien Crys.

–Quizá demasiado bien –soltó Molly antes de poder contener las palabras.

Ella se llevaba muy bien con David e iba a trabajar con él durante los próximos meses, pero eso no era motivo para haberle expresado sus recelos sobre los sentimientos de Gideon hacia Crys. Notó que se sonrojaba.

–Quería decir que...

–Olvídalo, Molly –David le apretó ligeramente el brazo–. Te concedo que es un planteamiento interesante, pero, si yo fuera tú, no le daría mucho crédito.

–No –aceptó ella con gratitud.

Tenía que tener cuidado con los comentarios que hacía sobre Gideon, a cualquiera.

–En serio, Molly –David la miró con cariño–. Intenta verlo desde el punto de vista de Gideon.

–¿Por qué iba a hacerlo?

Él se rió levemente y sacudió la cabeza con una delicada

censura.

–Que yo sepa, Crys es el único familiar que tiene Gideon. Ella es su familia, Molly –insistió suavemente ante la mirada de escepticismo de ella–. Sus padres murieron hace tiempo y Crys estuvo casada con el hermano pequeño de Gideon. Su hermano también murió. A Gideon sólo le queda su relación con Crys –se encogió de hombros–. Yo lo veo así. Yo sigo muy ligado a los padres de Cathy –añadió melancólicamente.

Tenía que reconocer que era una forma de verlo, pero Molly seguía sin estar convencida de que fuera la acertada en lo referente a los sentimientos de Gideon hacia Crys.

Aunque era mejor que pensar que el hombre que la atraía estaba enamorado de otra mujer.

–Antes de que empieces otra vez, yo no dije nada a la prensa sobre el bautizo de Peter –le soltó Molly a Gideon cuando se lo encontró con cara seria.

Ella estaba preparando la cena porque Crys estaba en al piso de arriba ocupándose de Peter.

Gideon la miró con los ojos entrecerrados.

–Yo... –se calló cuando empezó a sonar el teléfono de la cocina–. ¿Te importaría contestar? –le pidió lentamente.

Molly se miró las manos sucias de pelar patatas y luego lo miró a él.

–A lo mejor no te has dado cuenta, pero estoy un poco ocupada en este momento –replicó ella con indignación e ironía.

No le importaba preparar la cena en lugar de Crys, era más, le encantaba tener algo que hacer, pero tampoco tenía intención de permitir que Gideon la agobiara, y el teléfono, que no dejaba de sonar, como el propio Gideon, empezaban a sacarla de sus casillas.

Gideon suspiró profundamente.

–¿Si te lo pido por favor...?

Molly parpadeó. Eso sí que sería una novedad.

–Hazlo –contestó ella irónicamente al constatar que él no decía nada.

Los ojos de Gideon dejaron escapar un destello azul.

–Por favor –farfulló entre dientes.

–Cascarrabias –se mofó Molly mientras iba a secarse las manos con un paño–. ¿Dígame?

Nadie contestó a su pregunta. No era el silencio de una línea cortada.

–¿Dígame? –repitió más enérgicamente–. ¿Quién llama?

Estaba convencida de que había alguien al otro extremo de la línea telefónica. Casi podía oír su respiración.

La única respuesta que recibió fue un chasquido y el sonido de la línea cerrada.

Molly colgó lentamente y se volvió para mirar a Gideon.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella.

–No tengo ni idea –se encogió de hombros violentamente–, pero es la tercera llamada como ésa desde que te fuiste esta tarde con David. Quería que contestaras tú para saber si tenías la misma respuesta.

–¿Te han colgado?

–Efectivamente –confirmó Gideon mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón–. Evidentemente, la llamada tampoco iba dirigida a ti –añadió con el ceño fruncido.

–A lo mejor se han equivocado de número.

–¿Tres veces en unas horas? –preguntó Gideon con incredulidad.

–Es posible –ella se encogió de hombros ya que le interesaba más preparar la cena, que preocuparse por llamadas misteriosas.

–No seas ridícula, Molly –le espetó él.

Ella abrió los ojos como platos por la indignación.

–¿Estoy siendo ridícula? Cada vez que pasa algo raro por aquí, tú das por sentado que yo tengo algo que ver. Seguramente, también creerás que soy responsable de las llamadas, ¿no?

–Me costaría creerlo cuando estás aquí conmigo –respondió él ásperamente.

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

–Supongo que eso es un punto a mi favor.

Gideon resopló para intentar contener su genio.

–Mira, lo siento si antes me equivoqué en cuanto a lo del artículo del periódico...

–¿Lo sientes? –los ojos de Molly echaban chispas–. ¿Lo sientes de verdad?

–Sí –siseó él con las mandíbulas muy apretadas.

Molly frunció el ceño al tener una idea.

–¿Crees que esas llamadas pueden ser de otro periodista? A lo mejor son del mismo…

–Podría ser –reconoció Gideon lentamente–. Pero ¿por qué cuelgan?

–Porque no contestan ni Sam ni Crys…

–¿Cómo lo saben? –él no estaba muy convencido con la teoría.

La verdad era que Molly tampoco lo estaba, pero no se le ocurría otra explicación.

–Por cierto, me he deshecho del periódico –comentó él bruscamente.

–Nunca pensé que no fueras a hacerlo –replicó ella con un sarcasmo evidente.

–Molly…

–Gideon –lo interrumpió ella inapelablemente–, no sé si te has dado cuenta de que estoy intentando cocinar para todos nosotros.

Molly señaló las patatas que había pelado y el pato que estaba en la fuente preparado para pasar al horno.

Él frunció el ceño unos segundos y luego miró hacia la comida que ya estaba medio preparada. Un brillo socarrón iluminó sus ojos cuando miró a Molly.

–¿Realmente sabes cocinar?

Molly se recordó que la Navidad era un tiempo de paz y armonía entre los hombres de buena voluntad. Tomo aliento.

–Estoy segura de que sé algo más que tú.

–Yo también estoy seguro –reconoció él–. Yo sólo sé que la cocinera tiene que estar bien provista de vino. ¿Blanco o tinto?

Molly lo miró atónita. Justo cuando había llegado a la conclusión de que lo detestaba, él hacía algo agradable y la sumía en un desconcierto absoluto.

Como si no estuviera bastante desconcertada. Tenía motivos sobrados para detestarlo y despreciarlo, sin embargo, cada vez que él entraba en la habitación, ella sentía un estremecimiento. Como en ese momento.

–Tinto, gracias –aceptó ella antes de agacharse para meter el pato en el horno–. Y no le des más vueltas a lo de cocinar, cuando estuve en paro hace unos cinco años, ayudé a Crys en la cocina de su restaurante. Seguro que no estoy a su altura, pero… ¡ah!

Molly se volvió y se encontró a Gideon de pie a unos centímetros de ella. Se quedó sin aliento cuando lo miró a aquellos ojos profundos como la medianoche.

–Claro... –susurró ásperamente Gideon sin hacer nada para darle la copa de vino que llevaba en la mano.

El tiempo pareció detenerse. La casa estaba extrañamente silenciosa. El tic tac del reloj de la cocina era lo único que les recordaba que el tiempo transcurría.

Molly tenía la boca seca y las mejillas se le sonrojaron al darse cuenta de que Gideon seguía con la mirada cómo ella se pasaba la lengua por los labios. Apenas podía respirar y percibía la presencia de él con cada nervio del cuerpo. Nunca se había visto tan alterada por un hombre.

¿Qué diría él, que pensaba que había sido la amante de su hermano, si los dos hacían el amor y él se daba cuenta de que ella nunca había tenido un amante, de que ella, a los veintinueve años, seguía siendo virgen?

Sería una solución un poco drástica, pero por lo menos comprendería que sus recelos en cuanto a James y ella eran completamente infundados.

–¿Por qué sonríes como si supieras algo que yo no sé? –le preguntó bruscamente Gideon.

La pregunta rompió ese momento de intimidad, afortunadamente...

Molly suspiró y se separó un poco.

–Me preguntaba cuándo ibas a darme la copa de vino –salió ella del paso.

Se sentía completamente trastornada por esos momentos de intensa intimidad que cada vez compartía más a menudo con Gideon.

Durante los tres días siguientes, cuanto menos tiempo estuviera a solas con Gideon, mejor.

Él miró la copa como si le sorprendiera verla en su mano.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte? –le preguntó bruscamente mientras dejaba la copa en le encimera.

Molly pensó que podía irse y darle unos minutos de descanso de su embriagadora compañía. Sin embargo, a juzgar por la diestra forma en que él agarró el cuchillo, comprendió que esa propuesta

no iba a servir de nada.

–Puedes terminar con las patatas –le propuso ella mientras se concentraba en las coles de Bruselas y las almendras.

Molly no se hacía ilusiones, sabía que ese silencio no era de calma, que una palabra equivocada podía desatar las hostilidades entre ellos.

Paz y buena voluntad, ¡ja!

Capítulo 7

Vaya, menuda imagen maravillosa de armonía doméstica –murmuró David al cabo de uno rato.

Molly se volvió y lo miró con ojos amenazantes. Gideon era tan doméstico como un gato salvaje. Además, si se tenía en cuenta que llevaban diez minutos trabajando en un tenso silencio, ella dudaba mucho que él supiera el significado de la palabra armonía.

–Gideon, sólo te falta un mandil para estar en tu papel –añadió David con tono bromista.

Gideon lo miró con las cejas arqueadas.

–¿Qué papel sería, David? –le preguntó lentamente.

–Cómo... ayudante de cocinera, naturalmente –el actor sonrió de oreja a oreja.

–Naturalmente –repitió Gideon–. ¿Por qué no haces algo útil y nos sirves un poco más de vino?

–Yo no tomaré, si no os importa –David les rellenó las copas–. Alguien tiene que conducir esta noche para llevarnos a la iglesia. Ya que vosotros os habéis ocupado de la cena, yo me ocuparé del coche.

Molly se había olvidado de que esa noche habían quedado en ir al servicio religioso.

–¿Crees que Sam y Crys querrán ir?

Molly frunció el ceño porque no había vuelto a saber nada de ellos desde hacía un par de horas, cuando les llevó la medicina de Peter.

–Quizá no –David hizo una mueca–, pero eso no es motivo para que no vayamos nosotros.

–¿No vayáis adónde? –preguntó Crys, que entraba en ese momento en la cocina–. Gracias, Molly –le dio un abrazo al comprobar que la cena estaba en marcha–. Me siento fatal por haberos dejado solos en un día así.

–¿Qué tal está Peter? –preguntó amablemente David.

–Mucho mejor, gracias –Crys suspiró de alivio–. En este momento, está dormido y Sam bajará dentro de un par de minutos. ¿De qué estabais hablando cuando he entrado? –preguntó con una sonrisa mientras se sentaba y aceptaba la copa de vino tinto que le sirvió Gideon.

–De ir a la iglesia esta noche –le explicó David.

–Claro, tenéis que ir todos –insistió amablemente Crys–. Sam y yo fuimos el año pasado y fue muy bonito con todas las velas encendidas y los adornos navideños. Vosotros... –se quedó callada cuando sonó el teléfono.

Molly se quedó paralizada, se volvió para mirar a Gideon y comprobó que él también la miraba con el ceño fruncido.

–Yo contestaré –anunció Sam, que acababa de entrar en la cocina–. ¿Dígame? Sí, soy yo. Perfecto, gracias.

Para alivio de Molly y Gideon, la sonrisa de Sam indicaba que no era una de aquellas llamadas.

–Mucho mejor –siguió Sam–. No, estoy seguro de que no hace falta. Aunque... –Sam tapó el teléfono con la mano–. ¿Hay comida para otra persona?

–Molly... –Crys se volvió hacia ella.

–Sí, claro –confirmó ella mientras se preguntaba de qué persona se trataría.

–¿Por qué no vienes en cualquier caso y cenas con nosotros? –siguió Sam con un tono muy cordial–. Claro que no molestas. Cenaremos alrededor de las ocho, así que puedes venir sobre las siete y media. Creo que algunos de nosotros iremos luego a la iglesia, si también quieres acompañarnos... Perfecto, hasta luego –colgó–. Diana Chisholm viene a cenar con nosotros.

–¡Qué bien! –Crys sonrió de satisfacción–. No me gustaba que pasara sola la Navidad.

–¡Podrías abrir la casa a todos los desamparados! –comentó cáusticamente David, pero se dio cuenta de lo que acababa de decir–. Perdón –farfulló–. Si me disculpáis... –se dio la vuelta y salió de la cocina.

–¿Qué le pasa?

Sam parecía tan desconcertado por la espantada de su amigo como los demás lo estaban por el comentario que la había precedido.

–Creo que he sido muy insensible –Crys suspiró–. Al fin y al cabo, es la primera Navidad que David pasa sin Cathy y no le resultará fácil después de tantos años de matrimonio –Crys se levantó–. Iré a hablar con él.

–No, iré yo –se ofreció Gideon mientras dejaba la copa de vino–. Es un asunto de hombres –le aseguró a Crys–. Será menos incómodo si voy yo, sobre todo para David.

Quizá fuera menos incómodo para David, pero Molly tenía más que dudas acerca de la idoneidad de Gideon para tratar un asunto tan delicado.

–A no ser que quieras ir tú –Gideon se paró junto a Molly como si le hubiera leído el pensamiento.

Aunque su mirada burlona parecía dar a entender que había interpretado completamente mal la expresión de duda que ella tenía, como siempre.

–En absoluto –afirmó ella desenfadadamente–. Como tú has dicho, es un asunto de hombres –lo miró desafiantemente.

A ella no le interesaba David de la forma que él parecía dar a entender, pero si quería seguir pensándolo, peor para él.

Gideon se quedó mirándola unos segundos, luego, asintió bruscamente con la cabeza y salió de la cocina.

–¡Caray! –Sam resopló sombríamente–. ¿Qué ha pasado mientras Crys y yo estábamos ocupados en otra cosa? –preguntó mientras miraba a Molly.

Aparte de los insultos de Gideon cada vez que tenía la oportunidad, que casi la besara, que un periódico publicara una foto de todos ellos, lo cual le dio otro motivo a Gideon para insultarla, y de una serie de llamadas misteriosas, no había pasado nada especial.

Ella no tenía ninguna intención de mencionar nada de eso a Sam y Crys.

–Las tensiones propias de la Nochebuena... Crys –se volvió hacia su amiga y cuñada–. ¿Qué prefieres con el pato, salsa de naranja o de manzana?

Cualquier cosa relacionada con la cocina era una garantía de distracción para Crys y las dos se enzarzaron en una discusión sobre las ventajas de las dos salsas antes de decidirse por la de manzana. Molly se daba cuenta de que Sam la miraba con un brillo guasón en

los ojos, como si se hubiera dado cuenta de su táctica de distracción.

Sam y ella siempre habían sido uña y carne, casi más que unos hermanos verdaderos. Muchas veces, Sam era capaz de decir lo que ella estaba pensando incluso antes de que ella lo supiera. Ella sólo esperaba que no captara algunas de las cosas que había pensado sobre Gideon a lo largo del día.

Molly notó que se ponía tensa cuando Gideon volvió a la cocina con una sonrisa que indicaba que había recuperado el buen humor. Era de esperar que hubiera tenido un resultado igual de bueno con David.

–¿Todo bien? –se interesó Crys.

–Bajará enseguida. Va a darse una ducha y a cambiarse antes de la cena

–Bueno, por lo menos cenará con nosotros –Sam hizo una mueca de alivio.

–Naturalmente –Gideon sonrió más todavía–. Sólo he tenido que hacerle ver las ventajas de que una mujer tan encantadora venga a cenar.

Molly se preguntó qué sería ella, ¿un cero a la izquierda? Seguramente lo sería para Gideon. La actriz hermana de Sam, que en ese momento estaba pringada de grasa de pato, que tenía la cara congestionada por el calor del horno y el pelo enmarañado por el calor, no podía compararse con alguien con una belleza tan elegante como la doctora. Era deprimente, pero era cierto.

–Además de contar con dos mujeres tan encantadoras como vosotras –añadió Gideon demasiado tarde para Molly.

–Demasiado tarde, Gideon –replicó Crys entres risas mientras agarraba el brazo de Molly–. Vamos a divertirnos un rato y a vestirnos para la cena. Molly, vamos a dejar que los hombres pongan la mesa mientras nosotras nos preparamos.

–¡Me parece perfecto!

Molly sonrió con complicidad y levantó la barbilla mientras las dos abandonaban la cocina.

Crys sacudió la cabeza con preocupación cuando llegaron a mitad de la escalera.

–Dime, ¿qué ha pasado hoy mientras Sam y yo estábamos con Peter?

–Nada de especial –aseguró Molly despreocupadamente.

–¡Mentirosa! –Crys se rió levemente–. Parece que Gideon y tú os lleváis bastante bien...

–Si con eso te refieres a que todavía no le he roto la cabeza con una sartén, entonces, sí, nos llevamos muy bien.

Crys se rió abiertamente.

–Gideon es un encanto

Molly estuvo a punto de caerse por las escaleras.

–¿Un encanto? ¿Gideon?

–Yo sí lo creo –contestó Crys con el ceño fruncido por la reacción de Molly.

–Seguramente lo digas porque lo es contigo. Yo soy otro asunto completamente distinto, me temo. A lo mejor es que no le gustan las actrices –añadió al comprobar que Crys estaba seria.

–Pero anoche se deshizo de esa araña... –le recordó para convencerla.

–Crys, es un error que intentes emparejarme con Gideon.

Molly ni siquiera intentó sacarla de su error sobre la araña. No tenía sentido. Seguramente, Gideon y ella no volverían a verse después de esos días y no iba a estropear la amistad de Crys y Gideon sólo porque a ella le pareciera un sádico.

–Sam te ha contado algo –intuyó Crys con indignación.

–En absoluto –disimuló Molly–. Tendría que estar ciega para no darme cuenta de lo que estás tramando –le dijo cariñosamente a su amiga–. Pero, déjalo, ¿de acuerdo? No soy el tipo de Gideon y él, desde luego, no es el mío. No me gustan los machotes arrogantes.

–Pero...

–Disculpen, señoras –intervino una voz gélida desde detrás de ellas–, pero me parece que están interrumpiendo el paso –añadió Gideon que estaba un escalón más abajo.

Molly cerró un instante los ojos antes de mirar al techo. Vio una rosa amarilla pintada en la bóveda y se olvidó de todo lo demás. Era el sello de James. Se quedó inmóvil. Se había olvidado de que ella lo había recomendado a Sam cuando éste estaba buscando un decorador hacía cuatro años. Sin embargo, aquella rosa amarilla sobre el techo abovedado le recordaba implacablemente al amigo, marido y hermano que habían perdido los tres.

Durante unos segundos, todo pareció detenerse y se hizo una

calma aterciopelada, hasta que volvió a darse cuenta de dónde y con quién estaba.

Se volvió precipitadamente con la esperanza de que Crys no se hubiera percatado de su breve distracción ni de su motivo. Le habría espantado, en ese día, recordarle a Crys el marido que tanto había amado. Sin embargo, comprobó que Crys estaba distraída con un adorno de la barandilla de la escalera que se había soltado. No así Gideon. Él tenía las mandíbulas muy apretadas y miraba al techo y a Molly alternativamente.

Molly se alejó.

–Os veré más tarde –consiguió farfullar ella antes de subir otro tramo de escaleras.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta. Sabía que era inútil intentar explicar a Gideon lo que acababa de pasar, sobre todo cuando se trataba de algo relacionado con James...

Casi se cayó de espaldas cuando la puerta se abrió y vio la silueta de Gideon.

–¿Qué demonios estás haciendo? –preguntó él.

Gideon entró en la habitación y cerró la puerta con una violencia apenas disimulada y unos ojos que resplandecían con un desprecio mayúsculo hacia ella.

Molly tragó saliva. Podía intentar fingir que no sabía de qué estaba hablando, pero tenía la intuición de que eso lo enfurecería más todavía. Sin embargo, también sabía que él no la creería si le decía la verdad: que durante un instante fugaz había sentido una proximidad con James, una afinidad emocional, y le había transmitido que Crys volvía a ser feliz y que Sam se ocuparía de ella para siempre. Si intentaba expresarlo con palabras, sabía que parecería una estupidez. Además, a alguien como Gideon, que parecía disfrutar pensando mal de ella, le parecería algo mucho peor que una estupidez.

–¿Y bien? –la apremió él con los puños cerrados a los costados del cuerpo.

Molly tomó aliento. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicárselo?

–¿Cómo te atreves a ensimismarte de esa manera, como una idiota enamorada? –le espetó Gideon antes de que ella pudiera abrir la boca–. James está muerto –Gideon la agarró de los brazos y la

zarandeó levemente–. Muerto, ¿no lo entiendes? ¡Cuándo vas a aceptarlo!

Molly se quedó pálida ante la brutalidad de aquellas palabras. Sabía que James estaba muerto, todos lo sabían, pero no por eso iba a dejar de pensar en él de vez en cuando. Sobre todo, en ese momento. La Navidad era un momento de felicidad y alegría, pero también era un momento para recordar a los seres queridos que ya no estaban con ellos.

–Lo he aceptado... –Molly sacudió la cabeza.

–No –replicó él tajantemente–. Creo que no lo has hecho.

Molly contuvo la respiración.

–Me da igual lo que creas.

–En ese caso...

Sin previo aviso ni indicio de lo que iba a hacer, Gideon la besó apasionadamente en la boca. Molly se quedó tan pasmada, que no pudo reaccionar. Se encontró estrechada contra su cuerpo granítico y abrazada por unos brazos que parecían de acero mientras la boca de Gideon saqueaba implacablemente la suya.

Sin embargo, ese aturdimiento cegador sólo duró unos segundos. Entonces, Molly se debatió con todas sus fuerzas, le empujó el pecho y apartó la boca de la voracidad de la de él.

–¡Basta! –exclamó ella mirándolo con ojos apenados–. Basta, Gideon –volvió a exclamar el ver la mirada desencajada de él.

Él se quedó inmóvil y pálido y la miró con los ojos entrecerrados sin soltarle los brazos.

Ella, por su parte, creía que podría derrumbarse si él la soltaba.

–Por favor... basta... –suplicó ella con un hilo de voz.

Ella no podía más por ese día. Las últimas veinticuatro horas le habían parecido un centenar y todavía quedaba más.

–Es Navidad –añadió ella.

Gideon parpadeó sin dejar de fruncir el ceño aunque el brillo de los ojos se había disipado.

–¿Qué he hecho? –farfulló él mientras sacudía la cabeza y la soltaba.

Molly tragó saliva.

–No lo sé, pero algo me dice que vas a arrepentirte cuando tengas tiempo para pensarlo.

Ella estaba segura de que Gideon no tenía ninguna intención de

besarla; cualquier otro método de silenciarla habría sido mejor.

Gideon siguió mirándola durante unos instantes eternos y apabullantes. Molly no sabía qué iba a hacer. Dadas las circunstancias, seguramente, él tampoco lo sabía.

Él volvió a sacudir la cabeza con el ceño fruncido sombríamente.

–Te pido perdón por... lo que fuera –la soltó bruscamente antes de darse la vuelta como si estuviera avergonzado.

A Molly se le cayó el alma a los pies al verlo cruzar pesarosamente la habitación.

–¡Gideon...! –lo llamó ella cuando él abrió la puerta.

–¿Sí? –él se volvió con una expresión desolada.

Ella se mordió el labio inferior sin saber qué decirle. Sólo sabía que no podía permitir que se marchara de aquella manera, con tantas cosas que se habían quedado en el tintero.

–En cuanto a James. Yo... nosotros seguimos echándolo de menos.

Él pareció más desolado todavía.

–Parece que unos más que otros.

Gideon salió silenciosamente de la habitación sin esperar respuesta.

Molly se sentó en el borde de la cama y se tapó la cara con las manos para llorar desconsoladamente.

Capítulo 8

Estás impresionante! –exclamó David al verla aparecer en el salón para tomar una copa antes de la cena–. Pareces mamá Noel –añadió en tono de broma.

Evidentemente, David se había repuesto de su enfado o lo disimulaba muy bien.

Molly supo que se refería al vestido ceñido de estilo chino que le llegaba hasta las rodillas; era de un rojo intenso que alguno opinaría que no le sentaba bien a su pelo cobrizo. Aunque Gideon, más silencioso que de costumbre, estaba junto a la chimenea elegantemente vestido con un traje oscuro y una camisa blanca. Sus miradas se encontraron fugazmente y a Molly le pareció frío y distante como una estatua. Molly sonrió a Sam cuando éste le ofreció una copa de champán.

–¿Qué celebramos? –bromeó ella.

–El principio ligeramente retrasado de la Navidad –contestó él pesarosamente–. Diana está arriba con Crys, pero nos ha confirmado que Peter no tiene sarampión y que está mucho mejor –añadió con cierta satisfacción.

–¡Es fantástico! –exclamó Molly con alivio–. Esto merece un sorbo –Molly dio un sorbo de su copa.

Molly no miró a Gideon para ver si él la miraba. Tenía la sensación de que le costaría mirar a Gideon después de la escena de su dormitorio.

–¿Dónde está Merlín? –preguntó Molly por decir algo.

–¿Dónde crees? –Sam arqueó una ceja.

–Arriba, vigilando a Peter –Molly sonrió.

–¡Acertaste a la primera! –Sam también sonrió–. Yo... –se calló al oír que sonaba el teléfono de la cocina–. ¿Quién llamará en Nochebuena?

–Yo iré; podrían ser mis padres... –dijo Molly precipitadamente mientras dejaba la copa.

No quería que nada les estropeara ese momento a Sam y Crys cuando ya no tenían que preocuparse por Peter.

–Yo contestaré –le dijo Gideon bruscamente.

Los dos llegaron a la puerta al mismo tiempo. Molly notó que le ardían las mejillas y que no podía soportar aquella mirada penetrante.

–Muy bien –aceptó ella ásperamente mientras se daba la vuelta para que él no notara cuánto le alteraba su proximidad.

Ella sabía que, a pesar de la furia y dureza de Gideon, una parte de ella quería corresponder a sus besos. Quería mitigar su furia con besos, quería conocer al hombre profundamente sensual que percibía debajo de esa capa de ira. Algo absurdo cuando todo lo que Gideon decía y hacía mostraba el desprecio que sentía hacia ella.

–Daría lo que fuera por saber lo que piensas –le dijo David al llegar junto a ella y devolverle la copa de champán.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

–Yo no consigo entender mis pensamientos, así que imagínate tú.

–Somos un grupo de gente bastante raro, ¿no? –susurró él al ver que Diana y Crys entraban en el salón y sonreían a Sam–. Crys y Sam, evidentemente, son el centro de esta pandilla tan dispar...

–Habla por ti mismo –le cortó Molly en tono de broma.

–También está el pequeño Peter, claro. Luego la doctora Chisholm, muy guapa, de unos treinta años, pero claramente entregada a su profesión. Luego, nos encontramos contigo, la hermana de Sam, amiga de Crys, la única que realmente debería estar en esta Navidad en familia. También estoy yo, un viudo reciente que haría lo que fuera por alejarse de cualquier sitio que pueda recordarle a las navidades que ha pasado con Cathy –sonrió burlándose de sí mismo.

–No lo hagas –Molly lo agarró compasivamente del brazo–. No te hagas esto, David.

Sin embargo, Molly tenía verdadera curiosidad por saber cómo explicaría la presencia de Gideon. En ese momento, Crys se acercó para presentarles formalmente a Diana Chisholm y Molly supo que se quedaría sin saber la opinión de David.

¿Dónde estaba Gideon? Hacía tiempo que había ido a contestar el teléfono, ¿qué lo retendría?

–Perdonadme –susurró Molly antes de dejar al melancólico David en manos de Crys.

Encontró a Gideon mirando el cielo estrellado por la ventana de la cocina. Se quedó parada en la puerta sin saber si interrumpir lo que parecía un momento de intimidad. Decidió no hacerlo.

–Hace que te des cuenta de lo insignificante que eres, ¿verdad? –susurró Gideon cuando ella iba a marcharse silenciosamente. Se dio la vuelta y la miró con la cara en penumbra–. Me refiero a las estrellas –le explicó ante la perplejidad de Molly–. ¿Sabías que algunas están muertas? Algunas ya han desaparecido antes de que su resplandor llegue a los ojos de los hombres. Es bastante...

–¿David y tú os habéis olvidado de tomaros las pastillas de la alegría esta noche? –le interrumpió Molly–. Los dos estáis muy melancólicos.

Ella, para sus adentros, se preguntó cómo habría sabido Gideon que estaba en la puerta si sus zapatos de tacón no habían hecho ningún ruido sobre la tupida moqueta del pasillo. Seguramente, él habría notado los ojos clavados en su nuca.

Gideon no dejó de mirarla durante unos segundos y, de repente, su boca hizo una mueca y sus ojos brillaron con una risa contenida.

–Si vuelve a pasarnos, podremos confiar en que tú nos traerás otra vez a tierra firme, ¿verdad? –preguntó él antes de dejar escapar una carcajada.

Ella se encogió de hombros. No sabía si aquello era un halago, pero decidió tomarlo como tal.

–¿Quién ha llamado por teléfono? –le preguntó despreocupadamente.

Por lo menos, no estaban discutiendo...

–Mi ayudante –él hizo una mueca de fastidio–. Un cliente quiera que vaya a Viena el día siguiente a Navidad.

–Todo trabajo y nada de diversión.

Molly, insospechadamente, se preguntó si su ayudante sería una mujer y su relación era estrictamente profesional. No parecía muy normal que una ayudante lo encontrara en una casa ajena el día de Nochebuena para darle un recado de trabajo.

Molly se reprendió inmediatamente por pensar esas cosas. ¿Qué le importaba a ella si la relación de Gideon con su ayudante era meramente profesional? ¿Qué le importaba a ella la relación de

Gideon con cualquier mujer?

–Esta vez, no –Gideon sacudió enérgicamente la cabeza–. Tengo trabajo hasta Semana Santa. Este cliente tendrá que esperar su turno.

Ella sabía que James había sido un decorador muy apreciado, pero el nombre de Gideon Webber ya estaba en boga mucho antes de que James fuera conocido.

–Vamos –Gideon cruzó la habitación con tres zancadas–. Vamos con los demás –agarró a Molly del codo–. Por cierto, David tenía razón –susurró cuando se acercaron al salón–. Estás impresionante con ese vestido.

Molly se quedó tan asombrada por lo inesperado del halago, que se paró en el pasillo mirándolo con los ojos fuera de las órbitas.

Ella había hecho todo lo posible por arreglarse lo mejor posible. Se había duchado, se había lavado el pelo y se lo había peinado para que le cayera en cascada sobre los hombros. El maquillaje era dorado con una leve sombra verde en los párpados y el pintalabios combinaba perfectamente con el vestido.

Sin embargo, lo último que había esperado era que Gideon la halagara.

Él la miraba con curiosidad y Molly tuvo que decir algo para salir de la situación.

–Tú también estás muy guapo –dijo sinceramente antes de arrepentirse por ser tan poco original.

Él sonrió con picardía.

–Bueno, por lo menos parece que los dos nos hemos tomado las pastillas para ser educados –susurró él irónicamente–. Molly, me parece que antes se me fueron las cosas de las manos y…

–Por favor –atajó ella rotundamente–, vamos a olvidarnos de eso.

Él inclinó la cabeza hasta dejarla a unos centímetros de la de ella y le puso la mano debajo de la barbilla de forma que ella tuvo que mirarlo.

–¿Podemos hacerlo? –le preguntó con tono ronco.

Ella no podía. Una parte de su cuerpo ardía en ganas de saber a dónde habría llevado ese beso si no lo hubiera detenido tan bruscamente.

–Claro que sí –aseguró ella vacilantemente–. Es Navidad y

tenemos que intentar ser amables con los demás.

Él hizo un gesto burlón con la boca.

–Admiró tus sentimientos... aunque los encuentro bastante ambiciosos.

–Sí. Bueno... –se encogió de hombros–. Siempre he pensado que hay que intentarlo. Ahora, creo que lo mejor es que vayamos con los demás antes de que las pastillas para ser educados dejen de tener efecto –se apartó de él con un cosquilleo en la barbilla.

Ante su sorpresa, Gideon se rió abiertamente y al hacerlo a Molly le pareció tan atractivo, que se quedó sin aliento.

–Sabes una cosa... –Gideon ladeó la cabeza–. No eres exactamente como yo creía que ibas a ser –lo dijo como si él mismo estuviera sorprendido de decirlo.

–¿No? –preguntó ella con cautela.

–No.

–En realidad –Molly se encogió de hombros–, creo que no soy en absoluto como creías que soy, pero es mi opinión personal...

Gideon la miró durante unos segundos con el ceño fruncido, la agarró del brazo otra vez y abrió la puerta de salón.

–Como ya hemos dicho, vamos con los demás –propuso él solemnemente.

Molly no sabía cómo habían quedado las cosas con Gideon después de esa charla, pero por lo menos ayudó a que la cena de Nochebuena transcurriera mejor para todos. Ellos ya no se lanzaban pullas e incluso David parecía haberse librado del desánimo y hablaba con Diana del trabajo de ella.

La cena fue muy amena y todo el mundo alabó la comida, aunque Molly aseguraba que Crys lo habría hecho mejor.

Incluso Peter estuvo un rato con ellos cuando llegaron los quesos y el oporto. Parecía mucho más contento a pesar de los granitos.

Desde luego, no era el mejor momento para que el teléfono sonara por sexta vez en el día.

–Esta vez, iré yo –anunció tajantemente Molly mientras se levantaba y aunque había notado la tensión en Gideon, que estaba sentado al lado de ella–. A estas horas, tienen que haberse equivocado de número.

–Te acompañaré –intervino Gideon bruscamente mientras también se levantaba.

–No hace falta –Molly lo miró fijamente.

Alguien acabaría sospechando si los dos daban un respingo cada vez que sonaba el teléfono.

–Tengo que hacer una llamada –insistió él mientras salía con ella de la habitación.

Molly se volvió para mirarlo.

–¿No te das cuenta de que van a empezar a hacer conjeturas sobre por qué desaparecemos juntos cada dos por tres?

–Da igual –Gideon descolgó antes de que pudiera hacerlo Molly–. ¿Dígame? No, no soy Sam –respondió él lentamente con una ceja arqueada–. ¿Señorita, quiere que yo...? Maldita sea. Ha colgado.

–¿Señorita? –le preguntó Molly con el ceño fruncido.

–Sí.

–¿Por qué me miras de esa manera? –le preguntó ella cautelosamente y con miedo de que la tregua entre ellos estuviera a punto de terminar.

–Es a Sam a quien quiero mirar de esta manera.

Gideon empezó a ir de un lado a otro de la cocina. Molly lo miró unos segundos sin saber qué estaba pasando.

–Gideon...

–¿De qué va tu hermano? –espetó él con los ojos como ascuas–. ¿No tiene suficiente con una mujer maravillosa como Crys y un hijo recién nacido?

–Claro que sí... Gideon, ¿qué estás insinuando? –Molly se puso tensa.

Él siguió yendo de un lado a otro.

–Es una situación muy típica, ¿no? La amante que llama en Nochebuena porque él está con su familia y ella se siente marginada...

–Espera un segundo... –Molly no podía creérselo.

–¿Tienes alguna explicación para que esa mujer no deje de llamar cuando es evidente que Sam no contesta el teléfono? –Gideon se paró y la miró desafiantemente.

–No tengo ninguna explicación a las llamadas de teléfono –Molly le aguantó la mirada–, pero sólo sé que Sam no tiene una amante.

No sé cómo puedes pensarlo tú cuando has visto lo felices que son Crys y él. A no ser que quieras crear un problema entre ellos por lo que sientes hacia Crys –añadió Molly con las mejillas rojas de ira.

Gideon se quedó paralizado.

–¿Qué quieres decir exactamente con ese comentario? –el tono de su voz era peligrosamente tranquilo.

Molly levantó la cabeza desafiantemente.

–Cualquiera que tenga dos ojos en la cara puede ver que estás enamorado de Crys.

Molly se quedó impresionada por su temeridad. Había dicho lo que hasta ese momento sólo era una sospecha. Sin embargo, lo había hecho por lo que él había dicho de Sam.

Después de lo que Sam había pasado con su ex novia, no había mirado a ninguna mujer hasta que conoció a Crys. Era verdad que no había sido un amor a primera vista, pero todo el mundo podía ver claramente que los dos se amaban mucho y que no tenían ojos para nadie más.

Todo el mundo excepto Gideon, que la miraba como si quisiera asesinarla.

Capítulo 9

Molly lo miró con cautela y sin saber qué la esperaba.

–¿Cómo te atreves a decirme eso? –le preguntó él con frialdad.

–¿Cómo te atreves a decirme algo así de Sam? –replicó ella con los puños cerrados.

Él sacudió nerviosamente la cabeza.

–Olvidémonos de eso un momento. Vamos a concentrarnos en...

–No. No vamos a olvidarnos de eso –le cortó Molly–. Tus acusaciones... tus sospechas sobre Sam son totalmente infundadas. Sólo son algo sucio y rastrero porque...

–Te aconsejo que no repitas lo que has dicho de mis sentimientos hacia Crys –dijo Gideon tranquilamente, pero con las mandíbulas muy apretadas.

Molly lo miró sin parpadear.

–¿Por qué? ¿Acaso tú puedes decir lo que quieras de los demás y nadie puede decir nada de ti? ¿Acaso se acerca demasiado a la verdad? ¿Qué...?

No pudo terminar la frase. Él la besó ávidamente en la boca. Sin embargo, no fue un beso cargado de furia como otras veces. Gideon la retuvo sólo con la pasión de sus labios y con las manos tomándola levemente de las mejillas. El beso fue suavizándose después del primer arrebato y se volvió más delicado y placentero.

Ella notó que todo el cuerpo la abrasaba al responder a los besos y que el anhelo se apoderaba de ella. Se estrechó contra él y sintió su creciente deseo.

Gideon le besó el cuello. El aliento ardiente, así como la humedad de los labios, dejaban un rastro abrasador en cada punto que tocaban.

Lo deseaba. Lo deseaba con toda su alma.

Él le pasó la lengua por la hendidura en la base del cuello y Molly se estremeció de placer mientras se aferraba a los hombros de él para fundirse con el calor de los dos cuerpos.

Gimió cuando él le mordió levemente el lóbulo de la oreja y el gemido subió de tono cuando el mordisco se hizo más intenso y con él también aumentó la temperatura de su cuerpo.

Gideon volvió a besarla en la boca y le transmitió toda su pasión y deseo. Molly le correspondió y se estrechó más contra él.

–Ejem... –una voz con cierto tono burlón los interrumpió–. Gideon, cuando hayas terminado de seducir a mi hermana... –comentó lentamente Sam mientras los dos se separaban como impulsados por un resorte–. Acaban de llamar a Diana al teléfono móvil y no podrá acompañarnos a la iglesia. He pensado que a lo mejor queríais despediros...

A Molly le costó unos segundos saber de qué Diana estaba hablando y, a juzgar por la expresión de Gideon, él tampoco lo tenía mucho más claro.

Sin embargo, él se repuso antes que ella y asintió enérgicamente con la cabeza.

–Ya voy.

Gideon hizo un gesto desdeñoso con la cabeza, que incluía a Molly y a Sam, y salió de la habitación.

Molly resopló y cerró los ojos un instante sin poder creerse lo que acababa de pasar entre Gideon y ella. No había sido ira ni desesperación. Para ella, había sido algo muy distinto. Necesitaba un poco de tiempo para pensar y analizar lo que ella creía que había pasado.

Cuando abrió los ojos, Sam la miraba con una sonrisa entre cariñosa y divertida.

–¿Hay algo que debería saber, hermanita?

Primero tenía que saber ella lo que había pasado. Si alguna vez conseguía saberlo.

Desde luego, Sam no tenía que saber que uno de sus invitados creía que él estaba teniendo una aventura con otra mujer.

Independientemente de lo que él sintiera en ese momento, ella no podía olvidarse de que Gideon la había besado porque lo había acusado de estar enamorado de Crys.

–Nada –aseguró ella desenfadadamente mientras lo agarraba del brazo–. Vamos a despedirnos de Diana.

–Me parece muy bien, pero no creas que vas a evitar la respuesta toda la vida. Está claro que Gideon y tú os traéis algo entre manos.

El «algo» estaba claro, pero ella no sabía qué.

Tampoco consiguió saberlo un par de horas más tarde. Ella había insistido en quedarse en la casa con Peter mientras los demás iban al servicio religioso.

–Tú eres el compañero masculino ideal –le dijo quejumbrosamente al bebé, que estaba dormido en la cuna–. Sin ninguna complicación. Lloras cuando tienes hambre y, cuando no la tienes, duermes.

Peter sonrió levemente en sueños como si la entendiera, aunque Crys le había dicho que eran unas sonrisas sin significado.

–¿Qué puedo hacer? –se preguntó en voz alta mientras miraba las estrellas por la ventana.

Gideon había hecho lo mismo esa noche. Gideon... Todo lo que pensaba o decía la llevaba a Gideon. Lo cual no era raro dadas las circunstancias, pero podía darse un respiro de vez en cuando, como de diez años o así...

–Me besa, Peter, pero ni siquiera estoy segura de si me gusta. Si me lo hubieras preguntado ayer, habría estado segura de que no me gustaba.

A primera hora de ese día también lo sabía con seguridad, pero por la noche... Cuando la besó esa noche, no lo hizo con desprecio ni ira, entonces... ¿cómo lo hizo?

No lo sabía. Sólo sabía que empezaba a sentirse demasiado atraída por él. Seguramente fuera algo más que atracción.

¿Qué significaba eso? No podía estar enamorándose de Gideon. Molly dejó escapar un lamento al darse cuenta de que ya lo había hecho, de que cada palabra o gesto de Gideon la afectaba más que los de cualquier otro hombre. Se había enamorado del único hombre que la odiaba abiertamente.

Frunció el ceño al ver los faros del coche que entraba en el camino y miró el reloj. No podían ser sus amigos. Eran las doce pasadas y el servicio religioso empezaba a las once y media. Sin embargo, no había más casas en esa zona y el coche sólo podía dirigirse allí. A no ser que fuera alguien que se había perdido. En ese momento, el coche dio media vuelta y volvió a la carretera.

–Demasiado espíritu navideño –le dijo a Peter aunque el niño

dormía tranquilamente.

Estaba hablando sola. Nunca se había dado cuenta de lo espeluznante que era estar allí sola a esas horas de la noche. Primero, siempre estuvo Sam y más tarde, Sam y Crys. Se preguntó cómo lo había soportado Sam durante tanto tiempo antes de casarse con Crys.

–Ya sé que estabas tú –le aclaró a Merlín que la había mirado como si hubiera adivinado sus pensamientos–, pero sigue siendo un poco aterrador. Vamos a la cocina a preparar vino caliente y pastel de frutas para los demás.

Una vez en la cocina, bajó todas las persianas antes de preparar el vino y de meter el pastel en el horno.

–Por si acaso –le explicó a Merlín.

Cuando oyó el ruido de los neumáticos del Jaguar de Gideon sobre la gravilla del camino, se sintió algo más que aliviada.

–¡Qué maravilla! –exclamó Crys al oler el vino y el pastel–. ¿Qué tal Peter?

–Perfectamente. Puedes ir a verlo –la tranquilizó Molly.

Molly sonrió a Sam y David, pero se dio la vuelta antes de que entrara Gideon y empezó a servir vino caliente a sus amigos mientras Crys subía a ver a su hijo.

Sin embargo, Molly percibía intensamente la presencia de Gideon, que se calentaba las manos junto al horno. Sobre todo, cuando ella se había dado cuenta de que se había enamorado como una tonta de él. Hacía que otro amor fallido que había tenido hacía tres años pareciera un ejemplo de sensatez.

Molly sacó la bandeja del horno.

–¿Alguien quiere pastel de frutas? –preguntó con la mirada baja para no encontrarse con la Gideon.

–Gracias –David dejó el vino caliente y se sirvió un poco–. No sé vosotros, pero voy a acostarme en cuanto me tome esto, estoy muy cansado.

–Yo también –aseguró Molly, que no estaba dispuesta a entrar en una conversación nocturna que incluiría a Gideon.

–Yo voy a sacar a Merlín a dar el último paseo del día –le comunicó Sam–. Crys se ha pasado horas haciendo ese pastel de frutas y quiero que me guardes un poco, Molly.

–Lo haré –le tranquilizó ella–. ¿Quieres pastel, Gideon? –le

ofreció sin mirarlo directamente.

–Gracias –murmuró él mientras su mano entraba brevemente en el campo de visión de Molly.

Era una mano de aspecto fuerte, con dedos largos de artista, uñas cortas y muñecas anchas y cubiertas de vello rubio que hicieron que Molly se preguntara si el resto del cuerpo tendría tanto pelo. Fue un pensamiento que le quitó el apetito, al menos, de pastel de frutas.

–¿Tú no vas a tomar? –le preguntó él delicadamente.

–No... –tenía la boca tan seca, que se habría ahogado con la masa–. He tomado antes, cuando estabais fuera...

Molly se dio la vuelta y tomó un vaso de vino caliente con una mano temblorosa. Comprendió que la situación entre Gideon y ella se haría insoportable si no podía mirarlo.

–Ya ha pasado medianoche... Feliz Navidad, Molly –David le dio un beso en cada mejilla.

–Igualmente.

Molly sonrió y el pulso se le aceleró al pensar cómo reaccionaría si Gideon hacía lo mismo. Sin embargo, no tuvo ocasión de comprobarlo porque Sam apareció en la puerta con gesto de desesperación.

–Merlín se ha escapado y no atiende a mis llamadas. ¿Os importaría ayudarme? –preguntó dirigiéndose a David y Gideon.

–Yo iré –se ofreció Molly, que se había dado cuenta de que a David no le hacía mucha gracia la idea–. David está agotado y a mí me apetece dar un paseo.

–Te debo una –le dijo David mientras ella se ponía el abrigo y la bufanda.

–No te preocupes, seguro que se me ocurre alguna manera de que me la pagues.

–Piensa. Al fin y al acabo, tengo que tener contenta a mi protagonista, ¿no?

Molly seguía sonriendo cuando cerró la puerta de la cocina. Sin embargo, la sonrisa se le borró de la cara al encontrarse con Gideon, que hizo una mueca burlona al mirarla.

–Qué conmovedor...

Molly abrió la boca para responder al evidente sarcasmo, pero volvió a cerrarla. No tenía sentido. Él nunca tendría una buena

opinión de ella, ¿para qué iba a esforzarse?

–Se trata de buscar a Merlín –le recordó ella bruscamente.

–Claro.

Gideon inclinó la cabeza e hizo un gesto teatral con la mano para cederle el paso.

Molly se alegró de alejarse de la luz que daba la ventana de la cocina. Sabía que tenía las mejillas rojas y los ojos resplandecientes, y no era por el frío.

–Molly...

Se quedó inmóvil al oír la voz de Gideon. Se puso muy recta y se dio la vuelta con expresión de cautela para mirarlo.

–¿Sí? –preguntó ella sin ganas.

Él tenía el ceño fruncido y tomó aire pesarosamente antes de responder.

–Nada –Gideon sacudió la cabeza–. Vamos a buscar a ese perro estúpido.

Sin embargo, estuvieron diez minutos buscándolo y dando gritos sin ningún resultado. Merlín no aparecía por ningún lado y Sam empezaba a estar preocupado.

–Seguramente haya vuelto a irse detrás de algún conejo –le tranquilizó Molly–. Ya sabes cómo le gusta...

–Es posible –contestó lentamente Sam–. Es que... –se calló al oír unos arañazos–. ¿Qué es...?

Sam rodeó decididamente la casa seguido por Gideon y Molly, abrió la cabaña donde guardaba los aperos de jardinería y un aliviado Merlín le saltó encima entre ladridos y rebosante de agradecimiento.

–Por fin... –se alegró Gideon al ver la escena.

–Calla, Merlín, vas a despertar a Peter –susurró Sam sin dejar de acariciar al perro.

–¿Todo bien? –le preguntó Gideon con cierto tono de preocupación.

–Mmm... –Sam se irguió–. Me pregunto cómo se ha quedado encerrado en la cabaña –se encogió de hombros–. Seguramente me la haya dejado abierta y se ha cerrado cuando él ha entrado.

–Está bien y eso es lo que importa –le animó Molly mientras lo agarraba del brazo–. Vamos a resguardarnos del frío, ¿eh?

Sin embargo, ella, para sus adentros, no estaba nada tranquila.

Esas llamadas misteriosas, que no eran de la amante de Sam, los faros del coche, Merlín que se quedaba encerrado de alguna manera...

Le preocupaba esa manera. Era posible que Sam se hubiera olvidado de cerrar la cabaña y era posible que Merlín se hubiera metido y era posible que el viento hubiera cerrado la puerta, pero a Molly le parecían demasiadas coincidencias...

Capítulo 10

Estás levantada para decirle personalmente a Papá Noel que has sido una chica buena?

Dos horas más tarde, Molly oyó esa voz con tono burlón que conocía tan bien mientras tomaba una taza de café en la cocina.

Ella contuvo la respiración al oír la voz de Gideon y resopló al comprender lo insultante que eran aquellas palabras.

–Mi madre siempre decía que si no podías decir algo agradable, era preferible que no dijeras nada.

Molly se dejó caer contra el respaldo de la silla y miró a Gideon, que estaba en la puerta.

Hacía un par de horas, cuando todos volvieron, Sam había dejó a Merlín en la cocina antes de acostarse y Gideon y ella lo siguieron para ir a sus dormitorios. Sin embargo, después de cambiarse y acostarse, Molly no consiguió quedarse dormida. Al cabo de media hora, decidió ponerse unos vaqueros y una camiseta de rugby de Sam y bajó a la cocina para prepararse un café. Al parecer, Gideon también se había acostado. Ya no llevaba el traje oscuro sino unos vaqueros desgastados y una camiseta azul marino, además, estaba un poco despeinado. En realidad, estaba demasiado atractivo y cercano para la tranquilidad de espíritu de Molly.

Gideon entró en la estancia tenuemente iluminada por la luz que había encima de la cocina.

–Ahora que conozco a Caroline, sé que es una mujer bella e inteligente, así que a partir de ahora seguiré sus consejos –dijo él lentamente mientras se servía una taza de café y se sentaba enfrente de Molly.

Molly lo miró a defensiva.

–Es difícil de creer que una mujer tan bella e inteligente pueda ser mi madre, ¿verdad? –le espetó Molly.

–No he dicho eso –Gideon esbozó una sonrisa forzada.

–No hacía falta –replicó Molly con tono desdeñoso–. Tú...

–Molly no he venido para discutir contigo –le interrumpió él tranquilamente.

Ella lo miró con cautela y Gideon le aguantó la mirada unos segundos.

–Entonces, ¿para qué has venido? –le preguntó ella.

–Supongo que para lo mismo que tú –Gideon se encogió de hombros–, porque no puedo dormirme.

–¿Estás preocupado porque Papá Noel pueda pensar que no has sido bueno?

Gideon sonrió.

–Podría ser, supongo, pero, en realidad, no es por eso –Gideon frunció el ceño–. Molly, ¿qué crees que está pasando?

Ella lo miró con asombro. ¿Acaso era tan evidente que estaba aturdida por lo que sentía hacia él?

–Me refiero a las llamadas telefónicas –le aclaró Gideon.

Molly lo miró fijamente.

–Ya te he dicho que no son de la amante de Sam como insinuaste antes.

–Empiezo a estar de acuerdo contigo –Gideon asintió con la cabeza.

–¡Enhorabuena! –exclamó ella con sorna.

–Molly –Gideon suspiró–, sean cuales sean las diferencias entre nosotros, vamos a olvidarnos un rato de ellas y a concentrarnos en el otro asunto, ¿de acuerdo?

Las diferencias entre ellos... Ya no había diferencias, él la insultaba o la besaba. En cuanto a sus sentimientos...

–¿Qué otro asunto? –preguntó ella impacientemente.

Deseó no haber ido a tomar un café. Nunca se dormiría si tenía una de esas conversaciones acaloradas con él.

–Las llamadas telefónicas. No me interrumpas, ¿eh? Escúchame. Tienes que reconocer que, como mínimo, son unas llamadas muy raras.

–Sí –aceptó ella bruscamente.

–Luego, Merlín desaparece y lo encontramos encerrado en la cabaña –susurró Gideon con tono de preocupación.

–Inexplicablemente.

–En efecto –Gideon asintió con la cabeza–. ¿Qué está pasando? –miró fijamente a Molly–. ¿Qué más ha pasado? –preguntó con

perspicacia.

¿Realmente su cara era tan expresiva? Si lo era, sería mejor que disimulara un poco mejor lo que sentía hacia él.

–Podría no ser nada… –Molly se encogió de hombros.

–¿Qué fue? –Gideon se inclinó hacia delante.

Ella hizo una mueca y se preguntó si no estarían un poco paranoicos.

–Cuando fuisteis a la iglesia, un coche entró en el camino de la casa, pero se dio la vuelta y se marchó –añadió inmediatamente al ver que él fruncía el ceño–. Pudo ser Diana… Quizá terminara pronto la visita que tuvo que hacer y decidió ir a la iglesia con vosotros. Luego, se dio cuenta de que ya era tarde y cambió de opinión… –se calló al darse cuenta de que eso no se sostenía.

–Quizá –aceptó Gideon como si le pareciera una auténtica posibilidad–. Podríamos llamarla mañana para comprobarlo.

Molly frunció el ceño al ver la expresión sombría de Gideon.

–Gideon, ¿qué crees que está pasando?

–No tengo ni idea –reconoció él.

Sin embargo, que él creyera que estaba pasando algo sólo conseguiría que Molly volviera a sentirse inquieta cuando ella ya se había convencido de que sus temores sólo se habían debido al cansancio.

No podía negar que, si no había dormido, no había sido sólo por pensar en Gideon. También se había preguntado si habría alguna relación entre las llamadas, la visita del coche y la desaparición de Merlín. No sabía por qué se lo había preguntado, pero a juzgar por las preocupaciones de Gideon, ella no era la única que tenía una imaginación febril.

–Seguramente no sea nada –comentó Molly con seriedad.

–Seguramente… –aceptó él sin convencimiento.

–Creo que no deberías decirle nada ni a Sam ni a Crys –le aconsejó ella delicadamente.

–No soy tan tonto –Gideon la miró penetrantemente.

Ella en ningún momento había pensado que él fuera tonto, podría ser muchas cosas, pero no tonto.

Molly suspiró y se levantó para dejar la taza en el fregadero.

–Creo que ya puedo volverme a la cama.

–¿Es una proposición? –le preguntó él con tono de broma.

Él no había tardado mucho en volver a adoptar un tono despectivo.

–¿Tú que crees? –le preguntó ella provocadoramente.

Gideon sonrió levemente con una mueca.

–Creo que sería mucho esperar que dijeras otra cosa que no, pero no puedes reprochar nada a un hombre por intentarlo.

Sí podía reprochárselo a él. Una vez en sus brazos sería fácil y maravilloso olvidarse de que ella no le gustaba, pero las consecuencias no merecerían la pena.

–Supongo que no –replicó ella irónicamente.

Molly sabía que tenía que irse, pero le costaba hacerlo. Esa conversación a esas horas de la noche había sido una tregua. Estaba segura de que al día siguiente volverían a su habitual batalla.

Gideon miró la camiseta de rugby que llevaba Molly.

–¿Es de Sam? –le preguntó sarcásticamente.

La camiseta le llegaba casi hasta las rodillas y tenía las mangas remangadas para que no le colgaran, pero era cómoda y lo mejor para estar a las tres y media de la mañana.

–Eso espero, si no, habría adelgazado demasiado... –contestó ella con una sonrisa.

–Estás muy bien como estás –le dijo Gideon ásperamente.

Molly se quedó sin aliento y lo miró con los ojos como platos. ¿La había halagado? Era imposible.

Gideon sonrió al notar la incredulidad de Molly.

–Te he hecho pasar unos días espantosos, ¿verdad? –susurró él hoscamente.

Molly lo miró con cautela.

–No peores que los que yo te he hecho pasar a ti –respondió ella al acordarse de lo furioso que se había puesto él cuando le dijo lo que ella creía que sentía por Crys.

Unos sentimientos, cayó en la cuenta, que lo habían enfurecido cuando ella los mencionó, pero que él no había negado...

Gideon se levantó precipitadamente.

–No te dejes llevar por la imaginación otra vez –la avisó tajantemente.

–¿Acaso no es eso lo que hemos hecho durante los últimos minutos? –le preguntó ella desafiantemente–. Lo más probable es que no haya relación entre las llamadas, el coche que yo vi y que

Merlín se perdiera –aventuró ella con cierta impaciencia–. Al parecer, en Navidad los sentimientos están a flor de piel.

–¿Tú crees? –susurró Gideon mientras se acercaba a ella–. ¿Por eso cada dos por tres me debato entre gritarte o besarte? Nunca sé qué voy a hacer hasta que llega el momento –sacudió la cabeza–. ¿Significa eso que dentro de dos días toda esta locura va a terminar? –añadió con tono esperanzado.

Molly lo miró fijamente. Percibía claramente el profundo silencio de la casa y sabía que esa situación estaba cargada de peligros. Sobre todo, cuando sabía que estaba enamorada de él. Sin embargo, ¿qué sentía él? Le gustaba gritarle o besarla.

–Espero que sí –Molly asintió enérgicamente.

–Es una pena –Gideon la miraba fijamente a los ojos.

Molly se humedeció los labios y tragó saliva. ¿Qué quería decir? Era imposible que estuviera disfrutando con esa montaña rusa de sentimientos cada vez que estaban juntos.

–Dan muchas ganas de besarte, ¿lo sabías? –añadió Gideon, que no apartaba la mirada de la lengua de Molly sobre sus labios.

Ella se sintió alarmada por lo deprisa que había cambiado el ambiente entre ellos. Había pasado del antagonismo a la intimidad en cuestión de segundos. Era un error absoluto. Lo miró burlonamente.

–Eso me han dicho...

Él levantó la cabeza y apretó los labios con los ojos entrecerrados. Las miradas colisionaron como si los dos libraran una batalla mental. Para desesperación de Molly, ella fue la primera en apartar la mirada. Fue incapaz de mantener el desafío que había planteado porque Gideon estaba tan cerca, que ella podía sentir el calor de su cuerpo.

–Lo has hecho intencionadamente –le reprochó él mientras la agarraba de los brazos.

Claro que lo había hecho intencionadamente. Si no, ¿cómo podría haber acabado con la intimidad que se apoderaba de ellos segundo a segundo? Aunque, al parecer, sólo había conseguido empeorar las cosas. Gideon estaba tocándola y cada vez que lo hacía le flaqueaban las rodillas.

–¿Por qué, Molly? –la zarandeó ligeramente–. ¿De qué huyes?

–De ti, naturalmente –susurró ella–. No me resulta muy

agradable ser el objeto de tus deseos de gritarme o besarme.

Gideon se quedó muy quieto y se le oscureció la mirada.

–En estos momentos, quiero besarte –susurró guturalmente.

–Lo sé.

Lo sabía desde hacía unos minutos, tendría que haber sido tonta para no saberlo, pero ¿a qué los conduciría eso? A ningún lado. Por eso era mejor para los dos que no lo hiciera.

Salvo porque ella también quería besarlo. Anhelaba que él la besara y pudieran terminar lo que habían empezado antes.

–Molly...

Gideon casi no pudo susurrar su nombre porque su boca se apoderó de la de ella. Él tenía razón. Aquello era una locura, pero era una locura que Molly no podía detener y, al parecer, él tampoco. Ella separó los labios, se estrechó contra el cuerpo de él, levantó las manos hasta sus hombros y enterró los dedos en su pelo rubio. Se dio cuenta de que aquellas emociones sólo habían quedado en suspenso, que la interrupción de Sam sólo había sido una pausa para un deseo al que ninguno de los dos podía resistirse.

Gideon separó un poco la cabeza para mirarla.

–¿Por qué será que siempre estamos en la cocina cuando te beso? –susurró él.

–Será porque es al cuarto más caliente de la casa... –indicó ella.

Gideon la miró con unos ojos insondables.

–Yo estoy muy caliente. ¿Tú?

¿Caliente? ¡Ella estaba ardiendo!

–Bastante... –contestó ella con una repentina timidez.

El silencio y la hora hacían que se sintieran como si fueran los dos únicos seres humanos sobre la faz de la tierra.

–Vamos al salón –propuso Gideon mientras la tomaba de la mano.

Molly dudó. El fuego todavía resplandecía en la chimenea y había un sofá muy cómodo, pero se trataba de Gideon, un hombre que sólo había mostrado desprecio hacia ella.

–Gideon, no creo... –Molly sacudió la cabeza.

–No, no pienses –Gideon se volvió y le tomó la cara con una mano muy cálida–. Cuando nos ponemos a pensar, todo se estropea entre nosotros –la besó lentamente en los labios–. No pienses, Molly.

Ella no podía pensar si él la besaba tan apasionadamente. Lo siguió cuando él se dio la vuelta para salir de la habitación.

Efectivamente, el sofá era muy cómodo y se dejó caer en él cuando Gideon empezó a besarla otra vez.

–Esta noche estabas muy guapa con ese vestido rojo –consiguió decirle él mientras le recorría el cuello con los labios–. Pero yo sólo podía pensar en quitártelo.

Volvió a besarla ardientemente en los labios y cualquier conversación se hizo imposible. A Molly se le había alterado el pulso por el comentario de Gideon sobre su vestido y separó los labios para que él profundizara el beso.

Notaba la calidez de su espalda debajo de la camiseta y la tensión de sus músculos. Jadeó levemente cuando él empezó a acariciarla por debajo de la camiseta de Sam.

Ella había ido a la cocina con la intención de tomar un café y sólo se había puesto la camiseta de rugby y los vaqueros sobre su desnudez. Gideon se felicitó con un gemido cuando su mano alcanzó un pecho. Molly también gimió cuando él acarició su pezón erguido y duro. No dejó de besarla en los labios y Molly sólo vivía para esos besos y caricias.

Se aferró a su nuca cuando él bajó los labios hasta el pecho desnudo y dejó de respirar cuando introdujo el pezón en la húmeda calidez de su boca y lo acarició sensualmente con la lengua.

Molly lo tenía sobre ella y notaba claramente cada músculo de su cuerpo. Tenían las piernas entrelazadas y pudo sentir su erección...

–Te deseo, Molly –susurró él antes de volver a besarla en la boca y de que sus manos volvieran a acariciarle los pezones–. Dios mío, cuánto te deseo...

Ella también lo deseaba. Tanto, que no podría negarse a nada que él le pidiera.

Él separó ligeramente la cara, ligeramente congestionada y con los ojos resplandecientes, y la miró. Le tomó la barbilla con las manos y le pasó el dedo pulgar por los labios inflamados por los ávidos besos.

–Molly, dime que también me deseas.

No hacía falta que se lo dijera. Era evidente que todo el cuerpo le ardía. Hasta la sangre le bullía por las venas y hacía que le

palpitara cada milímetro de su cuerpo.

–Dímelo, Molly –la apremió él–. Dime… –se calló bruscamente–. ¿Qué es eso?

Molly frunció el ceño al oír un ruido como si estuvieran escarbando en alguna parte de la casa.

–¿Crees que es un trineo tirado por ocho renos en el tejado de la casa? –preguntó incrédulamente Gideon.

Molly esbozó una sonrisa vacilante.

–No sé por qué, pero lo dudo –contestó ella.

Gideon tenía el pecho desnudo, cubierto por una suave mata de pelo rubio, como se había imaginado ella, y estaba sobre el pecho también desnudo de ella.

–Yo también lo dudo –Gideon se levantó un poco–. ¿Qué…? –susurró él al oír un ladrido que rompió el silencio que los rodeaba.

–Es Merlín –dijo ella con tono de preocupación mientras intentaba sentarse.

–Ya lo sé, pero si no lo callamos va a despertar a toda la casa.

Gideon se levantó y salió de la habitación con la intención evidente de callarlo.

Molly tardó un poco más en recuperar el equilibrio. Seguía estremecida por el deseo. Consiguió sentarse para ver cómo se iba Gideon y se bajó la camiseta para cubrir su desnudez.

–Salvada por el perro…

Si Merlín no hubiera empezado a ladrar de aquella manera, ella le habría dicho a Gideon cuánto lo deseaba y era demasiado.

Capítulo 11

Parecía que Gideon tampoco conseguía callar a Merlín. Los ladridos del perro se mezclaban con gruñidos y la mezcla de sonidos subía de volumen a medida que Molly se acercaba a la cocina por el pasillo. Merlín arañaba la puerta trasera y Gideon hacía todo lo posible por tranquilizarlo. Le hablaba con tono tranquilo, con tono firme e incluso se agachó para intentar agarrarlo y calmarlo.

Esto último hizo que Merlín gruñera más profundamente y le enseñara los dientes.

–Quiere salir –le dijo Molly.

Gideon se volvió con el ceño fruncido.

–Ya sé qué quiere, Molly –le espetó él con desesperación–, pero no creo que sea una buena idea dejar que salga.

–¿Por qué? –le preguntó ella también con el ceño fruncido.

–Porque… porque no… –Gideon no dijo lo que iba a decir en un principio, se levantó y miró al perro que seguía arañando la puerta–. Es una casa muy grande, pero estoy seguro de que a estas alturas ya ha despertado a todo el mundo…

–Desde luego –farfulló Sam, que había entrado en la cocina–. ¡Cállate, Merlín! –le ordenó tajantemente.

El enorme perro se calló, aunque seguía mirando la puerta con la respiración entrecortada. Sam, que sólo llevaba un albornoz blanco, le acarició la cabeza.

–Empiezan a ser unas navidades infernales –Sam sacudió la cabeza.

–Y tanto… –concedió Gideon.

Molly no lo miró, no pudo, pero sabía que el ultimo comentario iba dirigido a ella tanto como a Sam.

Para ella, las navidades también empezaban a ser infernales. No sabía dónde iba a acabar todo, pero tenía que acabar. Aunque no se resolviera la situación entre Gideon y ella.

–¿Qué le pasa?

Sam miró a Merlín, que estaba tumbado y gruñendo con el hocico pegado a la puerta.

–Hay algo fuera que lo ha alterado. Un gato o, a lo mejor, un zorro –aventuró Gideon.

–Ya... –Sam los miró como si acabara de darse cuenta la vestimenta de los dos–. Y vosotros habéis bajado corriendo para callarlo antes de que despertara a todos...

–Sí...

–No –intervino Molly–. Ya estábamos abajo... tomando una taza de café –le explicó mientras señalaba la cafetera caliente.

Sam sabía que la cafetera estaba desenchufada cuando él se fue a su habitación hacía tres horas, ella había visto como él lo comprobaba.

–Es como si Merlín se hubiera vuelto loco –añadió Molly sombríamente.

–Bueno... –Sam suspiró–. Parece que se ha tranquilizado –Merlín seguía tumbado junto a la puerta, pero ya no parecía nervioso–. A la cama otra vez... A lo mejor conseguimos dormir un par de horas antes de que vuelva a pasar otra cosa...

Molly no necesitaba que pasara nada para saber que no iba a pegar ojo. Pensar en Gideon y en la situación que acababan de vivir le quitaría el sueño durante una semana.

–¿Qué tal está Peter? –preguntó Molly mientras los tres subían las escaleras.

–Es un poco tópico decirlo, pero duerme como un bebé. Está muy bien –añadió con una sonrisa–. Aunque si Merlín vuelve a portarse así, tendré que dejarlo fuera.

–Estoy seguro de que fue algo excepcional –le tranquilizó Gideon–. En fin... buenas noches otra vez, Molly.

Gideon se volvió claramente hacia ella cuando llegaron al final del primer tramo de la escalera. Ella abrió los ojos como platos ante un truco tan evidente para deshacerse de ella. Los dos tenían el dormitorio en el mismo piso y lo natural habría sido despedirse de Sam y subir juntos. Salvo que él se arrepintiera de lo que habían vivido hacía quince minutos. En ese caso, él evitaría a toda costa volver a estar solos.

–Buenas noches –contestó ella bruscamente.

Molly, sin mirar a ninguno de los dos hombres, subió

precipitadamente el segundo tramo de escaleras, entró en su dormitorio, cerró la puerta y se apoyó en ella.

¿Cómo se podía ser tan voluble como Gideon? Primero le decía que era muy guapa y que la deseaba y acto seguido se despedía de ella como si no hubiera pasado nada.

Podría hacerlo si no quisiera que nadie supiera que habían estado a punto de hacer el amor; si se arrepintiera de que eso hubiera pasado.

Ella también se arrepentía, aunque no tanto como de estar enamorada de él…

–Me encanta la Navidad, ¿a vosotros no? –comentó Crys a la mañana siguiente cuando todos se reunieron en el salón para recoger los regalos.

Se reunieron porque Sam había ido llamando por todas las puertas para decirles que Papá Noel ya había llegado.

Sam había encendido la chimenea antes de despertarlos, las luces del árbol de Navidad estaban encendidas e incluso se veía una ligera nevada por el enorme ventanal.

–Me encanta –aseguró Molly con un entusiasmo forzado.

Había bastado una mirada a Gideon; su expresión no era muy estimulante. En realidad, era el Gideon de siempre. Lo excepcional había sido el Gideon cariñoso y sensual de la noche anterior.

–Para ti.

Sam, en su papel de Papá Noel, le dio un paquete alegremente envuelto. Ella miró la etiqueta y supo que el paquete era de David. Molly miró a su amigo antes de abrirlo.

–No tengo la culpa –le avisó él entre risas–. Pregunté a Crys y ella me dijo que los coleccionabas.

En ese caso, Molly ya sabía exactamente qué era y se rió cuando lo abrió y vio un cerdito con una rosa en el hocico.

–Ahora me siento culpable de haberte regalado sólo un libro –Molly sonrió a David.

–Pero menudo libro –él también sonrió–. Ya no volveréis a saber nada de mí en lo que queda de Navidad. De acuerdo… –se rió cuando Molly lo miró burlonamente–. No sabéis mucho de mí en ningún caso…

–¿Acaso crees que habría dicho eso? –bromeó Molly.

–Desde luego –aseguró él irónicamente.

¿Por qué le resultaría más fácil reírse y bromear con David que con Gideon, el hombre de quien estaba enamorada?

Seguramente, por eso, porque estaba enamorada. Además, ya no sabía lo que él sentía por ella. Aunque, a juzgar por el ceño fruncido con que la miraba, después de la noche anterior la despreciaba más todavía.

–Otro para ti –Sam le dio un segundo paquete.

A Molly le tembló la mano al leer la etiqueta: «Para Molly de Gideon». Nada de florituras. Ni siquiera «con cariño», aunque eso habría sido mucho pedir. Ella también habría preferido un lazo bonito que esas frías campanas plateadas.

Seguramente por todo eso, no estaba preparada para encontrarse con una preciosa bufanda de cachemira suave como la seda. Sin embargo, lo más increíble era el color rosa intenso, un color que Gideon había asegurado que no combinaba con su pelo rojo.

–Al contrario que el vestido del domingo, ése es el tono de rosa que va con tu piel.

Molly levantó la mirada mientras Gideon hablaba. No se había dado cuenta de que él había cruzado la habitación para ponerse a su lado.

–Es preciosa –le aseguró ella sinceramente–. Gracias.

–¿Te ha costado mucho decirlo? –él esbozó una levísima sonrisa.

–Sólo un poco –ella se encogió de hombros.

–Algo es algo... –él sonrió más ampliamente.

Efectivamente, era algo si se tenía en cuenta que estaba abrumada por el regalo. Él había llamado «impersonal» al regalo de ella para él, pero esa bufanda, elegida para combinar con el color de su pelo, no podía entrar en esa categoría.

–Es la hora de desayunar –anunció Crys enérgicamente.

–Te ayudaré –se ofreció Molly mientras se levantaba encantada de tener una excusa para romper esa intimidad que se había creado con Gideon.

–Todos ayudaremos –dijo él rotundamente–. Que vosotras sepáis hacerlo, no significa que tengáis que cocinar todo el rato.

Molly comprendió que eso era lo más aproximado a un halago por la cena del día anterior que podía esperar de Gideon.

–No te preocupes –le aclaró Crys entre risas–. No vais a quedaros ahí sentados con los brazos cruzados; los tres podéis entretener a Peter durante media hora o así.

Molly sabía que Crys también quería estar un rato con ella para cotillear tranquilamente. Seguro que Sam le habría contado que esa noche se la había encontrado con Gideon y su amiga querría saber todo lo que había pasado. Algo que Molly no pensaba contar a nadie, ni a su mejor amiga...

–Venga, suéltalo... –le apremió Crys en cuanto estuvieron solas en la cocina.

Molly suspiró porque sabía que era inútil intentar fingir que no sabía a qué se refería.

–No podía dormir y vine a la cocina a tomar un café. Gideon tuvo la misma idea media hora más tarde –se encogió de hombros.

Crys, que estaba sacando los huevos de la nevera, se volvió y la miró con incredulidad.

–¿Eso es todo?

–Más o menos –Molly asintió vigorosamente con la cabeza y empezó a poner la mesa.

Crys no tenía por qué saber nada más.

Crys, evidentemente, no pensaba lo mismo.

–¿Y bien? –le preguntó con intención.

–Bien... nada –intentó zafarse Molly desenfadadamente–. Tomamos una taza de café y Merlín empezó a ladrar.

Antes, ella, entre otras cosas, había perdido completamente el corazón.

–No os entiendo –Crys la miró con desesperación–. Gideon es impresionante y tú eres muy guapa...

–Gracias... –aceptó Molly con sorna.

–Los dos podríais tener una aventura.... aunque sólo fuera para satisfacer mi tendencia romántica –se lamentó Crys.

Molly tuvo que reírse ante la expresión de contrariedad de su amiga.

–Lo has intentado, Crys –Molly sacudió la cabeza–, pero ya te he dicho que pierdes el tiempo en lo que se refiere a Gideon y a mí.

–Eso es evidente, pero sois dos de mis amigos más queridos y podríais haberme dado ese pequeño placer...

–Lo siento –se disculpó Molly sin arrepentimiento.

–Bueno, bate los huevos –le pidió Crys antes de empezar a preparar los demás ingredientes del desayuno.

Molly estaba deseando poder engañar a sus sentimientos tan fácilmente como había engañado a Crys, pero su corazón no era tan crédulo. Sabía positivamente que estaba enamorada de Gideon.

Se alegró de haber podido disimularlo a medida que avanzaba el día. Tampoco le resultó muy difícil cuando Gideon se mostró igual de decidido a evitar su compañía.

En realidad, cuando llegó la noche, después de otra cena magnífica, Molly podía asegurar que sólo se habían intercambiado unas cuantas palabras y todas ellas meramente formales, como pedir la sal y esas cosas.

Al menos, esa distancia de Gideon le había permitido reconstruir sus defensas, defensas que habían acabado muy dañadas después de la noche anterior. Tanto consiguió reconstruirlas, que no tuvo inconveniente en acompañar a Sam y Gideon a dar un paseo con Merlín. En realidad, después de un día comiendo, charlando y viendo algún programa de televisión, como un especial de *Bailey*, recibió de buena gana la posibilidad de tomar el aire.

Aunque, a juzgar por el ceño fruncido de Gideon, parecía que él prefería que no los acompañara. Lo sentía por él, pero Sam era su hermano y para ella, ésas también eran sus navidades.

Los tres caminaron un rato en silencio. La luna se reflejaba en las manchas de nieve e iluminaba espectralmente la noche.

–Me alegro de que hayas venido, Molly –dijo Sam de repente–. Gideon me ha contado lo que ha estado pasando estos días y creo que deberías saber...

–No estoy de acuerdo, Sam –le interrumpió Gideon ásperamente–. Creo que no es una buena idea que hablemos de eso –añadió rotundamente.

Sam se volvió hacia él con el ceño fruncido.

–¿Por qué?

–Porque no –la expresión de Gideon era hosca y la luz de la luna resaltaba todas sus facciones.

Molly sabía que ella estaba pálida, lo notó en cuanto oyó las palabras de Sam ¿Cómo era posible que Gideon hubiera contado a

su hermano lo que había pasado esa noche?

–Yo tampoco estoy de acuerdo, Gideon –replicó Sam sombríamente–. Ya sé que estás intentando ser protector, pero Molly no es una niña...

–Evidentemente –intervino Molly.

Se sentía humillada porque Gideon hubiera hablado de ella con su hermanastro. Más aún, si hubiera sido un caballero, no lo habría comentado con nadie.

–Molly...

–Déjalo, Sam –Molly interrumpió el intento de confortarla–. Gideon ha hablado –notó que el color le volvía a las mejillas mientras se daba la vuelta para mirar a Gideon–. Y me parece que demasiado –remató con furia.

–Molly, por favor, déjame que te lo explique... –insistió Sam.

–Déjalo, Sam –intervino Gideon con una expresión más severa todavía por las acusaciones de Molly–. Creo que Molly tiene derecho a decir lo que piensa de mí.

–Sí, pero...

–No me falta razón –soltó ella en jarras–. Llamarte arrogante es poco.

Gideon sonrió sin ganas.

–Horrible y vanidoso fueron otros calificativos, creo –replicó él lentamente.

–Y podría seguir –le aseguró ella despectivamente–. Pero no te preocupes, no voy a hacerlo –añadió ella al ver la cara de disgusto de Sam–. Me vuelvo a casa –les comunicó bruscamente antes de darse la vuelta.

Después de dar una docena de pasos, empezó a llorar amargamente. Se enjugó las lágrimas y echó a correr.

¿Cómo pudo haberlo hecho Gideon?

Capítulo 12

No puedes marcharte... –protestó Crys cuando al día siguiente Molly le dijo en la cocina que tenía intención de marcharse–. Es el día siguiente a Navidad...

Molly sabía perfectamente qué día era. También sabía, después de otra noche sin dormir, que no podía seguir allí ni un momento más. Aunque sólo fuera para volver a su piso de Londres y descansar, que falta le hacía.

Si bien ése no era el motivo para tomar la decisión que había tomado durante la noche en vela.

Nunca perdonaría a Gideon que se lo hubiera contado a Sam. La humillación fue completa cuando la noche anterior Sam y Gideon volvieron a casa y él, Gideon, no le hizo el más mínimo caso. Ella estuvo hablando con David. Mejor dicho, intentó hablar con David, porque estaba demasiado alterada como para pensar racionalmente. Al cabo de un rato, él se disculpó y se fue a su dormitorio.

Molly esperó unos minutos e hizo lo mismo, encantada de poder lamerse las heridas en la intimidad.

–Ya sé qué día es, Crys, pero hoy habrá menos tráfico y tengo que desembalar muchas cajas –Molly hizo una mueca al acordarse del desorden que había dejado en su casa.

A Crys no le convencieron sus argumentos.

–Todavía es Navidad –Crys frunció el ceño.

–Ya llevo cuatro días aquí. Además, todavía te quedan unos cuantos invitados durante unos días... –endureció el tono al acordarse de que Gideon era uno de ellos.

–Ya lo sé, pero... Sam, intenta convencer a Molly –Crys se volvió hacia su marido que acababa de entrar en la cocina–. Dice que va a marcharse hoy.

Molly notó que se sonrojaba al ver que Sam se quedaba paralizado y luego se volvía para mirarla atónito. Sin embargo, él mejor que nadie podría darse cuenta de que no podía quedarse ni

un minuto más.

–¿De verdad? –susurró su hermanastro lentamente.

–De verdad –repitió Crys con impaciencia–. Habla con ella, Sam.

A Molly no le gustaba fastidiar las navidades de los demás, pero también sabía que si no se hacía nada por evitarlo, la creciente tensión entre Gideon y ella acabaría por ser más destructiva. La única alternativa era que uno de los contendientes se marchara. Ella no creía que Gideon fuera a marcharse y sólo quedaba ella para dar el paso.

–Molly... –dijo Sam con calma.

–Sam, ya sabes por qué quiero irme –le cortó ella con desesperación.

–No –replicó él lentamente–. Creo que no. Crys, cariño, ¿te importa si me llevo a Molly a mi despacho durante un rato?

–Si la convences para que se quede, puedes estar con ella todo el día. Es más, si no la convences, enciérrala hasta que decida quedarse.

Sam esbozó una sonrisa triste y hasta Molly tuvo que sonreír ante la evidente contrariedad de su amiga.

Sin embargo, no había nada que Sam pudiera decirle para que cambiara de opinión.

–¿Se marcha alguien? –preguntó Gideon mientras entraba en la cocina.

Molly se quedó helada al oír su voz y contuvo su expresión cuando se volvió para mirarlo.

–Yo –dijo lacónicamente.

Él la miró tranquilamente durante unos segundos eternos.

–Es un poco desagradecido por tu parte, ¿no? –susurró él con frialdad–. Después de todo lo que Sam y Crys han hecho...

Ella notó que las mejillas le ardían por esa reprimenda, pero él tenía que saber por qué no podía quedarse.

–No le des más vueltas, Gideon –le tranquilizó Crys–, ha sido un placer que vinierais todos. Es que... –Crys hizo una mueca–. Sam va a intentar convencerla para que cambie de idea.

Molly soñaba con que la hubieran dejado marcharse sin organizar tanto lío. Al fin y al cabo, Sam sabía perfectamente por qué quería marcharse.

–Déjame que hable yo con ella –la tranquilizó Gideon.

Aquello era ir demasiado lejos.

–No, gracias –rechazó Molly.

Era la persona menos indicada para convencerla de que se quedara y no tenía ganas de hablar con él.

–Sam... –Gideon no hizo ningún caso de su negativa y se dirigió a su amigo–. He oído a Peter quejarse cuando venía hacia aquí y como Crys está ocupada preparando la comida... Vamos, Molly –la agarró del brazo y casi la sacó a rastras de la cocina.

Molly intentó soltarse.

–¿Qué pretendes?

–¿Qué pretendes tú? –le replicó Gideon sin soltarla–. Deja de forcejear, Molly. Sólo conseguirás hacerte daño.

–¿En vez de que tú me hagas daño a mí?

Ella seguía intentando librarse. No tenía ningún éxito, pero no por eso iba a dejar de intentarlo.

Gideon se paró en seco y se enfrentó a ella en medio del pasillo.

–¿Yo? –le preguntó con rudeza–. ¿Qué he hecho para hacerte daño? –le preguntó implacablemente.

Besarla hasta que perdió la cabeza. Seducirla. Hacer que se enamorara de él...

Molly respiraba entrecortadamente.

–No tengo nada que decirte...

–Es una pena, porque yo tengo unas cuantas cosas que decirte a ti.

La llevó al salón y la soltó después de cerrar la puerta. Era la habitación donde estuvieron a punto de hacer el amor. El sofá donde casi...

Molly dio la espalda al sofá y miró fijamente a Gideon.

–¡Suéltalo! –lo desafió.

Gideon la miró con fastidio unos segundos y luego sacudió la cabeza.

–Desde luego, eres la persona más terca...

–¡Quién habló!

–No digo que no –Gideon se apartó y se metió las manos en los bolsillos del pantalón–. Molly, creo que no es una buena idea de que te marches en este momento...

–Te parecerá increíble, pero me da igual lo que creas.

–¿Acaso pensabas que no lo sabía? –le preguntó él con

resquemor.

Ella abrió los ojos de par en par.

–Entonces, ¿por qué...?

–Molly, hay una cosa.... –Gideon se calló y suspiró profundamente–. Preferiría no explicártelo en esta situación.

–Porque no hay nada que explicar –aseguró Molly con desdén–. Ya sé que la otra noche cometiste una equivocación al besarme.

–¿Crees que todo se trata de eso? –Gideon entrecerró los ojos y apretó las mandíbulas.

–¿De qué si no? No tienes que preocuparte por lo de la otra noche, Gideon. Te aseguro que estoy deseando olvidarme de que pasó –a Molly le costaba respirar por la agitación.

–¿Creías que tampoco sabía eso? –Gideon tomó aliento–. Desde entonces, has hecho todo lo posible para dejar muy claro que no querías mi compañía.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Enamorarme perdidamente de ti? –se burló Molly.

–Eso habría sido pedir demasiado –replicó él con la misma sonrisa sombría de antes.

–¡Desde luego! –exclamó Molly.

Su vehemencia subió de tono porque era exactamente lo que había ocurrido.

Al verlo, al estar con él, se daba cuenta de lo mucho que lo amaba, de lo mucho que quería arrojarse en sus brazos y que él le dijera que no pasaba nada, que también estaba enamorado de ella.

Sin embargo, hacía tiempo que no creía en cuentos de hadas y sabía perfectamente que Gideon no la amaba. La encontraría deseable, ella lo sabía después de la noche anterior, pero lo sentía en contra de su propia voluntad, era algo que él mismo intentaba reprimir todo el tiempo y casi siempre lo conseguía...

–De acuerdo –Gideon dejó escapar un suspiro–. Acepto que no quieras tener nada que ver conmigo, pero ¿tienes que marcharte para conseguirlo? Creía que habíamos conseguido evitarnos bastante bien durante las últimas veinticuatro horas...

Ella lo había conseguido y, a juzgar por su comentario, él también. Pero, ella no estaba segura de cuánto tiempo más podría fingir que le daba igual.

Sin embargo, ¿querría menos a Gideon por estar sola en

Londres? La respuesta era un no rotundo.
–No quiero quedarme –en el momento de decirlo, Molly se dio cuenta de que su voz no tenía el convencimiento de unos minutos antes.
–Eso no es verdad y tú lo sabes –Gideon suspiró–. No quieres quedarte si yo también estoy aquí. ¿Quieres que me marche yo?
Molly lo miró boquiabierta.
–¿Lo dices en serio?
–Sí, lo digo en serio –Gideon apretó los labios.
Molly lo miró fijamente. ¿Realmente lo haría? Mejor dicho, ¿podía pedirle que lo hiciera?
Hacía tres días, cuando se enteró de que David y Gideon y también iban a quedarse, ella lo consideró un intruso en lo que tendrían que haber sido unas navidades en familia. Sin embargo, al cabo de esos tres días, había comprendido que no era un intruso, que formaba parte de la familia de Sam y Crys tanto como ella.
–Yo… –Molly se calló al oír que llamaban a la puerta de la calle–. ¿Esperamos a alguien?
–No lo sé –contestó Gideon–. Espera aquí, yo iré a ver –la ordenó bruscamente antes de salir de la habitación.
Molly no estaba dispuesta a obedecerlo sin más. Gideon llegó a la puerta cuando Molly salía del salón. Él se dio la vuelta para mirarla con el ceño fruncido al oírla en el pasillo justo detrás de él.
–Está bien, yo abriré –dijo él a alguien por encima del hombro de Molly.
Molly se dio la vuelta y vio que Crys se encogía de hombros antes de volver a la cocina.
Gideon la miraba fijamente.
–Creía que te había dicho… da igual –rectificó él al darse cuenta de que Molly se mantenía firme–. ¡Diana! –saludó Gideon al abrir la puerta.
–Espero no haber llegado demasiado pronto –se disculpó Diana–. Hola, Molly –la saludó con una sonrisa al verla detrás de Gideon–. Crys no me dijo ninguna hora cuando me invitó a pasar el día con vosotros.
–Estoy seguro de que no es demasiado pronto –Gideon abrió completamente la puerta para que entrara la doctora–. Sobre todo si traes regalos… –añadió desenfadadamente al ver la bolsa que

llevaba Diana.

–No podría haber aceptado la invitación de Crys sin contribuir de alguna manera –Diana se rió–. Además, uno de mis socios se ha ofrecido a hacer la guardia; tiene a dos tías mayores y a su suegra pasando las vacaciones en su casa... –añadió intencionadamente–. De modo que tengo un día libre que no me esperaba.

–Eso es estupendo –aseguró sinceramente Molly que apreciaba a la doctora–. Estoy segura de que, si tomas demasiado vino, Sam y Crys estarán encantados de que te quedes esta noche –añadió.

–No creo que lo haga, pero gracias. Al venir me he fijado en que hay muchos coches de policía por la zona. Sin duda, para vigilar a los conductores borrachos que vuelven a casa después de pasar por al pub...

–Además, has llegado justo a tiempo para aportar tus argumentos y evitar que Molly se vuelva a Londres hoy –le explicó Gideon a Diana.

Gideon también lanzó una mirada desafiante a Molly. Una mirada que Molly evitó intencionadamente.

–Cómo... no puedes hacer eso –le dijo Diana a Molly–. Yo vine aquí desde Londres hace tres años –sacudió la cabeza–. Tiene que ser el sitio más solitario del mundo para pasar las navidades si no estás con tu familia.

Cualquier sitio era solitario si no estabas con la gente que amabas, con el hombre al que amabas. Molly ya sabía eso, pero también era doloroso estar con Gideon cuando su amor no era correspondido.

–Quédate, Molly –insistió Diana cariñosamente–. Estaba deseando charlar un rato contigo. Soy una entusiasta de la serie *Bailey*.

Molly sonrió.

–Entonces, tendrías que hablar con David, no conmigo.

–Ya, pero él me dijo que ibas a trabajar con él en la nueva serie... –Diana pareció asombrada.

–¿Te lo ha dicho? –Molly se rió–. ¡David!

Molly fue a abrir la puerta de la biblioteca, donde se había metido David hacía una hora. Él seguía allí, mirando el paisaje nevado por la ventana y con un libro sin abrir en el regazo.

–¡Luego dirán que las mujeres somos cotillas! –bromeó Molly al

entrar seguida de Diana y Gideon.

A David pareció sorprenderle la presencia de Diana, dejó el libro en la mesa y se levantó lentamente.

–¿Qué he hecho ahora? –sonrió con perplejidad, pero la sonrisa no borró la tristeza de sus ojos.

–Da igual –Molly se acercó apara agarrarlo del brazo al darse cuenta de que había pasado demasiado tiempo pensando en cosas tristes–. Vamos con Sam y Crys a la cocina y a descorchar una botella de vino mientras ayudamos a preparar la comida.

–Me parece una buena idea –David asintió con la cabeza.

Abrieron la botella de vino tinto que había llevado Diana, sirvieron las copas y ayudaron a Crys a preparar la verdura para la comida. Todos se olvidaron de la decisión de Molly de marcharse. Molly estaba segura de que los demás lo habían hecho intencionadamente, pero a ella le pareció una grosería marcharse cuando había llegado Diana. Además, Crys había preparado su maravillosa trucha, una delicia culinaria que nadie debía perderse.

–Fue una pena que la otra noche no volvieras para ir con nosotros a la iglesia –le comentó Gideon a Diana cuando estaban todos a la mesa.

Diana, que estaba a la izquierda de él, hizo una mueca de disgusto.

–No sé qué pasa, pero los bebés siempre deciden que quieren nacer en Nochebuena. Éste, además, decidió que no podía esperar a que llegara la ambulancia. Tuve que ayudarlo a nacer, justo después de medianoche. Un chico muy sano. La madre y su hijo se quedaron arropados en la cama a la una de la noche. Un nacimiento en casa tiene que ser maravilloso.

Molly miró a Gideon penetrantemente. Estaba segura de que había mencionado la Nochebuena para saber si había sido ella la que había entrado con el coche en el camino de la casa. Evidentemente, no había sido ella.

Sin embargo, él evitaba la mirada de Molly y estaba claro que no iba a confirmarle si ésa había sido su intención. Gideon había estado muy distante con ella, que estaba enfrente de él, durante toda la comida, mientras se mostraba muy considerado con Diana. Aunque también tenía que reconocer que Crys lo animaba a serlo. Su amiga, que había creído su desinterés por Gideon, parecía

alentar por todos los medios la amistad entre Gideon y Diana.

Hacía mucho tiempo que ella no sentía celos y nunca los había sentido como entonces; no podía dejar de prestar atención a cada palabra que se decían y a cada carcajada que dejaban escapar.

–¿Qué pretendes ahora? –preguntó Molly a Crys cuando la acompañó a la cocina para ayudarla con los postres.

–¿Cómo dices? –Crys parecía no entender nada.

Molly comprendió que estaba fingiendo al ver el brillo de picardía en los ojos grises de su amiga.

–No te hagas la tonta... ¿Gideon y Diana? –le preguntó mientras Crys la miraba con inocencia.

–Ah... eso... –Crys asintió con la cabeza lentamente.

–Sí, eso –soltó Molly lacónicamente.

–¿No estás siendo un poco como el perro del hortelano? –replicó Crys.

Molly se sonrojó al comprender que su amiga tenía toda la razón.

–No digas cosas raras, Crys.

Crys se rió.

–¿Digo cosas raras? –Crys arqueó las cejas y empezó a preparar las naranjas al licor.

Molly suspiró profundamente.

–Sabes que sí. Gideon está... Crys, no puedes estar tan ciega, ¡tienes que saber que Gideon te ama a ti! –Molly explotó.

Crys se quedó paralizada y miró a Molly completamente atónita.

–¿Quién dice cosas raras ahora? Desde luego que Gideon no está enamorado de mí –sacudió la cabeza–. Es el hermano de James...

–¿Y qué?

Molly no podía creerse que su amiga no supiera lo que Gideon sentía por ella.

–¡Es el hermano de James! –repitió Crys impacientemente–. De verdad, Molly, no sé de dónde te has sacado eso, pero te aseguro...

–Del propio Gideon –le interrumpió Molly.

–¿Qué? –susurró Crys con incredulidad.

–De observarlo cuando está contigo. Te adora, Crys.

–Espero que lo haga porque yo también lo adoro. Gideon es la única familia que me queda después de que James muriera y mis padres lo siguieran seis meses después. Pero eso es todo, Molly; es

todo lo que ha habido...

Molly sacudió la cabeza con seguridad.

–No por parte de Gideon.

–Sí por parte de Gideon –insistió Crys–. Molly, ¿por esto te mantienes alejada de Gideon? Porque si es...

–Me he mantenido alejada de Gideon, como tú dices, porque no le gusto –replicó ella algo agitada.

–¡Tonterías! Si quieres mi opinión, no le has dado la oportunidad de gustarle o disgustarle...

–No le gusto –concluyó Molly rotundamente.

–Muy bien –Crys se encogió de hombros–. En ese caso, lleva las naranjas y la nata y yo llevaré la *crème brûlée* –Crys sacudió la cabeza con desesperación–. De verdad, no sé cómo se te ha ocurrido –añadió como un reproche–. Gideon es el hermano mayor que nunca he tenido.

Sin embargo, que Crys sintiera eso no significaba que Gideon sintiera lo mismo.

–Vamos, Molly –le ordenó Crys–. Además, si no me equivoco y deseas a Gideon, te aconsejo que espabiles. Si no, Diana puede ganarte por la mano –añadió irónicamente.

Si deseaba a Gideon... Lo deseaba más que a otra cosa o persona en el mundo, pero...

Siempre había un pero cuando se trataba de Gideon. Aparte, seguía creyendo que Crys se equivocaba en cuanto a los sentimientos de Gideon hacia ella.

Capítulo 13

Nunca me contestaste a la pregunta de antes.

Molly se puso tensa al oír la voz de Gideon. Se dio la vuelta y lo encontró junto a ella en la alfombra que había delante de la chimenea del salón. Ella estaba jugando con Peter mientras los demás adultos estaban sentados en butacas o en el sofá, en el caso de Sam y Crys, sesteando después de la abundante comida. Hasta ese momento, ella había creído que Gideon estaba haciendo lo mismo.

–Te gustan los bebés, ¿verdad? –le preguntó él ásperamente mientras se sentaba y antes de que ella pudiera reaccionar.

–¿No les gustan a todo el mundo? –preguntó ella a su vez en voz baja para no molestar a los demás.

Él se encogió de hombros.

–No, me parece que no siempre es así –contestó Gideon sombríamente–. Por ejemplo, mi madre no era especialmente maternal.

Molly abrió los ojos como platos.

–Pero os tuvo a James y a ti...

Él asintió con la cabeza.

–Yo fui el «heredero» necesario, la llegada de James, diez años después, fue un accidente que ella se ocupó de recordarnos a todos, incluido James. Nos abandonó, llevándose casi todo el dinero de mi padre, cuando James tenía cuatro años y yo catorce.

Molly parpadeó al oír esa confidencia de un hombre como él. Sin embargo, podía ser un indicio de por qué él era así.

Gideon esbozó una sonrisa forzada al ver la expresión de ella.

–No era exactamente lo que te esperabas, ¿verdad?

¿Qué se había esperado ella? Efectivamente, a juzgar por su situación económica y confianza en sí mismo, había dado por supuesto que siempre había tenido una vida muy cómoda, como le había parecido con James. Sin embargo, esa revelación parecía

indicar que sus infancias habían sido muy distintas de las que ella se había imaginado.

¿Por qué Gideon había dado por sentado que ella había esperado algo? ¿Por qué había dado por sentado que ella se había parado a pensar en la vida pasada de él?

–Naturalmente, mi padre hizo todo lo que pudo. Me mandó a la universidad, contrató niñeras y luego encontró un internado para James –siguió Gideon tranquilamente–. Desgraciadamente, murió de un ataque al corazón cuando yo tenía veinte años y James diez.

No era, ni mucho menos, el tipo de vida que se había imaginado para un hombre que solía parecer tan arrogante.

–¿Por qué me cuentas todo esto, Gideon? –le preguntó lentamente sin disimular su perplejidad.

Él soltó una carcajada desabrida.

–¿La verdad? ¡No tengo ni idea! Quizá haya sido porque he visto tu delicadeza con Peter o para explicar por qué es tan importante para mí una Navidad como ésta en familia –sacudió la cabeza lastimeramente–. O, lo más probable, porque he bebido demasiado vino en la comida.

Molly lo miró fijamente durante unos segundos. Un mechón le caía deliciosamente por la frente, los ojos rebosaban delicadeza y hasta su boca había perdido el gesto severo mientras miraba a Peter.

–¿A qué pregunta te referías hace unos minutos? –le preguntó Molly.

Gideon levantó la mirada.

–A que si querías que me fuera, porque si quieres que me marche...

–No –le aclaró ella lacónicamente.

Habría sido muy insensible por su parte siquiera insinuar que se fuera cuando se sentía en su hogar, cuando no tenía ninguna familia a la que acudir.

Quizá por eso le hubiera contado todas esas cosas sobre su infancia, aunque ella no creía que fuera un hombre que jugara con los sentimientos de las personas; sencillamente, tenía una coraza que no le permitía que los demás sintieran algo parecido a la lástima.

Pareció como si él adivinara algunos de sus pensamientos e hizo

un gesto burlón con la boca.

–No sientas compasión por mí, Molly. Te aseguro que me va muy bien en estos momentos, gracias.

Efectivamente. No tenía problemas económicos y tenía una profesión en la que estaba muy solicitado. Al parecer, sólo le faltaba una familia, pero ella estaba segura de que tenía que ser por decisión personal; estaba segura de que tenía que haber docenas de mujeres atraídas por él y dispuestas a casarse con él.

Por ejemplo, ella misma...

Se irguió para que él no lo sospechara.

–Te aseguro que no tengo ninguna compasión por ti, Gideon –le aclaró ella animadamente mientras se inclinaba para tomar a Peter en brazos y que él no le viera la cara–. Es encantador, ¿verdad? –susurró ella.

Gideon sonrió fugazmente.

–¡Ha encontrado un sitio muy cómodo para dormir!

Molly lo miró con desconcierto y el ceño levemente fruncido. ¿Había notado cierta melancolía en el tono de Gideon o se lo había imaginado? Se lo había imaginado, se contestó tajantemente. Durante la comida, él no le había hecho ningún caso y no había ningún motivo para que quisiera dormirse en su hombro.

Si se refería a su hombro...

Lo miró con los ojos entrecerrados y Gideon esbozó una sonrisa pícara.

No se refería a su hombro.

–Dámelo para que lo deje en la cuna –le pidió Gideon.

Él estiró los brazos y le rozó levemente un pecho con la punta de los dedos. A Molly le pareció que la carne le abrasaba donde se produjo el contacto.

¿Había sido un contacto accidental o intencionado?, se preguntó ella mientras observaba a Gideon acostar a Peter y taparlo con una manta. Cuando él volvió a su lado, ella seguía sin saber la respuesta.

–¿Los dejamos durmiendo y sacamos a Merlín de paseo? –propuso él mientras alargaba una mano para ayudarla a levantarse.

Molly miró esa mano larga de artista y recordó sus caricias, que buscaban y encontraban su entrega absoluta. Sería peligroso para su tranquilidad de espíritu salir con él, pero su corazón no le

perdonaría no hacerlo.

–Me parece una buena idea –aceptó ella bruscamente mientras se levantaba de un salto sin hacer caso de su mano.

Gideon sonrió sombríamente al comprender el rechazo de ella y se metió la mano en el bolsillo del pantalón.

–Abrígate bien –le aconsejó él–. Hay previsiones de nevada para esta tarde.

Molly se sintió un poco cohibida al rodearse el cuello y la parte inferior de la cara con la bufanda rosa que él le había regalado. Era una bufanda tan suave y bonita, que habría sido una grosería no ponérsela sólo porque se la había regalado él. También se puso encima una gruesa chaqueta de piel de borrego.

–Permíteme... –se ofreció él para colocarle bien la bufanda bajo el cuello de la chaqueta. Sus cálidos dedos le rozaron la mejilla–. Queda muy bonita con el color cobrizo de tu pelo –se apartó un poco para admirarla–. Sabía que te quedaría muy bien...

Molly lo miró tímidamente y casi sin aliento por el halago.

–Gracias...

Gideon se rió por su evidente cautela.

–De nada. Vamos.

Abrió la puerta y una ráfaga gélida los azotó. Hacía mucho frío y Molly se alegró de poder taparse con la bufanda y de poder meter las manos en los bolsillos de la chaqueta.

–Creías que no me acordaría, ¿verdad? –le preguntó Gideon después caminar unos minutos en silencio.

Merlín correteaba delante de ellos encantado con la capa blanca que cubría el suelo.

Molly lo miró desconcertada.

–¿Cómo dices?

–De lo que pasó en el apartamento de James y Crys hace tres años –le contestó él tranquilamente.

Volvía al ataque. Ella había esperado que hubieran aprendido a tolerarse mutuamente.

–No recuerdo haberme parado a pensar en ello –contestó Molly evasivamente.

No se había parado a pensar en eso porque no había dejado de pensar en otras cosas desde que se encontró con Gideon en el bautizo de Peter.

Molly suspiró de impaciencia.

–Gideon, ¿me has invitado a dar un paseo para poder discutir un rato conmigo?

Él sonrió y sus ojos dejaron escapar un destello azul.

–Aunque te parezca raro, no.

Molly sacudió la cabeza algo molesta.

–Entonces, tienes una forma muy rara de demostrarlo –contestó ella con fastidio mientras se paraba al llegar a una verja–. Gideon, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que no tuve una aventura con James?

Él la miró a los ojos sin parpadear e inexpresivamente.

–Creo que no me lo has dicho nunca...

Molly frunció el ceño.

–Pero... claro que te lo he dicho.

Molly empezó a seguir su camino muy tiesa por la indignación, pero él la agarró del brazo y la giró para que lo mirara.

–Suéltame, Gideon –le ordenó Molly.

Para sorpresa de ella, Gideon lo hizo inmediatamente y se apartó de su camino.

–No, nunca me lo has dicho, Molly –le aseguró él delicadamente.

Ella parpadeó y repasó las conversaciones que habían tenido durante los cuatro días anteriores, casi todas desagradables. Todo ese enojo se había fundido en una batalla de voluntades entre ellos, cuando no habían estado el uno en brazos del otro, naturalmente.

Efectivamente, no podía recordar que le dijera concretamente que no había tenido una aventura con James, pero aun así...

–Muy bien, ¡no he tenido una aventura con tu hermano! O, mejor dicho, con el marido de Crys –añadió presa de la indignación–. Crys es mi mejor amiga –añadió con firmeza–. Lo ha sido siempre y lo será siempre. Yo nunca haría nada que pudiera hacerle daño. Creo que tener una aventura con su marido podría hacerle daño, ¿no crees?

–Creo que sí –contestó él sin alterarse.

–Pues no se lo he hecho porque no he tenido una aventura con su marido –Molly se estaba acalorando y quería soltarlo todo mientras pudiera–. Sí, estaba en el apartamento de James y Crys esa noche que Crys no estaba en casa, pero no estaba haciendo nada con James. Si me conocieras...

–Te creo.

–… me creerías cuando te digo…

–Te creo.

–...la verdad... ¿Cómo has dicho? –Molly miró a Gideon con cautela cuando las palabras de él se abrieron paso entre su indignación.

Gideon tomó aliento y la miró intensamente.

–He dicho que te creo, Molly –repitió él con suavidad.

Ella parpadeó y se preguntó si no sería otro truco suyo, si no acabaría por darle la vuelta a sus palabras para adaptarlas a la mala opinión que tenía de ella.

–Ah –susurró ella sin decir nada concreto.

Gideon suspiró.

–Ahora eres tú quien no me cree.

–¿Puedes reprochármelo? –a Molly le centellearon los ojos–. No has parado de acusarme de una indiscreción u otra desde que nos vimos el domingo. Me cuesta aceptar que ahora creas mi versión de lo que pasó hace tres años.

–No me extraña –reconoció él–. Aunque, si piensas detenidamente en el principio de la conversación, podrás recordar que nunca me diste tu versión de lo que pasó. Te lo he dicho... en cualquier caso, te creo.

Después de días de burlas y menosprecios por parte de él, Molly empezaba a sentir como si las piernas no la sostuvieran. ¿Dónde había quedado la animadversión de él? ¿Estaba siendo amable con ella?

–¿Serviría de algo que me disculpara por todos los comentarios poco halagadores que he hecho de ti durante estos días? –le preguntó Gideon con seriedad.

–Podría ser... –aceptó ella sin creérselo del todo.

Gideon suspiró profundamente.

–Molly, creo que tenemos que hablar y éste no me parece el sitio más adecuado.

–¿Todo en orden, señor?

Molly se giró bruscamente al oír la voz y se quedó pasmada al ver a un policía al otro lado de la verja. Estaba tan atónita con el inesperado cambio de Gideon, que no se había fijado en el coche de policía que había aparcado en la cuneta ni mucho menos en el

hombre que se había acercado.

Gideon sonrió al policía.

–Perfectamente. La señorita Barton y yo hemos sacado el perro a pasear después de la comida.

El policía asintió con la cabeza y miró con cierta prevención al enorme perro.

–¿Son dos de los invitados que están en casa de los señores Wyngard?

–Efectivamente –Gideon agarró a Molly del brazo–. ¿Hay alguna novedad?

El policía asintió con la cabeza.

–En este momento iba a ver al señor Wyngard.

–Espero que sea alguna noticia buena –Gideon apretó los dedos alrededor del brazo de Molly.

El policía hizo un gesto de contrariedad.

–Depende, señor... Bueno, voy a ver al señor Wyngard y a dejarles que sigan con su paseo –añadió enérgicamente–. Que pasen un buen día...

Molly frunció el ceño mientras miraba el coche que se alejaba. No tenía ni idea de qué noticia, buena o mala, podía dar el policía a Sam.

Sin embargo, era evidente que Gideon lo había adivinado.

Capítulo 14

Muy bien –Molly se volvió decididamente hacia Gideon–. ¿Qué está pasando? Por favor, no ofendas mi inteligencia y me contestes que nada.

Gideon sonrió levemente.

–No pensaba hacerlo –replicó lentamente–, pero creo que sería mejor que volviéramos a la casa y que sea Sam quien lo explique –añadió con seriedad.

–Pero…

–Molly, de verdad, no es una cuestión mía –la interrumpió Gideon tajantemente–. Quizá, cuando él lo haya explicado, podrás disculpar parte de mi comportamiento de los últimos días.

–¡Yo no contaría con ello! –Molly se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa.

–Eso me temo.

Gideon la alcanzó con dos zancadas y con Merlín detrás de él.

–No temes nada… –Molly dejó escapar un gruñido de incredulidad.

–En eso te equivocas, Molly –replicó él con tanta delicadeza que ella lo miró penetrantemente–. Temo mucho que no me perdones cuando Sam haya dado sus explicaciones.

Ella sacudió la cabeza con desesperación.

–Estoy segura de que no vas a dejar de dormir porque no te crea.

Gideon se puso muy serio.

–Te sorprenderías.

–Efectivamente… me sorprendería… –desdeñó ella con cierta sorna.

Gideon resopló.

–He complicado mucho las cosas entre nosotros, ¿no?

–Nunca ha habido un «nosotros» para complicarlo –afirmó Molly.

Gideon la agarró con fuerza del brazo antes de entrar en la casa

y la giró para mirarla a la cara con una expresión distante.

–¿Aceptarás hablar conmigo en privado cuando el policía haya dicho lo que tenga que decir y se haya ido?

–¿Para qué? –Molly suspiró.

–¿Lo harás? –Gideon la zarandeó ligeramente.

–Si quieres... sí –Molly estaba impaciente por entrar.

–Sí, es lo que quiero –Gideon asintió sombríamente con la cabeza.

–Muy bien. ¿Ya podemos entrar? –lo apremió Molly.

Gideon dejó escapar un gruñido y la soltó.

No había nadie dormido cuando Molly entró en el salón. Crys y Sam estaban sentados en el borde del sofá y David y Diana prestaban atención sentados en sus butacas. El policía estaba de pie, delante de la chimenea e hizo un gesto con la cabeza al ver a Molly y Gideon, pero siguió con lo que estaba diciendo.

–Desgraciadamente, la señorita Gibson tuvo un accidente a tres kilómetros de aquí hace una hora. Ha muerto –añadió inexpresivamente.

¿La señorita Gibson? ¿Rachel Gibson? ¿La ex novia de Sam de hace doce años? ¿La mujer que había contado todas aquellas mentiras a los periódicos cuando Sam rompió el compromiso porque se había dado cuenta de que era una persona emocionalmente inestable? ¿La mujer que los había sumido en la desdicha hacía doce años hasta el punto de que Sam se fue a la soledad de Yorkshire?

–No... –susurró Crys–. Detestaba lo que estaba haciéndonos, pero... Es espantoso...

Sam la rodeó protectoramente con el brazo.

–¿Qué pasó? –le preguntó él al policía con serenidad.

–Su coche se salió de la carretera y cayó por un barranco. Ya estaba muerta cuando llegaron los servicios de rescate. Siento tener que darle esta noticia en Navidad, señor. Aunque, por las acusaciones que había contra ella, si la hubiéramos atrapado...

–Claro... –concedió Sam pesarosamente.

–¿Qué acusaciones? –Molly se volvió hacia Gideon con mirada de perplejidad–. ¿Están hablando de Rachel Gibson? –preguntó con incredulidad.

–Sí –respondió Gideon–. Vamos –le pasó el brazo por los

hombros para llevarla fuera de la habitación–. No hace falta que oigas nada más –le dijo enérgicamente mientras entraban en la biblioteca, la sentaba en una butaca y le servía un poco de whisky–. Por favor, bebe un poco –le pidió mientras se agachaba junto a ella.

Molly no necesitaba que insistiera, estaba completamente aturdida, pero su cerebro podía discernir claramente todo lo que había pasado durante los últimos días y analizar todos los incidentes que en su momento parecieron no tener sentido.

Miró a Sam con los ojos nublados.

–Ha estado hablando con Sam, ¿verdad? Fue la que hizo las llamadas en Nochebuena, la que hizo aquellos ruidos que tanto alertaron a Merlín y quien lo encerró en la cabaña. Fue ella, ¿verdad?

–Eso creemos –confirmó Gideon con seriedad–. Aunque ya nunca lo sabremos –añadió.

Molly se estremeció al recordar por qué no lo sabrían nunca.

Hacía doce años, Rachel había sido una pesadilla para todos ellos. Había azuzado a la prensa contra Sam y toda su familia. Sus padres tuvieron que cambiarse de casa; ella se fue a otro colegio y Sam se aisló en Yorkshire.

Aun así, Molly sabía que ninguno de ellos deseaba su muerte...

–Fue ella –afirmó Molly rotundamente–, pero, ¿cómo...? ¡El artículo en el periódico sobre el bautizo de Peter! –exclamó al caer en la cuenta.

–Eso cree Sam –confirmó Gideon.

–Pero... fue hace doce años... –susurró ella–. ¡Doce años!

–Sí, pero algo pasó durante el fin de semana que la sacó de quicio –Gideon frunció el ceño–. La policía ha estado buscándola desde entonces.

Las acusaciones de las que había hablado el policía...

–¿Qué? –Molly tomó aliento–. ¿Qué pasó durante el fin de semana?

–Molly, esta muerta...

–¿Qué pasó? –insistió Molly entre dientes.

Gideon también tomó aliento.

–Mató a alguien. Al hombre que vivía con ella –le explicó Gideon–. Lo encontró con otra mujer... y lo mató.

Molly tragó saliva.

–¿Cómo?

–Molly, no hace falta que sepas…

–Dímelo –le exigió ella.

–Lo acuchilló. La mujer que estaba con él consiguió escapar, pero el hombre murió antes de que llegara la policía.

Molly sintió náuseas la darse cuenta de que podía habérselo hecho a Sam, que sí él no hubiera roto con ella hacía doce años…

–Pon la cabeza entre las rodillas –le propuso Gideon con delicadeza.

Tardó unos minutos en dejar de tener náuseas, pero durante esos minutos pudo pensar.

Se irguió.

–Tú lo sabías todo –acusó a Gideon–. Lo has sabido durante todo este tiempo…

–Lo ha sabido desde hace un día –le corrigió él–. Desde que le conté a Sam mi intranquilidad después de que tú te acostaras. Una de las llamadas que él tenía que contestar el lunes por la mañana era a la policía –le explicó antes de que Molly volviera a acusarlo–. Se había informado de que habían visto a Rachel Gibson por la zona y a raíz de las investigaciones, se descubrió que había sido novia de Sam… La policía quiso informarlo del… incidente como una cuestión de cortesía. No creo que ellos pensaran que lo seguiría hasta aquí.

–Se equivocaron, ¿no? Al saber dónde estaba por la foto en el periódico, al ver que era feliz con Crys y Peter… Dios mío, ¿Crys también lo sabía?

Molly frunció el ceño al pensarlo. Habría sentido una profunda admiración por ella si lo hubiera sabido. Ella, además de la preocupación por Peter, había parecido inmersa en la alegría de la Navidad.

Gideon esbozó una sonrisa forzada.

–Sam no tiene secretos para Crys.

–Al revés que tú conmigo –Molly se bebió el whisky de un sorbo–. Supongo que volverás a acusarme de ser una borracha… –lo desafió con las mejillas coloradas.

No tenía motivos y lo sabía, pero no podía evitar sentir una furia enorme contra Gideon por tratarla como a una niña que no podía afrontar la verdad. La misma furia que sentía contra Sam, pero

Gideon estaba delante.

–Molly...

–¡No me toques! –exclamó ella con ira mientras se levantaba.

Gideon la miró con cautela y se levantó lentamente.

–Molly, no había ningún motivo para preocuparte también...

–¡No me digas si tenía que preocuparme o no! –los ojos le echaban chispas–. Me preocuparé cuando quiera, no cuando alguien lo decida –siguió ella sin ninguna lógica–. Eres un...

–Te aconsejo que no sigas –le advirtió él sin alterarse.

–...cerdo arrogante –terminó ella desafiantemente–. Un cerdo egoísta además. Tú hiciste que Sam no me dijera la verdad –en ese momento comprendió de qué había querido Sam hablar con ella, pero Gideon lo detuvo con sus advertencias–. Puedo imaginármelo, «no se lo digas a la chica...» –se burló ella–, «sólo servirá para preocuparla».

–No fue así...

–Sí fue así –le cortó ella inapelablemente–. ¡Fue exactamente así! ¿Sabes una cosa, Gideon Webber? Vete al infierno –concluyó sin darle la oportunidad de responder.

Molly se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Subió las escaleras de dos en dos y se refugió en su dormitorio. Lloró por lo complicado que era todo entre Gideon y ella y por todos los malentendidos entre ellos, pero, fundamentalmente, lloró porque, a pesar de todo, sabía que seguía amándolo.

–Eh...

Crys se sentó al lado de Molly unos minutos después. Molly había estado llorando tan amargamente, que no había oído que su amiga había entrado en la habitación.

–Molly –la llamó Crys con firmeza–, todo ha terminado ya. Vamos... –la abrazó y Molly dejó de llorar–. ¿Por quién lloras, Molly? ¿Por Rachel o por Gideon? –añadió perspicazmente.

Molly se apartó para mirar a su amiga.

–¿Es tan evidente que estoy enamorada de él?

Crys sonrió para animarla.

–Sólo para mí. Gideon no tiene ni idea, te lo aseguro. Es más, a juzgar por lo que acaba de decirme, está convencido de que lo odias –miró a Molly con curiosidad.

Molly tragó saliva y se secó las lágrimas de las mejillas.

–Él es quien me odia. Y todo porque… porque… Crys hay algo que tendría que haberte contado hace mucho tiempo. Algo sobre James… y yo…

Crys frunció el ceño.

–¿Y bien?

Molly cerró un momento los ojos y tomó aliento antes de empezar a hablar. Sabía que todo iba a salir a la luz y que Crys debería haberlo sabido desde hacía mucho tiempo.

–¿Te acuerdas de mi desastrosa relación amorosa con Derek? Claro que te acuerdas –Molly se contestó a sí misma–. En su momento intentaste avisarme de los riesgos de enamorarse de un hombre recién separado; me dijiste que los separados muchas veces zanjan sus diferencias y se reconcilian. Yo no te escuché, como ya sabes –suspiró profundamente–. Lo pasé muy mal cuando Derek hizo exactamente eso.

Crys parecía desconcertada.

–No seguirás enamorada de él, ¿verdad?

–No, claro que no. No sé si lo estuve alguna vez –añadió con voz ronca–. Quizá sólo estuviera halagada. Era un actor conocido en todo el mundo, muy guapo y él quería estar conmigo… Al menos eso creí entonces –sacudió la cabeza con desesperación–. Me sentí destrozada cuando volvió con su mujer.

–Lo sé –Crys asintió con la cabeza sin dejar de parecer perpleja.

–Ya, pero lo que no sabes… lo que nunca te conté es que la noche que Derek volvió con su mujer yo me emborraché mucho…

–No me extraña –replicó Crys–. No fue muy delicado. Si no recuerdo mal, sencillamente apareció con ella en una fiesta. Una fiesta donde tendría que haberse encontrado contigo.

Molly hizo una mueca de dolor al recordarlo.

–Esa noche me embo…

–Bebiste algo más de que de costumbre –la interrumpió Crys–. James me aseguró que no estabas borracha.

Molly parpadeó con la boca seca.

–James te lo…

–Claro. Me alegré de que acudieras a él. Naturalmente, sentí no haber estado yo, pero James me aseguró que consiguió ocuparse bien de ti.

–Es verdad –Molly confirmó atónita–. Entonces… sabías lo de esa

noche...

–Desde luego... –afirmó Crys despreocupadamente.

Molly frunció el ceño.

–Pero yo... Todo este tiempo... –sacudió la cabeza–. Nunca me lo dijiste...

Crys sonrió levemente.

–¿Qué tenía que haberte dicho? Derek era muy egoísta y te hizo mucho daño; no tenía sentido hablar del asunto cuando era evidente que tú no querías hablar.

–Pero esa noche me quedé en tu apartamento...

–¿Y qué? –le preguntó Crys–. Mira, Molly, eres mi mejor amiga y confío en ti ciegamente, como confiaba en James. ¿Qué querías que dijera de esa noche? Sin recordarte la vileza de Derek, claro.

Molly sacudió la cabeza. Estaba asombrada.

–No puedo creerme que durante todo este tiempo supieras que había estado con James en tu apartamento mientras tú estabas fuera...

Crys sonrió.

–Lo he sabido y en ningún momento he pensado que tuviera nada de malo. ¿Por qué iba a haberlo hecho?

–Bueno, pues Gideon desde luego que pensó que tenía algo de malo –espetó Molly con fastidio.

–¿Gideon? –Crys pareció más desconcertada que nunca, pero arqueó una ceja como si hubiera caído en la cuenta de algo–. ¿Lo dices porque fue a ver a James y te vio allí esa mañana? Molly, no me estarás diciendo que Gideon creyó que James y tú estabais teniendo una aventura, ¿verdad? –soltó un gruñido cuando se le ocurrió esa posibilidad–. ¡No! No lo hizo, ¿verdad? –frunció el ceño–. Sí lo hizo, ¿verdad? –empezó a reírse.

–Crys, ¿te parece gracioso?

Molly se sentía aliviada de que su amiga hubiera sabido la verdad desde el principio, pero no entendía su reacción por la conclusión que Gideon había sacado de su presencia en el apartamento de Crys y James.

–No, no lo es –concedió Crys mientras se serenaba un poco–. Gideon y tú sois increíbles, ¿lo sabías? –se levantó–. Tú crees que Gideon está enamorado de mí, pero no lo está, y Gideon cree que tuviste una aventura con James, pero no la tuviste. ¿Sabes?, para

ser dos personas muy inteligentes, estáis siendo increíblemente tontos.

–¡Gracias!

Molly no estaba muy segura de estar de acuerdo con el resumen de la situación que había hecho Crys.

–De nada –replicó Crys irónicamente–. No completamente tontos, naturalmente –siguió Crys con un tono intrascendente–. En algún momento, entre tanto lío, os habéis enamorado el uno del otro, así que creo que puedo perdonaros.

–Gideon no está enamorado de mí –atajó Molly categóricamente.

–Sí, claro que lo está... –afirmó Crys sin dudarlo–. ¿Quién crees que me ha mandado aquí porque estabas disgustada? ¿Quién crees que está yendo de un lado a otro de la cocina como un león enjaulado mientras espera a que yo baje para decirle que estás bien?

Molly tragó saliva y se quedó inmóvil. Notó que un rayo de esperanza brillaba en lo más profundo de ella.

–¿Gideon...? –preguntó esperanzadamente.

–El mismo –Crys asintió con la cabeza y la ayudó a levantarse–. Baja conmigo...

–¡No puedo! –Molly se resistió y sacudió la cabeza–. De verdad, no puedo, Crys –insistió Molly al ver que su amiga la miraba con un gesto de censura–. ¿Y si estuvieras equivocada?

–No lo estoy –le aseguró Crys.

–Pero, ¿si lo estás?

–No lo estoy –repitió su amiga contundentemente–. Aunque es posible que la cocina no sea un sitio muy tranquilo para... –se detuvo y meditó un segundo–. Ya sé –asintió vigorosamente con la cabeza–. Quédate aquí y le diré a Gideon que suba.

–No vendrá.

–Ya lo veremos –susurró Crys–. Pero no os quedéis aquí toda la tarde, si no, conociendo a Sam, vendrá a buscaros y exigirá a Gideon que repare tu honor –Crys sonrió.

Molly frunció el ceño.

–Te agradecería que dejaras de reírte de todo esto, Crys.

–¿Puedo ser la madrina de la novia? –le preguntó Crys amigablemente–. Nunca he sido madrina y...

–¡Lárgate! –le ordenó Molly llena de indignación.

–Me voy, pero no intentes escaparte descolgándote por la cañería –la avisó mientras salía de la habitación–. No resultarías una novia muy vistosa con la pierna escayolada…

Una vez sola, Molly sacudió la cabeza con desesperación y decidió que Crys estaba haciéndose tan bromista como Sam.

Aunque eso no impedía que en ese momento, Crys estuviera hablando con Gideon en la cocina. ¿Tendría razón? ¿Subiría Gideon cuando ella hubiera hablado con él?

Lo sabría al cabo de unos minutos.

Capítulo 15

Crys dice que estás un poco mejor…

A Molly le dio un vuelco el corazón cuando se dio la vuelta y vio a Gideon que no se atrevía a pasar de la puerta. Tenía un gesto de precaución y la mirada indecisa.

Ella tragó saliva antes de hablar.

–Sí… me encuentro mejor –asintió con la cabeza–. Siento… haberte gritado antes.

Molly se dijo para sus adentros que parecía una idiota que no sabía qué decir. Aunque seguramente se debiera a que se sentía como una idiota que no sabía qué decir.

Que Gideon estuviera allí, como la había anunciado Crys, no quería decir nada salvo que él quería disculparse por haberla molestado en lo relativo a Rachel Gibson.

–Me parece muy normal dadas las circunstancias –reconoció él bruscamente–. Fui muy arrogante al pedirle a Sam que no te lo dijera.

Fue arrogante, sí, pero también podía haber otra interpretación.

–¿Por qué lo hiciste, Gideon?

Él resopló.

–¿Podría entrar? –Gideon hizo una mueca–. No quiero que me oiga todo el mundo.

Si se tenía en cuenta que David era el único que tenía el dormitorio en ese piso y que seguramente estaría abajo hablando con los demás, decir eso le parecía un poco exagerado, pero él quería entrar en su dormitorio…

–Entra…

Ella se quedó delante de la ventana sin saber que hacer mientras él entraba y cerraba la puerta silenciosamente. Molly tenía las manos entrelazadas y lo miró con cautela.

Gideon esbozó una sonrisa forzada. Evidentemente, estaba tan incómodo como ella.

–Yo… –Molly dudó y sacudió la cabeza sin saber por dónde empezar ni qué empezar.

Gideon tomó aliento sonoramente.

–¿Serviría de algo para aclarar la situación si te dijera que no estoy enamorado de Crys y que nunca lo he estado? –preguntó él.

Molly notó un vacío en el estómago. De acuerdo, no estaba enamorado de Crys, pero eso no quería decir que lo estuviera de ella. Se mordió el labio para dejar de temblar.

–Yo tampoco he estado enamorada de James –le comunicó lacónicamente–. Tampoco he tenido una aventura con él –añadió tajantemente.

–Ya lo sé.

–Crys te lo ha contado…

–No –la interrumpió Gideon–. Crys no me ha contado nada.

–Entonces… –Molly tenía los ojos como platos.

–No ha hecho falta –siguió él tranquilamente–. Sé que te debo una disculpa por… por todo lo que te he dicho durante estos días –sacudió la cabeza con arrepentimiento y se metió las manos en los bolsillos–. Te vi aquella mañana en el apartamento de James y…

–Sacaste tus conclusiones –terminó ella.

Gideon negó con la cabeza.

–No, no pasó eso en absoluto –volvió a esbozar una sonrisa forzada–. Te miré esa mañana, despeinada, con cara somnolienta, con las piernas desnudas debajo de aquella camisa ridícula y yo… –resopló–. Me pareciste la mujer más guapa que había visto en mi vida –le confesó con un gruñido.

Molly se quedó boquiabierta.

–¡Estaba espantosa! Tenía pelos de loca, la cara hinchada y la camisa de James fue lo único que encontré para ir al cuarto de baño. Es imposible que tú… ¿De verdad me encontraste guapa?

–De verdad… pero me pareció que eras de mi hermano –añadió él haciendo un esfuerzo.

–Pero no lo era –insistió Molly con desesperación–. Nunca lo fui. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

–Ninguna –le aseguró él–. Verás, da igual. Esa mañana me enamoré de ti en cualquier caso.

–¡Es imposible! –exclamó ella con incredulidad.

–Claro que fue posible –Gideon asintió con la cabeza–. Me pasé

los meses siguientes repitiéndome lo idiota que era, que enamorarme de ti era muy peligroso, que era una locura, que sería mejor para todos que me olvidara de que te había visto. Casi conseguí creerlo –hizo una mueca de dolor con la boca–. Hasta que volví a verte la mañana del bautizo.

–Fuiste muy desagradable conmigo –le recordó Molly.

El rayo de esperanza que había notado al hablar con Crys empezaba a cegarla. ¿Le había dicho que se enamoró de ella hacía tres años?

–Lo sé –reconoció él–. Fue intencionado. Sencillamente, no podía creerme que siguiera sintiendo lo mismo, como si no hubiera pasado todo ese tiempo. Tu relación con James, lo que pudiera saber Crys... –sacudió la cabeza con fastidio–. A pesar de todo, seguía enamorado de ti.

Molly frunció el ceño.

–Pero acabas de decirme que me creíste cuando dije que no había tenido una aventura con James...

–No. Lo que he dicho es que sé que no tuviste una aventura con James. Lo sé porque durante estos días he llegado a conocerte. Molly, no sólo eres la mujer más guapa que he visto en mi vida, también eres la mujer más amable y compasiva que he conocido. Tu lealtad hacia Crys y Sam es incondicional y tu amor por ellos también. En cuanto a tu delicadeza con Peter... Molly, nunca habrías tenido una aventura con James ni aunque lo hubieras amado.

–No –confirmó ella–, pero no estaba enamorada de él. Creía que estaba enamorada de otro hombre –siguió antes de que Gideon dijera algo–. Un hombre separado. La noche anterior a que me encontraras en el apartamento de James, él volvió con su mujer –hizo una mueca de dolor–. Yo no estaba en mi mejor momento.

–¿No te das cuenta, Molly? No me importa, a no ser que sigas enamorada de él, claro...

¿Era posible que Gideon se sintiera inseguro? Molly nunca lo habría pensado de él.

Sin embargo, ¿acaso no acababa de decirle que se había enamorado de ella a primera vista y que le había bastado volver a verla para saber que seguía enamorado?

Molly se humedeció los labios.

–No, no sigo enamorada de él, Gideon –le aclaró con calma–. ¿Cómo iba a estarlo si estoy enamorada de ti? –añadió casi con timidez.

Él abrió los ojos de par en par y sus ojos brillaron con un resplandor azul rebosante de emoción. Dio un paso adelante, pero vaciló y se detuvo.

Fue Molly quien dio los dos últimos pasos para dejarse caer en sus brazos; se arrojó en ellos, lo agarró de la cintura y se estrechó con fuerza contra él.

–Te amo, Gideon –le aseguró sin dudarlo–, te amo mucho...

Él le tomó la cara entre las manos.

–¿Te casarías conmigo? –le preguntó abrumado por la conmoción–. ¿Lo harías? Te amaré hasta que me muera. Molly. Si no te dije lo de Rachel Gibson, fue para protegerte. Nunca te he menospreciado ni nunca lo haré –le prometió–. Sólo quiero protegerte y amarte para siempre.

–Sí –aceptó Molly que quiso reírse y llorar al mismo tiempo–. ¡Sí, Gideon, me casaré contigo!

Él se acercó a ella para besarla con una ternura infinita y para demostrarle todo el amor que sentía por ella, y Molly supo que por fin había encontrado al hombre de su vida.

–Estás maravillosa –le aseguró Gideon–. Aunque no sé si fue una buena idea que te pusieras una camisa de David –él frunció el ceño–. ¡Me dan ganas de tumbarte en la cama y hacerte el amor!

Molly se rió.

–Aquí, no, cariño.

Molly miró a toda la gente que los rodeaba en el estudio, al director y los técnicos de *Bailey* y a David, que la esperaba en la cama a que, supuestamente, ella saliera del cuarto de baño.

–Entonces, más tarde –concedió él con un gruñido.

–Más tarde –repitió Molly.

Llevaban tres meses casados. Crys había conseguido ser la madrina de la novia y Sam fue el padrino de Gideon.

Habían sido tres meses de felicidad plena para Molly y Gideon. Los dos trabajaban mucho tiempo juntos porque Gideon había pasado a ser el decorador de los escenarios de *Bailey*, lo cual

contestaba claramente cómo era posible que un actor, David, y un decorador, Gideon, hubieran podido conocerse antes de pasar juntos las navidades.

Sin embargo, gracias a la participación de Gideon en la serie, él pudo enterarse de la escena del desnudo que se comentó en Navidad. Gideon sabía que a ella no le gustaba la idea y él también tenía ciertos reparos a que su mujer apareciera desnuda en la televisión pública. Por eso se le ocurrió la idea de que ella se desnudara fuera de plano y apareciera con la camisa de David.

Que se le ocurriera algo que le recordaba tanto a la primera vez que se vieron dejó muy claro para Molly que él no le daba ninguna importancia. Aunque después de tres meses inolvidables como mujer de Gideon, le daba exactamente igual.

–La verdad... –Molly se recostó sobre Gideon–. Menos mal que hacemos esta escena ahora. Dentro de un par de meses no habría podido hacerla...

Gideon la miró con cierta preocupación.

–¿Por qué? ¿Qué pasa, Molly? –le rodeó protectoramente con los brazos.

–Nada... –Molly se rió–, pero va a ser muy interesante ver cómo Sam consigue presentar una novia embarazada –añadió ella mientras miraba con arrobo a su marido.

–Molly... –consiguió farfullar él con incredulidad.

Molly se acurrucó contra el pecho de él.

–Dentro de unos siete meses, Peter va a tener un primo.

Estaba tan feliz que no se hacía a la idea de que estaba gestando al hijo de ambos.

–Yo... tú... ¿cómo...?

A Gideon, evidentemente, no le salían las palabras, pero sus ojos rebosaban de amor al mirarla.

–Sabes muy bien cómo –bromeó Molly–. ¿No te parece maravilloso?

–Es maravilloso –corroboró él sin salir de su asombro–. Molly... te amo.

–Yo también te amo –afirmó ella muy seriamente–. Lo haré toda mi vida.

–Yo también lo haré toda mi vida –repitió Gideon enérgicamente antes de besarla con una delicadeza infinita.

–Siento interrumpiros –dijo David irónicamente unos minutos después–, pero voy a quedarme dormido si no entras pronto, Molly...

Gideon se apartó y sonrió con cierta tristeza.

–Me parece que te reclaman, cariño.

–Me parece que David está un poco pagado de sí mismo; al parecer, el fin de semana pasado fue a Yorkshire y salió a cenar con Diana...

–Vaya, es una noticia muy buena –Gideon sonrió.

–Sí, ¿verdad? –Molly también sonrió–. A lo mejor, dentro de poco tenemos otra boda en la «familia»...

La sonrisa de Gideon dio paso a una risa sarcástica.

–Empiezas a ser tan casamentera como Crys...

Molly le acarició la mejilla.

–Es posible, porque, como Crys, quiero que todo el mundo sea tan feliz como nosotros –replicó ella con una seriedad absoluta.

Gideon sacudió la cabeza.

–Eso es imposible –zanjó tajantemente.

Ella opinaba lo mismo. Nunca había sido tan feliz.

–Molly... –insistió David.

–Tengo que irme –se lamentó Molly con una mueca.

Gideon asintió con la cabeza.

–Luego lo celebraremos.

–Podríamos ir a Crystal's –propuso ella.

El restaurante de Crys era uno de los más selectos de Londres, pero Gerry, el gerente, siempre encontraba una mesa para la «familia».

Gideon sonrió con picardía.

–No estaba pensando en salir...

–Mejor –Molly sintió que le abrasaban las entrañas ante la insinuación de Gideon.

–Molly, si no entras dentro de diez segundos, voy a ir yo a sacarte –le avisó David.

–Hasta luego –se despidió Molly mientras se alejaba precipitadamente.

–Hasta siempre –se despidió él.

¡Qué palabras tan maravillosas!